

Universidad de Buenos Aires  
Facultad de Ciencias Sociales  
Beca de Iniciación (1998-2000)

## Informe final

*La construcción de la amenaza, Argentina 1969-1976*  
*Crispación de los conflictos y pensamiento liberal de derecha*\*

Director: Dr. Alfredo Pucciarelli  
Becaria : Lic. Mariana Heredia  
Sede : Instituto de Investigaciones Gino Germani

Mayo de 2000

Índice

Introducción

---

\* El proyecto original se denominaba “La construcción de la amenaza, la definición de la nueva izquierda según *La Nación*, *Criterio* y *Gente*”. Estas y otras modificaciones fueron aprobadas por el director y expuestas en el informe de avance. Las razones serán comentadas en las próximas páginas, especialmente en las citas 6, 7 y 8.

## CAPÍTULO I. El pensamiento liberal de derecha

1. Del liberalismo al antiperonismo liberal
2. Los estudios sobre la derecha argentina
3. Las publicaciones periodísticas escogidas

## CAPÍTULO II. Del Cordobazo a la institucionalización

1. La sociedad ingobernable y la apuesta del régimen burocrático autoritario
2. Las tensiones latentes y el estallido del autoritarismo
3. Las esquivas de Córdoba y las dificultades de la conjura
4. El asesinato de Aramburu y los esfuerzos de demarcación y réplica
5. Los desvelos de una antinomia y la solución Lanusse

## CAPÍTULO III. El regreso, la victoria y la eclosión del peronismo

1. El retorno del hijo pródigo y la transmisión de la crisis.
2. La asunción de Cámpora y “de la necesidad, virtud”
3. La fractura expuesta y la cruzada ortodoxa
4. El proyecto de Perón y la gobernabilidad de la democracia
5. La realidad indomable y la constatación de la impotencia

## CAPÍTULO IV. El estallido de la sociedad populista y los albores del golpe

1. En busca del heredero y los recelos hacia el príncipe
2. La Patria Sindicalista y la erosión del compromiso
3. La descomposición y la búsqueda de la coherencia blindada
4. Requiem para un final

## Conclusiones

### Anexo teórico-metodológico

1. Algunas notas sobre análisis de ideologías
2. Cuatro perspectivas para el análisis ideológico de discursos
3. La estrategia analítica elegida
4. La selección de las editoriales y los “sucesos de ruptura”
5. Las editoriales analizadas

### Fuentes complementarias

### Bibliografía

### Documentación del informe de actividades

## Introducción

Cierta inquietud envuelve a quienes se adentran en la historia argentina de la década de los setenta. Inquietud visceral por escrutar un pasado preñado de significaciones trágicas e inquietud intelectual por el temor de alimentar una literatura que, heredera del duelo, pocas veces escapa y renueva las interpretaciones que anidan en el sentido común. En efecto, los tempranos años '70 aparecen siempre como promesa del paraíso perdido o como antesala del infierno. Así, con las huellas de la nostalgia y el horror en la mirada, pocos analistas han abordado el período respetando su especificidad, y explorando en las opciones y condicionantes que lo signaron.

Una inquietud adicional recorre este trabajo. Ni las fuerzas políticas radicalizadas ni la izquierda peronista ni el derrotero del gobierno asumido en 1973 serán objeto inmediato de nuestras preocupaciones. En su estudio se ha cifrado gran parte de la reflexión en torno a los años '70 y poco aportaríamos a las palabras de quienes nos precedieron<sup>1</sup>. Existe un aspecto, no obstante, que parece inexplorado. La conflictividad social y política de principios de esta década y la creciente efervescencia simbólica que la acompañó han alentado preferentemente investigaciones consagradas a los discursos y prácticas de quienes se identificaban con los procesos de radicalización, descuidando el carácter dialógico, mutuamente referencial de toda disputa política.

No se trata de que la relación entre cultura y poder haya sido soslayada. Por el contrario, el análisis de la *intelligentsia* en la política argentina de los años '60 y '70 ha ocupado un lugar de privilegio<sup>2</sup>. La cuestión es que, a pesar de las definiciones laxas acordadas por la mayoría de los autores al término “intelectual”, el interés por las ideas políticas del período se circunscribió, prácticamente sin residuo, a las concepciones que detentaban la izquierda, el peronismo y, sobre todo, la izquierda peronista. Este recorte obedeció a un atributo que no estaba necesariamente presente en las definiciones enunciadas: la posición relativa de los sujetos dentro de las organizaciones destinadas a la

---

<sup>1</sup> Sin duda, la radicalización social y política de los años '60 y '70 y la tercera presidencia peronista son dos de las temáticas más abordadas dentro de la historia argentina reciente. Una copiosa literatura, nacida fuera de la academia se ha propuesto reconstruir y reflexionar sobre los hechos a partir de narraciones biográficas. En estos casos, la riqueza documental tiene como contrapartida la falta de precisión en las estrategias metodológicas y conceptuales. Para nombrar sólo algunos de una extensísima lista: Anguita y Caparros (1997, 1998), Bonasso (1994, 1997), Diana (1996), Feinman (1999), Gilbert (1989), Seoane (1991, 1998) y Verbitsky (1986). Dentro de las investigaciones sociológicas o históricas podemos distinguir dos grandes grupos. Por un lado, los análisis globales del período. Por el otro, los estudios minuciosos sobre alguna de las fuerzas políticas radicalizadas. En el primer caso, merecen mencionarse: Cavarozzi (1983), De Riz (1986, 2000), Di Tella (1985), Kandel y Monteverde (1976), Landi (1978), O'Donnell (1982), Pucciarelli (1999), Rock (1975) y Torre (1989). Dentro del segundo grupo, podemos diferenciar los textos en función a los actores examinados. Entre quienes indagan las prácticas y creencias de las organizaciones político-militares, puede señalarse a: Altamirano (1996), Coggiola (1986), Gallasso (1983), Gil (1989), Gillespie (1987), Hilb y Lutzky (1986), Hodges (1976), Ollier (1986, 1988, 1998), Marín (1984), Moyano (1995), Sigal y Verón (1988) y Waldman (1982). Dentro de los estudios en torno del movimiento obrero: Brennan (1992), Duval (1988), Godio (1988, 1991), James (1990) y Jelin (1977). En relación con la Iglesia Católica: Dri (1987), Martín (1991 y 1992), Portoriero (1991); con los movimientos villeros: Dávalos *et al* (1987) y Ziccardi (1983); con las insurrecciones urbanas: Aufgang (1989), Balvé (1973), Balvé y Balvé (1989), Brenan (1996), Delich (1970) y Servetto (1998) y con una variada gama de movimientos sociales y políticos: Chama (1998) y Perlongher (1985).

<sup>2</sup> Para citar sólo los trabajos más importantes: Altamirano (1992), Sigal y Verón (1988), Sigal (1991) y Terán (1993).

producción y reproducción del conocimiento y la cultura. Indudablemente, la universidad y el campo cultural fueron hegemonizados por los intelectuales de izquierda hasta bien entrados los años '70.

Ahora bien, como señala Halperín Donghi (1987), el estudio de los intelectuales reconoce dos grandes vertientes. Están quienes prefieren definirlos como un grupo social directamente vinculado con el mundo de la cultura y las ideas. Pero están también quienes proponen caracterizarlos como portavoces, como “representantes” de grupos e intereses sociales diversos. Si nuestro espíritu se inscribe en una perspectiva que reconoce en los intelectuales el papel de articuladores de la dominación o la crítica, el conocimiento que heredamos se muestra desequilibrado. El tratamiento de la evolución ideológica y las concepciones de quienes se identificaban con el ala izquierda del espectro político no ha tenido como correlato un estudio exhaustivo y cuidadoso de quienes defendían posiciones antagónicas. Sólo las apreciaciones de los militares han captado cierta atención. Sin embargo, remiten a un período posterior o se limitan a la enunciación doctrinaria en la cual los comentarios de coyuntura están casi ausentes<sup>3</sup>.

Esta carencia se torna más acuciante si consideramos que varios analistas<sup>4</sup> han identificado en la crisis política de los años '70 una amenaza a las bases mismas de la dominación social. Se refieren así, a la erosión generalizada de los vínculos que constituían las clases sociales y sus formas de articulación. Ciertamente, el ciclo enmarcado por el cordobazo y el quiebre institucional de 1976 agudizó el carácter ingobernable de la sociedad argentina. El control del proceso productivo por parte de los empresarios, la capacidad de los funcionarios públicos de imponer autoridad y el monopolio estatal de la violencia legítima fueron puestos en cuestión. Ya otros trabajos se han encargado de señalar el modo en que los sectores superiores de la sociedad vieron desafiadas sus prerrogativas. No obstante, de esta primigenia constatación se suelen derivar conclusiones sobre la conducta de las “clases dominantes” que habrían respondido de modo homogéneo y acompañado a los peligros inminentes.

Suponemos, por el contrario, que las clases sociales no remiten únicamente a un conjunto de atributos socioeconómicos comunes y que precisan, para traducir sus intereses en el campo político, de sectores que construyan ideológicamente la realidad, superen las diferencias al interior de cada grupo y los definan como sujetos con experiencias y reclamos coincidentes. La reacción frente al peligro no es, por lo tanto, ni instantánea ni unívoca. Los intelectuales ligados con la derecha debieron interpretar información, identificar enemigos y proponer estrategias de oposición y resistencia. Debieron, también, ensayar discursos capaces de trascender los intereses del sector afectado en pos de persuadir a terceros de que correspondía tomar posición a su favor. Así, vale recordarlo, las condiciones y disputas ideológicas no son variables exteriores de procesos económicos y/o políticos “objetivos”, sino parte constitutiva de los mismos. Como postula Hall (1998), si bien el consentimiento no se mantiene y construye sólo a través de mecanismos ideológicos, consentimiento e ideología no pueden ser disociados. En su defensa del orden, los intelectuales de la derecha liberal debieron apelar tanto a la “crítica de las armas” como a las “armas de la crítica”.

---

<sup>3</sup> Dentro de los análisis de las posiciones ideológicas de las instituciones castrenses, ver: Cheresky y Chonchol (1985), García (1991), García (1995), López (1987) y Rouquié (1994).

<sup>4</sup> Entre ellos: Cavarozzi (1988), Portantiero (1977) y O'Donnell (1982).

Hacia mediados de la década del '40, con la irrupción del peronismo en la esfera política y la consolidación de los grandes sindicatos como canales privilegiados de los reclamos distributivos, el liberalismo identificó en este movimiento a su principal adversario. Más allá de las fisuras dentro del antiperonismo y de las responsabilidades divergentes asignadas al líder y a sus partidarios, la politización de los conflictos sociales redundó en una fractura en la cual los sectores más altos de la sociedad articularon su identidad en oposición al régimen depuesto<sup>5</sup>. La antinomia peronistas-antiperonistas escindió a la sociedad argentina en bandos aparentemente irreconciliables ¿Qué sucedió a fines de la década de los sesenta, cuando otras fuerzas irrumpieron en la escena pública radicalizando sus demandas y métodos de confrontación?

El trabajo que sigue intenta responder a ésta y otras preguntas. Para hacerlo hemos escogido un conjunto de formadores de opinión ligados con la derecha liberal y, a diferencia de otros enfoques que conciben este discurso globalmente y sin fisuras, nos hemos esforzado por explorar en los matices y oposiciones entre sus diversos representantes. ¿Coincidieron en sus diagnósticos?, ¿identificaron de modo convergente a los principales focos de peligro?, ¿caracterizaron a las protestas y reclamos como parte de un movimiento contestatario articulado?, ¿propusieron estrategias similares para combatirlos?. Es la imagen de la conflictividad social y política<sup>6</sup> en la retina de estos intelectuales la que nos interesa y es el esfuerzo explicativo y la construcción ideológica de la amenaza la que está en el origen de nuestros interrogantes. Estas páginas no se proponen identificar el climax de la amenaza, si lo hubiera, ni evaluar su magnitud. Hacerlo nos hubiera enfrentado a otros objetivos y nos hubiera obligado a contemplar las intenciones, los recursos y la

<sup>5</sup> El discurso antiperonista no ha sido objeto de un análisis sistemático. Pueden mencionarse tan solo estudios que abordan de manera marginal las percepciones de las corporaciones empresarias: Acuña (1988) y Sidicaro (1982), y las críticas formuladas al peronismo por intelectuales de derecha e izquierda: Svampa (1994) y Navarro (1995).

<sup>6</sup> Nuestro proyecto inicial centraba su atención en la "Nueva Izquierda"(NI) y buscaba identificar las imágenes transmitidas sobre ella por un conjunto de publicaciones periodísticas. En el curso de la investigación decidimos abandonar este concepto a causa de tres grandes dificultades. En primer lugar, nos resultó especialmente compleja la delimitación del objeto: ¿Constituían las fuerzas radicalizadas distintos componentes de un mismo fenómeno?, ¿poseían prácticas y discursos comunes como para ser consideradas por las ciencias sociales bajo una misma categoría?. Tal es el postulado de varios autores: Anzorena (1998), Hilb y Lutsky (1984), Ollier (1998), Pucciarelli (1999) y Tortti (1997, 1999a y 199b). Desde nuestro punto de vista, si bien es posible identificar una nueva izquierda intelectual, al referirnos a otros actores radicalizados del campo político y social (movimiento obrero, reclamos urbanos, organizaciones armadas), los criterios de inclusión y exclusión resultan poco claros. Tememos incluir bajo una misma noción contingentes con concepciones políticas y con una relación diferente con la violencia: ¿Formaban igualmente parte de la NI los habitantes de las ciudades del interior que se alzaron contra los gobiernos impuestos por la Revolución Argentina y las organizaciones político militares?, ¿podemos identificar a la guerrilla trotskista con Montoneros, a la luz de las profundas diferencias con respecto al peronismo y la cuestión nacional?. En segundo lugar, el uso de la misma categoría a lo largo de todo el período histórico aquí analizado, sin establecer aclaraciones, presupone que el referente es siempre el mismo. Sin embargo, no es equivalente hablar de NI hacia 1971, en un contexto de oposición generalizada al régimen militar y de cercenamiento de los canales de expresión que en 1974, cuando muchos grupos radicalizados habían entrado en crisis y las organizaciones armadas se autonomizaron del resto de los actores. Finalmente, en la medida en que nuestro estudio pretende aproximarse al modo en que fue construyéndose la idea de amenaza, la constatación de ésta no estuvo ligada necesariamente a la izquierda, constituye una tercera razón que nos lleva a abandonar el concepto del que partíamos. Cierta sentido común de los textos sobre el período tiende a identificar crispación de los conflictos sociales con fuerzas radicalizadas de izquierda, olvidando que el gobierno de Isabel Perón se caracterizó por el enfrentamiento entre los grandes sindicatos y el círculo presidencial y que fue éste un componente capital de la debacle del régimen y una de las excusas que precipitaron el golpe.

potencialidad de las fuerzas desafiantes del orden. Nos interesa desentrañar, en cambio, cómo estos interrogantes fueron contestados por otros protagonistas de la época.

Intentaremos, pues, dilucidar el modo en que cada enunciador se posicionó frente a los conflictos desatados en la Argentina entre 1969 y 1976<sup>7</sup> considerando la identificación y caracterización propuesta sobre sus enemigos y exploraremos la medida en que la dicotomía antiperonismo-peronismo pervivió o fue redefinida por sus interpretaciones.

Hemos centrado nuestra atención en un grupo de publicaciones tradicionales (*Criterio*, *La Nación* y *La Prensa*) y de analistas políticos (Carlos Floria, Mariano Grondona y Bernardo Neutadt)<sup>8</sup>. Con el propósito de evitar los riesgos de cosificación a los que se somete el análisis de un pensamiento al aislarlo, nos hemos esforzado por inscribirlo en el conflictivo intercambio discursivo entre estos intelectuales y otros representantes de la derecha (Fuerzas Armadas, corporaciones empresarias, ciertos partidos políticos) y entre este primer grupo y el de sus interlocutores radicalizados o desafiantes.

Huelga decir que la comprensión del pensamiento de la derecha constituye un componente capital para conocer acabadamente el período en cuestión y el modo en que fueron caracterizados sus protagonistas. Por un lado, el estudio de los intelectuales conservadores permite enriquecer nuestro conocimiento del campo cultural del período. La caracterización de la nueva generación de intelectuales-políticos ligados con la nueva izquierda, que ha alentado tantos trabajos, supone conocer no sólo el modo en que ellos mismos visualizaban sus prácticas y discursos, y el modo en que intentaban legitimarse, sino también las y los de aquellos que intentaban invalidarlos. Por otro, y con la correspondiente cautela frente al reduccionismo clasista, el estudio del pensamiento político de la derecha nos permitirá aproximarnos al modo en que otros actores del campo político, afectados por la agudización de los conflictos en diversas áreas de la realidad social, procesaron, explicaron e intentaron combatir ideológicamente a quienes los promovían.

---

<sup>7</sup> En la primera formulación del proyecto nos proponíamos abarcar dentro de nuestro análisis el período comprendido entre 1965 y 1976. El estudio de los años que precedían al cordobazo nos pareció entonces, necesario para comprender acabadamente los antecedentes del estallido social y político que tuviera lugar en el país en 1969. Centrándonos en nuestra primigenia intención de reconstruir la idea de amenaza y basándonos en una muestra de nuestros enunciadores que reflejó que tal inclusión no resultaba indispensable optamos por restringir el período bajo análisis a aquellos años en que los conflictos alcanzaron mayor intensidad. El trabajo se circunscribe al período enmarcado por el cordobazo (mayo de 1969) y el Golpe militar de marzo de 1976.

<sup>8</sup> El proyecto original tomaba como representantes del pensamiento liberal de derecha a tres publicaciones periodísticas: *La Nación*, *Criterio* y *Gente*. Al aproximarnos a esta última comprobamos que el modo en que expresaba su posición ideológica se diferenciaba de manera sustancial de las otras dos. Ciertamente, mientras *La Nación* y *Criterio* constituyen ejemplos paradigmáticos de “intelectuales” colectivos con ideologías altamente sistematizadas, donde todo el acervo de la retórica y la teoría se pone en juego para crear un discurso editorial persuasivo, la posición de *Gente* se expone sobre todo a través del diseño y las fotografías. De ningún modo consideramos que los primeros constituyan mecanismos ideológicos más eficaces que los segundos. No obstante, como nuestro estudio constituye una primera aproximación a este tipo de discursos preferimos analizar primero enunciadores con soportes similares. Este primer abordaje permitirá luego, eventualmente, rastrear su relación con otros formadores y difusores de la misma ideología. Decidimos, además, ampliar el espectro de representantes de la derecha incorporando *La Prensa* y los comentarios políticos de Carlos Floria, Mariano Grondona y Bernardo Neustadt. Consideramos que de este modo, nuestros hallazgos serán más representativos de esta corriente de opinión que si nos hubiéramos limitado a los enunciadores escogidos inicialmente.

Considerando que tanto las protestas sociales y políticas y las organizaciones apoyadas por el progresismo fueron finalmente desarticuladas bajo el gobierno peronista y víctimas, más tarde, del terrorismo de Estado del régimen militar instaurado en 1976, el análisis de los mecanismos discursivos para conjurar esta radicalización constituye sin duda, un componente central para la comprensión de su derrota.

El documento está organizado en cinco secciones. La primera se aproxima al derrotero del discurso liberal argentino, explora la literatura existente sobre el tema e introduce a los enunciadores seleccionados. El estudio del período histórico abordado y el análisis de los discursos se expone simultáneamente. Sólo inscribiendo los textos en las relaciones sociales y discursivas que los contuvieron es posible comprenderlos acabadamente. El segundo apartado se consagra, entonces, a la etapa que media entre el Cordobazo y la apertura institucional; el tercero a la que se inaugura con la mencionada apertura y la eclosión del peronismo en el poder y el cuarto a la que comienza con la muerte de Perón y desemboca en el golpe. Finalmente, se proponen algunas conclusiones sobre la amenaza, la política y el liberalismo. El cuerpo de este escrito remite profusamente a citas a pie de página. La voluntad por revelar nuestras fuentes y apoyaturas bibliográficas nos alentó a emplear esta herramienta con insistencia. Esperamos que, so riesgo de recargar la lectura, el procedimiento escogido sirva a los propósitos que lo inspiraron. La presentación se cierra con un anexo metodológico, un listado de fuentes y bibliografía y un apartado final de documentación.

## CAPÍTULO I

### El pensamiento liberal de derecha

#### 1. Del liberalismo al antiperonismo liberal

Marsal (1972) escribió alguna vez que estudiar la derecha es un ejercicio masoquista. Tenía la certeza, por entonces, de que su trabajo no tendría nunca buena acogida. Aquellos calificados como miembros de este pensamiento han considerado con frecuencia que la dicotomía derecha-izquierda es algo superado y que como parte de una “lengua muerta”, sólo es hablada por quienes tiñen sus afirmaciones de “vulgata ideológica”. Para muchos de quienes se posicionan en el otro extremo del espectro político, su análisis es estéril. Los discursos de la derecha son o ejercicios de manipulación o expresión descarnada de los intereses económicos de las clases privilegiadas.

Además del rechazo al que es condenado el examen de la derecha por parte de quienes participan de los debates ideológicos de su tiempo, la ingratitud de semejante tarea se acrecienta por los obstáculos estrictamente académicos que enfrenta, para el caso latinoamericano, un análisis de esta naturaleza. ¿A qué nos referimos con éste término?, ¿qué vínculo existe, en el caso que nos ocupa, entre liberalismo y derecha? O más radicalmente, ¿es lícito emplear estos conceptos para el análisis de la política y la ideología en la Argentina?

Sabemos que la construcción del Estado nacional y la temprana inserción del país en el mercado mundial estuvieron estrechamente ligados con la consolidación de una elite dirigente que adscribía a los principios del liberalismo. Posiblemente, la peculiaridad de la tradición liberal argentina resida, desde entonces, en su temprana convivencia con el conservadurismo, convivencia que restó gran parte del vigor y perdurabilidad que caracterizaron a corrientes del mismo signo en otras naciones del continente<sup>9</sup>.

En las primeras décadas del siglo XX, el radicalismo intentó mantener los principios del librecambismo en lo económico, profundizando el carácter liberal y democrático de las instituciones políticas. No obstante, la participación de otros sectores en la conducción del Estado primero y la crisis del modelo agroexportador, después, disolvieron el consenso liberal. A partir de los años ‘30, el mismo sector social que había enarbolado al liberalismo, alentó la emergencia de otras estrategias de intervención política (los golpes de estado) y económica (el creciente protagonismo estatal) y la proliferación de otras corrientes ideológicas (entre ellas, el nacionalismo).

Hasta los años ‘30, puede pensarse que confluyeron las tres definiciones que habitualmente se asignan al discurso de derecha: la defensa del orden establecido y la representación de los sectores privilegiados de la sociedad, la prioridad otorgada a la libertad por sobre la igualdad y la expresión de ambos elementos en un sistema ideológico relativamente coherente, el liberalismo, que prioriza cierto entramado económico e institucional por sobre los reclamos políticos.

---

<sup>9</sup> Al respecto, consultar a Botana en Montserrat (1992) y Halperin Donghi (1987).



Desde entonces, la derecha no pudo, excepto en casos minoritarios, cristalizar en el sistema de partidos. Mientras el radicalismo conservó predicamento entre las capas medias y el peronismo interpeló a los sectores populares, los intelectuales de la derecha, mantuvieron una actitud complaciente sino militante con la intervención política de las Fuerzas Armadas.

La emergencia del peronismo, la concomitante politización de los conflictos sociales y la reacción encarnada en la Revolución Libertadora parecieron restituir la unidad perdida. La expectativa de que el “hecho maldito” se desvaneciera al desalojarlo del Estado se reveló prontamente ilusoria. Las fracturas entre el variado arco de vencedores, a su vez, se precipitaron.

Una porción significativa de la gran burguesía nacional y extranjera parece haber sustentado un liberalismo difuso y defensivo, tanto más religioso cuanto ellos no controlaban el aparato estatal. Esta laxa coincidencia, sin embargo, no logró superar las profundas contradicciones que atravesaban a la burguesía argentina<sup>10</sup>.

Es complejo preguntarse por la existencia de una derecha luego de 1955. Evidentemente siguió habiendo sectores económicos privilegiados y sin duda éstos siguieron defendiendo ciertos principios básicos de la organización social (entre ellos, la propiedad privada y la adscripción de la Argentina al “mundo occidental”). La cuestión es que, más allá de su rechazo por el peronismo, no volvió a existir durante décadas una programa de acción capaz de aglutinar y orientar a quienes se encontraban en los peldaños superiores de la estructura social.

Los intelectuales de la derecha estuvieron ausentes, durante décadas, de los dos ámbitos de universalidad por excelencia. Ni la política nacional, donde los partidos liberal-conservadores fueron erráticos e ineficaces, ni la universidad, cuyos claustros se poblaron de capas medias, de intelectuales progresistas o, circunstancialmente y secundados por el autoritarismo, de acólitos del nacionalismo reaccionario, fueron usinas ideológicas aptas para pensar la Argentina “desde arriba”<sup>11</sup>. La misión de unificar y conducir las acciones de quienes se encontraban en los peldaños superiores de la estructura social recayó sobre el particularismo de las corporaciones empresarias y los llamados impotentes de la prensa liberal. En el primer caso, las discusiones se tornaron pedestres, destinadas casi con exclusividad a la defensa de intereses privados y a la disputa por prebendas estatales. En el segundo, un conjunto de intelectuales se esforzó, ya no por bregar por un modelo de sociedad que había quedado vacante, sino al menos por mantener como arma y trinchera los principios que consideraban fundantes de la Nación.

Las Fuerzas Armadas sirvieron de instancia hegemónica sustitutiva (Rouquié, 1994). Sus recurrentes intervenciones, sin embargo, actuaron hasta 1976 más como poder moderador o arbitral que como dispositivo de resolución de las contradicciones sociales que les daban origen. Al politizarse, las instituciones castrenses terminaron padeciendo las mismas tensiones que desvelaban a los gobiernos civiles.

<sup>10</sup> Sobre la naturaleza compleja de la burguesía argentina, ver: O’Donnell (1977), Portantiero (1977), Rouquié (1994) y Touraine (1987).

<sup>11</sup> Sobre la autonomización del campo cultural (y específicamente el universitario) con respecto a las clases privilegiadas, ver Sigal (1991) y Touraine (1987). Para un interesante contrapunto con el caso brasileño, Pécaut (1989). En relación a la inexistencia de un partido de derecha, consultar Mainwaring (1988).

## 2. Los estudios sobre la derecha argentina

Invitados ineludibles en las ambiciosas conceptualizaciones estructuralistas latinoamericanas, “la derecha” y los grupos que detentan el poder económico y social son, paradójicamente, uno de los objetos menos estudiados de la región.

En la Argentina, tras los análisis sobre los liberal-conservadores de la generación del ‘80 y los nacionalistas de los años ‘30, muy poco es lo que sabemos sobre las identidades políticas de los sectores privilegiados de la sociedad. La creciente complejización de los grupos que ocupaban y ocupan los peldaños superiores en la distribución del prestigio y la riqueza no logró despertar el interés del mundo académico. Con honrosas excepciones, sociólogos e historiadores han delegado este problema a economistas. Éstos, empeñados en la caracterización de la estructura y dinámica económica, han permitido identificar un conjunto de unidades productivas y estrategias de acumulación convergentes dejando de lado, sin embargo, el análisis de dimensiones igualmente relevantes como lo son el estudio de su cohesión interna, de los actores corporativos que los representan y, sobre todo, de sus orientaciones políticas e ideológicas.

Dentro de las ciencias sociales, la indiferencia frente a estos aspectos se explica por el predominio de perspectivas que, capaces de repensar la especificidad del capitalismo periférico, postularon la existencia de intereses “objetivos” dentro de las clases que debían conducir el desarrollo<sup>12</sup>. Al mismo tiempo, los análisis de historia intelectual rara vez traspasaron las primeras décadas del siglo XX. Sus cultores se sintieron más atraídos por las producciones eruditas de los padres fundadores y sus tempranos críticos que por el compromiso de esas tradiciones en la interpretación de coyunturas más recientes, compromiso, claro está, que terminó por actualizar y redefinir el contorno de las diversas corrientes ideológicas. De este modo, el estudio de las prácticas de la burguesía y el estudio de las ideas políticas marcharon paralelos sin encontrarse.

Tal como afirmara Romero (1998), si se concibe el estudio de las ideas políticas como exposición de un pensamiento doctrinario, tal vez el análisis del caso argentino y del latinoamericano no merecieran mayor atención. En efecto, en el continente, la reflexión original y vigorosa en materia política ha sido excepcional. Lo sustantivo es, entonces, entender las ideas no ya como matriz filosófica pura sino como “conciencia de una actitud y motor de una conducta”<sup>13</sup>, como mapa cognitivo que reduce la complejidad y establece las coordenadas de lo posible y lo deseable.

El predominio de una definición “especializada” de intelectual (en tanto miembro de organizaciones o campos directamente vinculados con la producción de conocimiento y cultura), la preferencia de la historia de las ideas por la literatura excelsa y la ausencia de una “fórmula de justificación” omnicomprendiva a la altura del liberalismo decimonónico y el nacionalismo reaccionario, han redundado en una producción bibliográfica escuálida sobre el desarrollo intelectual de la derecha durante la segunda mitad de este siglo.

---

<sup>12</sup> Para un estudio pormenorizado de la perspectiva estructuralista asociada a la CEPAL y de la teoría de la dependencia, consultar Love (1996). Para una crítica desde el enfoque institucionalista Sikkink (1991), y desde la teoría de la acción, Touraine (1987).

<sup>13</sup> Romero (1998, pág. 9)

Como si la sociedad argentina no hubiera sido pensada sino a fines del XIX, como si bastara con conocer la génesis (y no el devenir) de un pensamiento, los estudios de ideologías se concentran en las primeras décadas y si las transgreden es para rastrear las nuevas expresiones de corrientes ya establecidas a principios de siglo. De este modo, la oposición entre liberales y nacionalistas argentinos y latinoamericanos se reproduce en los análisis académicos descuidando los matices impuestos por el populismo y las diversas fórmulas ensayadas después de su derrocamiento.

En los estudios que apelan a esta distinción, se identifica a los sectores liberal conservadores con las tendencias moderadas y a los nacionalistas con las posiciones más extremas e intolerantes<sup>14</sup>. Mc Gee Deutsch y Dolkart (1993) concluyen que la separación entre estas dos fracciones emerge hacia los años '30 y se acentúa y permanece hasta nuestros días.

Lewis (1993), afirma que mientras los liberales favorecen una visión restringida de la democracia, se identifican con el cosmopolitismo y promueven la conexión de la economía con el mundo occidental, partiendo de una inveterada admiración por los países europeos y la sociedad norteamericana, los nacionalistas se caracterizan por un perfil más autoritario, corporativo y militarista que defiende la herencia hispánica y propicia la alianza entre Iglesia y Ejército. Los primeros calificarían a los segundos como ideológicamente “medievales” y los acusarían, en el plano económico, de perpetuar el carácter subdesarrollado y cerrado de la economía, y en el político, de conformar instituciones y grupos autoritarios de retórica y práctica violenta. Por su parte, los nacionalistas imputarían a los liberales su vinculación con los intereses extranjeros y su responsabilidad por un sistema económico que divide a la Nación en antagonismos de clase.

Empero, es evidente que el espectro político argentino contuvo diversos matices y que la irrupción del peronismo en la esfera pública introdujo una profunda y persistente cesura entre sus partidarios y detractores. Ciertamente, la composición de ambos grupos distó de ser coherente. No es necesario ahondar en la pluralidad ideológica del movimiento justicialista. Las divergencias entre los vencedores de 1955 no fueron menos pronunciadas y allí radicó una de las razones que impidieron la consolidación de un régimen político estable luego del derrocamiento de Perón. Al respecto, Cavarozzi (1988) apunta que fueron dos las controversias que fragmentaron al bloque antiperonista. En el plano político y frente a la persistencia de la identidad justicialista, los “integradores” estaban dispuestos a abrir el régimen al movimiento de Perón y aceptar su gobierno, los “gorilas”, en cambio, sostenían la proscripción aún al costo de instituir administraciones débiles e ilegítimas. Con respecto al modelo socioeconómico, populismo reformista, desarrollismo y liberalismo se disputaban el gobierno de la economía y discrepaban en la evaluación de la herencia recibida. También Rouquié (1994), al analizar las diversas corrientes políticas existentes dentro de las Fuerzas Armadas, propone una visión compleja. El autor francés distingue la corriente “liberal”, dentro de la cual identifica dos vertientes : la democrática y la elitista, la corriente “autoritaria-corporativista” y, finalmente, la “industrialista-tecnocrática”.

---

<sup>14</sup> Entre quienes examinan el pensamiento de derecha incorporando esta distinción, cabe mencionar a: Johnson (1967), Laclau (1986), Marsal y Arent (1970), Merchensky (1979), Senkman (1993) y Villagrán Kramer (1968). Excepciones a esta visión dicotómica puede encontrarse en Buchrucker (1999), Romero (1998) y Sidicaro (1993).

La delimitación de nuestros enunciadores se revela, por lo tanto, problemática. A diferencia de la activa izquierda intelectual que mantuvo cierto vínculo umbilical con los partidos socialistas y comunistas y/o con las universidades, la identificación de la derecha en función a sus organizaciones no siempre nos permite introducirnos a diagnósticos que rebasen los intereses corporativos (empresariales o militares). También parece difícil definir de antemano un cuerpo doctrinario o un conjunto de principios universalmente aceptados por los representantes de este extremo del espectro político.

Optamos, por fin, por centrarnos en un conjunto de intelectuales (colectivos e individuales) dedicados centralmente a la formación de opinión del gran público y que abarcan desde el liberalismo antiperonista más intransigente hasta cierta simpatía con la integración política del peronismo y el desarrollismo corporativista. Más allá de las divergencias detectadas, todos ellos se encolumnaron tras la defensa del orden, las Fuerzas Armadas y las instituciones económicas emanadas de la Constitución Nacional de 1853. Todos ellos, finalmente, manifestaron cierto desprecio por las versiones más extremas del nacionalismo vernáculo.

Nuestra intención, vale recordarlo una vez más, es rastrear la construcción ideológica de la amenaza a través de un conjunto de representantes de la prensa ligados con la derecha. En pos de complementar nuestros hallazgos e interpretar la posición de los portavoces escogidos nos esforzamos por integrarlos a discursos de coyuntura y doctrinas militares, a la postura asumida por las corporaciones empresarias y a un amplio espectro de manifestaciones discursivas de los políticos relevantes en cada momento.

### 3. Las publicaciones periodísticas escogidas

Como se ha indicado ya, la significación de los medios periodísticos en la esfera política local rebasa su papel como instancia privilegiada en la formación de la opinión pública. La sociedad argentina contemporánea lejos de caracterizarse por la existencia de un conjunto de ciudadanos con igualdad de acceso al debate y con garantías para intervenir en la conducción de los destinos colectivos, estuvo signada por la inestabilidad y la obturación de los canales de participación. La permanencia y predicamento de ciertos actores ideológicos fueron sin dudas excepcionales. También lo fue su voluntad por interpelar e influir al arco político antiperonista que no lograba cristalizar en un partido ni imponer una línea de acción coherente a las intervenciones castrenses.

Preocupados por una mirada histórica, escogimos a tres publicaciones periodísticas tradicionales, cuyas editoriales políticas se han esforzado, durante largos años, por analizar la realidad local a la luz de los principios del liberalismo. Nos referimos a dos diarios, *La Nación* y *La Prensa* y a una revista católica, *Criterio*. *La Prensa* fue fundada en 1869 por José C. Paz y *La Nación* lo fue, en 1870, por Bartolomé Mitre. Ambos figuras destacadas de la política de fines de siglo XIX. La primera publicación se caracterizó por la defensa militante de los principios del liberalismo económico y su oposición al régimen le valió ser confiscada por el peronismo en 1951. Tras su reaparición en 1956 se consolidó como una de las usinas ideológicas antiperonistas más intransigentes. El diario de Mitre, por su parte, se esforzó por erguirse, tal como lo deseara su fundador, como “Tribuna de Doctrina” del

pensamiento político argentino<sup>15</sup>. Finalmente, *Criterio* fue creada en 1928, con el propósito de convertirse en un órgano de ideas apoyado por las instituciones eclesásticas pero independiente en todo aquello que no remitiera directamente al dogma y la moral. Tras sus inicios ligados al catolicismo integrista, crítico de los postulados del liberalismo, se identificó con sus principios políticos intentando, a la vez, matizar sus concepciones económicas con aquellas propuestas por la doctrina social de la Iglesia<sup>16</sup>.

Decidimos incluir también a tres analistas políticos de la época: Carlos Floria, Mariano Grondona y Bernardo Neustadt. Su voluntad por intervenir políticamente a partir de sus columnas de opinión y sus estrechos vínculos con personajes relevantes del poder político<sup>17</sup> los hacen intelectuales especialmente ricos para aproximarnos a las concepciones de la derecha. Sus colaboraciones abarcan diversos medios periodísticos nacionales: las revistas *Extra* y *Carta Política* y los diarios *El Cronista Comercial* y *La Opinión*.

Si bien medios y periodistas escogidos se esforzaron por presentarte como equidistantes de los intereses en conflicto, uno de los indicios de la pronunciada politización del período radica en la emergencia de voces que impugnaban, por derecha o izquierda, la legitimidad de sus afirmaciones. Así, desde el nacionalismo de derecha, Sánchez Sorondo y desde el autoritarismo tecnocrático, Mariano Grondona, identificaban en los grandes diarios (*La Nación* y *La Prensa*, sin dudas) potenciales opositores de la administración Onganía (Ver Sidicaro, 1993). Por su parte, el director de *Criterio* era acusado en un libro de fuerte contenido fascista, *La Iglesia Clandestina*, de ser miembro de un “verdadero aparato clandestino del progresismo promarxista” (Sacheri, 1970, pág. 67). Casi paralelamente, la revista publicaba en su sección “De Nuestros Lectores”, una carta en la cual representantes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo cuestionaban las afirmaciones de la revista en relación a la desaparición de Aramburu. En esta esquila, se comentaba cada una de las afirmaciones del comentario publicado en números anteriores y se concluía que *Criterio* se había puesto de parte del “militarismo oligarca, capitalista y degenerado” (*Criterio*, 23/7/70, págs. 514-515). Bajo la misma égida, *Carta Política* publicaba en uno de sus primeros números una radiografía ideológica del mercado editorial de revistas, mientras *El Cronista Comercial* y *Extra* reproducían y comentaban con frecuencia extractos de otros medios gráficos.

En efecto, como señala Claro (1983), en una sociedad con hegemonía cultural, las diferencias de significado en los distintos medios de prensa remiten a un común trasfondo de sentido. Una concepción homogéneamente consentida se expresa en una plataforma valorativa semejante. Pero cuando una sociedad entra en crisis, cuando las aspiraciones de

---

<sup>15</sup> El diario *La Nación* ha sido objeto de un estudio cuidadoso y exhaustivo de sus editoriales desde 1909 a 1989 por Sidicaro (1993). Su trabajo constituye un antecedente inmediato de nuestra investigación.

<sup>16</sup> Para un análisis del contexto social y político de la creación de *Criterio* y sus posiciones iniciales: Malimacci (1994) y Montserrat (1999).

<sup>17</sup> Carlos Floria estaba vinculado con el ministro del interior Arturo Mor Roig quien ideó e instrumentó desde el gobierno de Lanusse el traspaso institucional. Mariano Grondona fue uno de los redactores del comunicado nro. 150, expresión de la fracción azul del Ejército en el enfrentamiento entre azules y colorados, en 1962. Asimismo fue Ministro del Interior durante la presidencia de Guido y, poco más tarde, una de las plumas más tenaces en la descalificación del gobierno de Illía y la preparación del golpe de Estado que llevó a Onganía al poder en 1966. También Bernardo Neustadt contribuyó desde distintos medios periodísticos a apoyar al sector nacionalista de la Revolución Argentina y mantuvo fluidos contactos con los miembros del elenco gubernamental. En torno de la prensa del período, consultar Alvarado y Rocco-Cuzzi (1984), Carnevale (1999), Graham-Yoel (1979) y Ramirez (1999).

los distintos grupos y clases se manifiestan con finalidades contrapuestas, las posturas ideológicas de los medios se tornan más evidentes y, por lo tanto, más vulnerables.

La invocada distancia con respecto a los grupos políticos directamente involucrados y el acceso al gran público<sup>18</sup> convierte a estos portavoces en matrices privilegiadas de decodificación de los hechos sociales. Como señala Wrong (1980), las habilidades argumentativas, el conocimiento disponible y la capacidad de difusión de las ideas, como cualesquiera otras fuentes de poder, no son recursos distribuidos igualitariamente. Si bien nuestro análisis se centra en el proceso de producción (o generación) de discursos, no de su consumo (o interpretación) por parte de los lectores, suponemos que la participación de la prensa liberal en la construcción de la realidad distó de ser nula. Tanto más fuerte su incidencia en la medida en que el espacio público argentino entre 1969-1976 fue reduciéndose progresivamente por la censura tácita o explícita que fue acallando a sus antagonistas.

Nos centraremos en las editoriales políticas, cuyo estilo discursivo comparte los atributos identificados por De Ipola y De Riz (1982) como “plusperiodismo”. Este se caracteriza, entre otros aspectos, por la retórica “científica”, las referencias frecuentes a los nombres clásicos del pensamiento occidental y la abundancia de citas académicas. Frente a la imposibilidad material de relevar y analizar toda la producción de los enunciadores seleccionados a lo largo de siete años, hemos optado por seleccionar un conjunto de “hechos de ruptura” o circunstancias críticas en las cuales se expresan los principales conflictos que atravesaron el país durante el período. Nos permitimos remitir al lector al anexo metodológico para mayores precisiones sobre la estrategia metodológica empleada.

---

<sup>18</sup> Entre 1969 y 1976, *La Nación* contaba con 230.000 y *La Prensa* con 200.000 lectores diarios distribuidos en todo el país. Ambas cubrían al 20% del mercado de diarios nacionales. Entre 1973 y 1976, *La Opinión* vendía un promedio de 47.300 ejemplares diarios (Fuente: Instituto Verificador de Circulaciones). *Criterio*, por su parte, aparecía quincenalmente y podía adquirirse en parroquias o por suscripción. Hacia 1974, sus lectores estaban concentrados sobre todo en Capital Federal, pero un 40% habitaba el interior del país (Monserrat, 1999, pág. 188).

## CAPÍTULO II

### Del cordobazo a la institucionalización

La incertidumbre y las divergencias o la progresiva disolución de la antinomia

#### 1. La sociedad ingobernable y la apuesta del régimen burocrático autoritario

La Argentina contemporánea se ha caracterizado, quizás como ningún otro país en el mundo, por ser un terrible ejemplo de cómo una nación rica, dotada de cuantiosos recursos naturales y humanos pudo malograr su desarrollo. Samuelson (1971, pág. 521) llegó a afirmar que no temía tanto la sombra de las revoluciones totalitarias de un Lenin o un Mao, ni el regreso al *laissez-faire* más salvaje, como el destino de la Argentina, “patrón frente al cual cualquier hombre moderno se santigua y dice ‘Que me salve la Gracia de Dios!’”.

En su historia, la inestabilidad del régimen político y su incapacidad de procesar los conflictos entre los distintos sectores sociales ha sido una de las claves de la tragedia. Como sintetizan O’Donnell (1972) y Smulovitz (1986), el sistema político argentino posterior a 1955 se rigió por un conjunto de reglas que lo tornaban un “juego imposible”. La primera prescripción era la imposibilidad de los peronistas de presentarse y ganar elecciones, la segunda que en caso de hacerlo y obtener los votos necesarios, no se les permitiría acceder al poder. Los otros partidos políticos debían, consiguientemente, asentarse en la legitimidad democrática pero obturar los canales de participación al peronismo; de no hacerlo correrían ellos mismos el riesgo de ser destituidos. La conclusión es evidente: siendo el justicialismo la fuerza política mayoritaria, los otros participantes del juego electoral, pactaran o no con él, comprometían la estabilidad de sus propias administraciones.

Partidos políticos débiles, desencontrados tanto de las elites económicas cuando de las masas proletarias, corporaciones fuertes y sectarias e instituciones castrenses politizadas constituyeron el tríptico de la inestabilidad. Merced a esta perversa combinación, la Argentina padeció una profunda escisión entre poder formal y poder real y, aún desde el llano, las Fuerzas Armadas se vieron impelidas a actuar como garantes (e impugnadoras) últimas del orden.

Por su parte, la dinámica del ciclo económico (el llamado modelo *stop & go*), si bien aseguraba en el mediano plazo un moderado crecimiento, se desenvolvía de manera discontinua exacerbando las pujas distributivas. Frente al estrangulamiento de la balanza de pagos y la agudización inflacionaria, síntomas de las coyunturas económicas adversas, el Estado debía interceder para restablecer el equilibrio, convirtiéndose así, en un actor fundamental para la reproducción del sistema. Este Estado ampliamente interventor, en cuyos aparatos se confundían intereses sociales y políticos, no logró funcionar como instancia de la unidad nacional y terminó por constituirse en botín de las distintas fracciones en pugna.

Si bien la alternancia entre gobiernos civiles y militares signó la política argentina desde los años ‘30 hasta principios de la década de los ‘80, el golpe militar de 1966 constituye, sin embargo, un punto de inflexión. Hasta entonces, las intervenciones castrenses se habían esforzado por presentarse siempre como soluciones transitorias y

preventivas, guardianas blindadas del régimen institucional consagrado por la Constitución de 1853.

Hacia mediados de la década de los sesenta, no obstante, la sociedad argentina vivía un proceso de modernización económica y cultural (iniciado durante el gobierno de Frondizi) que sirvió de marco a una generalizada excitación. Progresivamente, comenzó a difundirse un diagnóstico según el cual el despegue del país (traducido en términos de la derecha como la definitiva erradicación del peronismo y la normalización del capitalismo) no lograría resolverse en medio de los continuos vaivenes institucionales. La eficacia pasó, poco a poco, a ser glorificada por sobre los valores tradicionales de la democracia liberal. Ejército, líderes sindicales, corporaciones empresarias y medios de prensa coincidieron más o menos explícitamente en la necesidad de una estrategia autoritaria. El supuesto era que la nación adolecía de un problema esencialmente político y que la eliminación de la “ineficiente” y “peligrosa” intermediación de los canales partidarios permitiría al país desplegar todas sus potencialidades. El culto de los héroes y de las soluciones revolucionarias fue la contracara de la impaciencia<sup>19</sup>.

No fue difícil, en este marco, derrocar a un presidente que había accedido al gobierno con el apoyo de un 25% del electorado. Más allá de la respetuosa práctica institucional y los avances en materia económica enarbolados por la administración de Illia, el radicalismo del Pueblo había sido cómplice de la proscripción del peronismo, dato que restaba valor a sus invocaciones democráticas. Los militares que desalojaron al presidente y la prensa frentista y modernizante que les sirvió de apoyo, no imputaron al radical más que ineptitud y candidez y se presentaron, en cambio, como reemplazantes de todo un sistema de vida perimido e inútil que obstaculizaba el destino de gloria al que estaban llamados los argentinos. Las cualidades profesionales de la elite militar parecían atributos indispensables para conducir los cambios reclamados.

Una figura que había alcanzado presencia pública como líder de la fracción legalista del Ejército en el enfrentamiento entre Azules y Colorados, accedería a la cúspide del Estado. El general Onganía expresaba las aspiraciones de un frente que incluía a líderes sindicales que buscaban independizarse del caudillo exilado, a empresarios nacidos o fortalecidos por las políticas desarrollistas, a una *intelligentsia* ansiosa por probar las virtudes de su ingeniería social y a un sector militar bien dispuesto para superar el “gorilismo” defensivo y pasar a la acción.

Desde sus comienzos mismos, la autodenominada Revolución Argentina clausuró las actividades de los partidos políticos y estableció una distribución del poder según la cual las Fuerzas Armadas designaban al presidente pero no participaban en el gobierno. Este organigrama llevó a uno de los protagonistas a ironizar más tarde que “el general Onganía adoptaba el modelo de Franco frente a los civiles, pero se replegaba a una identificación con el Presidente suizo ante los militares”<sup>20</sup>.

Con el correr de los meses, el aura de misticismo y profesionalidad con que se celebraba a los nuevos ocupantes del Estado fue dando paso a la inquietante sensación de

---

<sup>19</sup> Para un desarrollo de la campaña de prensa y del clima ideológico-político que acompañó al golpe, ver: De Riz (2000) y Mazzei (1997).

<sup>20</sup> Comentario atribuido a un militar por Lanusse (1977, pág. 6).



que el gobierno no tenía un programa claro para alcanzar los ambiciosos objetivos enunciados. Varias posiciones importantes fueron destinadas a figuras ligadas al catolicismo tradicional mientras el área económica era encargada a un empresario local con un programa de corte nacional-desarrollista. Los vínculos entre Salimei y el sindicalismo peronista no contribuían a aquietar al capital. Las tensiones entre gobierno y Fuerzas Armadas fueron profundizándose hasta alcanzar estado público. Onganía se vio, pues, forzado a reorganizar su gabinete e incorporar un nuevo ministro de Hacienda, Adalberto Krieger Vasena. El ministro liberal era un hombre muy vinculado con grandes empresas nacionales y extranjeras y con excelentes relaciones con los organismos financieros internacionales. Esta alianza entre liberales y nacionalistas inauguró una etapa que se extendería hasta mediados de 1969.

Mientras los esfuerzos del equipo económico se concentraron en forzar una normalización del capitalismo desde el Estado, los nacionalistas retuvieron las carteras más políticas, aspirando a refundar la sociedad sobre bases corporativas y moralmente reaccionarias. El diagnóstico de los liberales apuntaba a un desfasaje entre el grado de desarrollo económico y el nivel de modernización social. La transformación de la estructura productiva implicaba, desde este punto de vista, cierta regresión social. Más allá del malestar que generaba en las conciencias liberales el puritanismo presidencial y su agresivo avance sobre diversas manifestaciones culturales, la aplicación de su plan económico, lejos de oponerse a la impronta represiva del gobierno, la presuponía como medio para aplacar el descontento de las nutridas categorías perjudicadas.

A diferencia de los planes de estabilización implementados con anterioridad, la Revolución Argentina buscó redefinir las bases de la organización económica del país. Semejante apuesta involucraba dos aspectos fundamentales. En primer lugar, presuponía la consolidación de la supremacía de las unidades industriales oligopólicas y transnacionalizadas, subordinando el resto a su dinámica. En segundo término, implicaba la reconexión de la estructura económica nacional al sistema capitalista mundial. Tales objetivos han llevado a varios analistas a descubrir en el programa de Krieger Vasena el intento más coherente por parte del Estado de forzar una recomposición hegemónica a favor de la gran burguesía urbana. La puesta en marcha del programa implicó evaluaciones contradictorias desde el arco político cercano al liberalismo. Si bien se valoraban los lineamientos generales del plan, el rol subordinado consagrado a la burguesía pampeana y las retenciones extraídas para financiar las inversiones en infraestructura pública, preocupaban a quienes se identificaban con el equipo económico pero pretendían a la vez defender las prerrogativas de los propietarios rurales.

Paradójicamente, los primeros resultados positivos de este maridaje entre orden y progreso exacerbaban las diferencias entre los dos socios en el aparato estatal. La polémica en torno de la fijación de los salarios congelados fue la evidencia de un conflicto entre dos modelos de sociedad que comenzaron a revelarse incompatibles. Los liberales, secundados por las grandes instituciones y personajes de las finanzas y el capital transnacional, perseveraban en su voluntad de erosionar el poder sindical y profundizar el cambio económico iniciado. Los nacionalistas anunciaban la necesidad de inaugurar el tiempo de la distribución y las recompensas, única estrategia posible para consolidar su vínculo con los sectores sindicales dispuestos a ensamblarse en el esquema corporativo que acariciaba el presidente.

## 2. Las tensiones latentes y el estallido del autoritarismo

Mientras los conflictos entre fracciones se desarrollaban en el gobierno, un amplio espectro de sectores perjudicados (entre las clases subordinadas y las superiores, por el impacto de las medidas económicas o por las consecuencias del inédito autoritarismo) comenzó a conformarse sin encontrar canales de expresión a sus demandas.

Desde el derrocamiento de Perón en 1955, tanto gobiernos constitucionales como militares habían sido jaqueados por los reclamos de algunas organizaciones corporativas de la sociedad civil. Estas instituciones habían actuado siempre evitando verse ellas mismas desbordadas por las demandas de sus miembros. Su poder de presión sobre el Estado residía en la capacidad de actuar como sujetos unificados susceptibles de activar y refrenar la movilización de sus bases. Por otra parte, hasta mediados de los años '60, el peso de los sindicatos y el fantasma peronista aparecían como la fuente de amenaza por excelencia para los sectores sociales privilegiados. En este marco, los reclamos sindicales, aunque intransigentes, habían reconocido las reglas de juego del sistema capitalista. Hacia fines de la década, en contraste, ni las poderosas estructuras sindicales fueron el principal vehículo de las demandas sociales ni los reclamos se circunscribieron a exigencias redistributivas. Nuevos actores pusieron en tela de juicio los lazos de dominación dentro y fuera de sus organizaciones. Los sindicatos, la Iglesia Católica, los claustros universitarios, los partidos políticos tradicionales vieron emerger sectores contestatarios y sufrieron diversas fracturas.

Dentro del movimiento obrero, las esperanzas del sindicalismo de obtener ventajas del nuevo gobierno se vieron rápidamente frustradas. La estrategia de golpear primero y negociar después se desmoronaba al enfrentarse con la severidad de la política oficial. El congelamiento de la capacidad de presión de los grandes sindicatos precipitó la crisis. A la fractura entre vandoristas y participacionistas se agregó la emergencia de una corriente renovadora que, en 1967, logró acceder a la conducción de la Confederación General del Trabajo (CGT). La CGT de los Argentinos se caracterizó por su impugnación a la burocracia gremial y por su rechazo a la dictadura militar, exaltando la necesidad de rectificar la conducta moral de los dirigentes. La reacción más vasta y duradera, no obstante, se produjo más tarde y provino del interior del país. Al amparo de nuevas prácticas gremiales en las empresas instaladas durante la administración de Frondizi, surgió un "sindicalismo de liberación" o "clasista" cuyos nuevos líderes adscribían a una ideología marxista de lucha de clases y a medidas de fuerza (centralmente la toma de fábricas) poco difundidas hasta entonces en el país. La emergencia de estas nuevas dirigencias y la imposibilidad de negociar con el poder político minaron la representatividad de los poderosos jefes sindicales y socavaron su capacidad de controlar los conflictos. En una escalada, las demandas obreras dejaron de limitarse a reclamos salariales y avanzaron sobre el cuestionamiento de las condiciones de trabajo, el control del proceso productivo y la orientación política y económica del gobierno.

En el marco del Concilio de Vaticano II y tras la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín, la Iglesia Católica presenció el surgimiento de una nueva corriente que se identificaba con la "Teología de la Liberación" y la "Opción por los pobres". Esta se difundió entre religiosos y laicos y cristalizó en 1968 en la constitución formal del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Este grupo se definió abiertamente como opositor al régimen de Onganía y sirvió de canal alternativo para las protestas sociales, políticas y gremiales. La identidad de estos sectores se fue construyendo

en un continuo enfrentamiento con el gobierno y las jerarquías eclesiásticas. Sus prácticas en las villas miserias y barrios pobres, su participación en organizaciones de base, su adscripción al socialismo y su simpatía con las organizaciones armadas ejercieron un fuerte impacto sobre la juventud y los diversos grupos que irrumpían en la arena política.

El campo intelectual en general y los claustros universitarios en particular también se vieron conmovidos durante la década de los sesenta. La corriente democrática que había predominado desde la Reforma Universitaria hasta el derrocamiento del peronismo fue deteriorándose a la luz de los sucesivos gobiernos y su incapacidad para reincorporar al movimiento proscrito y fundar un régimen político mínimamente consensuado. El peculiar cruce entre modernización cultural, compromiso político e ideas revolucionarias llevó a gran parte de la intelectualidad de izquierda a reivindicar el uso de la violencia y acercarse al peronismo. La diversidad y riqueza cultural de los años sesenta fue atacada frontalmente por los funcionarios pacatos de la flamante Revolución Argentina. Los bastones policiales contribuyeron, a su modo, a la politización radicalizada del campo universitario y cultural.

Tempranamente los partidos de izquierda habían cuestionado la “Solución Libertadora”, revisando su condena al peronismo y sus dificultades para vincularse con los trabajadores. Bajo la égida de la Revolución Cubana, la cuestión nacional se introdujo en los debates de los partidos comunista y socialista y acercó a muchos de sus militantes a los partidarios del movimiento de Perón. También el radicalismo presenció el florecimiento de tendencias progresistas que ponían en cuestión la dirigencia y las opciones políticas de Balbín.

Aún antes de que la izquierda no peronista lo reivindicara, el justicialismo presenció el avance de tendencias más radicalizadas en su propio seno. John William Cooke y sus seguidores aspiraba al restablecimiento del régimen al que homologaban con las experiencias de socialismo nacional. Frustrados por la imposibilidad de alcanzar el poder por medios constitucionales, más y más peronistas consideraron la acción directa como única alternativa. La consolidación de la línea sindical vandorista también actuó como factor radicalizador. El líder exilado, atento a la autonomización de sus militantes gremiales alentó a las corrientes renovadoras. Desde Madrid, el general comenzó a recrudecer su retórica. La Tercera Posición terminó por asemejarse a las proclamas de las luchas de liberación en el Tercer Mundo. La figura del general se homologó conscientemente a la de Mao y Perón se encargó de llamar a los jóvenes a propiciar una renovación generacional en su movimiento.

De modo semejante, las asociaciones profesionales, los movimientos de base y las ligas agrarias vieron surgir sectores que cuestionaban no sólo al régimen militar sino también las formas tradicionales de organización y ejercicio de la autoridad.

Abriendo las compuertas de estas tensiones latentes, Córdoba. En una de las ciudades más importantes del interior del país, la confluencia de movilizaciones obreras y estudiantiles, con amplio apoyo de la población, concluyó en el desborde de las fuerzas policiales y en la toma del control del centro por parte de los manifestantes durante horas. El “Cordobazo” se transformó así en el paradigma de la potencialidad revolucionaria del pueblo que avanzaba sobre la perplejidad de las fuerzas del orden. Miles de hogares recibieron, a través de la pantalla blanco y negro, imágenes que se convertirían en el sino de una generación. La misión suprema de la Revolución Argentina caducaba, así, de manera

espectacular. El gobierno no sólo no podía garantizar el orden sino que la masiva oposición generada amenazaba con arrastrar junto a Onganía, a los principios elementales de la organización social.

### 3. Las esquirolas de Córdoba y las dificultades de la conjura

Tras el estallido sobrevino el estupor. La perplejidad y la conmoción se adueñaron de los actores políticos del momento que anclados en las profundas divergencias del elenco gubernamental, nutrieron diagnósticos divergentes. La identificación de las causas y las estrategias propuestas para conjurar la movilización popular de fines de los '60 debe entenderse como expresión y excusa de los mencionados desgarramientos en la cúpula del poder.

La prensa liberal debió combatir en dos frentes: el de la insurgencia civil y su desafío al orden, por un lado, y el de los proyectos presidenciales y las tendencias nacionalistas, por el otro. No obstante, aún con preocupaciones semejantes, las plumas liberales no atinaron a desplegar un diagnóstico convergente. Fue justamente esta dificultad la que, pese a su estrepitoso fracaso para garantizar la paz interna, permitió a los nacionalistas purgar algunos de sus socios liberales (entre ellos, el poderoso ministro de economía), perpetuarse en el poder y retrasar la apertura institucional.

Tras el estallido cordobés, los desvelos de *La Nación* se orientaron a escrutar los vínculos entre organizaciones armadas, estudiantes contestatarios y trabajadores radicalizados convencidos de que “entre las muchas cosas que se destruyeron el jueves [día del Cordobazo], hubo una que no puede dejar de señalarse: el sentimiento de seguridad”<sup>21</sup>. El diario identificó dos protagonistas bien diferenciados: los “perturbadores”, “los gérmenes del odio y la intolerancia”, aquellos que había desatado la “correntada de muerte y sacrificio”, “cuya única finalidad es la de abrir las puertas de país a una eventual dominación del totalitarismo”, y los participantes inocentes. Estos últimos sólo habrían contribuido con la “vehemencia inicial” pero habían sido utilizados y arrastrados por un furor que los desbordaba<sup>22</sup>. A ellos dirigía *La Nación* sus advertencias: podían convertirse “tanto en pretexto como en carne de cañón”<sup>23</sup> y, permitiéndose citar a Lenin, los instruyó diciendo que “para hacer la revolución se necesita un revolucionario por cada tres idiotas útiles”. Por otra parte, alertaba “Si alguien piensa que hubo espontaneidad en todo lo ocurrido, deberá prepararse para nuevas espontaneidades”<sup>24</sup>.

*La Prensa*, fiel a su historia, remitió la amenaza a su enemigo ancestral, el peronismo. Para el matutino de Paz, la culpabilidad por los levantamientos populares era evidente. Si en 1955 se había iniciado en Córdoba la Revolución Libertadora, para “el primer intento serio de organizar la contrarrevolución implícita, se había elegido el mismo escenario”. En este sentido:

<sup>21</sup> *La Nación* 2/9/69, pág. 1.

<sup>22</sup> Los calificativos corresponden a las editoriales del 30/5, 1/6, 2/6 y 30/6 de 1969, págs. 8.

<sup>23</sup> *La Nación*, 1/6/69, pág. 8.

<sup>24</sup> Las últimas citas corresponden a *La Nación*, 2/6/69, pág. 1.

“...tras esta guerrilla metódicamente preparada han actuado al unísono el peronismo y el comunismo, como las dos caras de una moneda. El peronismo, se ha dicho, no es otra cosa que la versión vernácula del comunismo internacional”<sup>25</sup>.

Un conjunto de imágenes se asociaban en su discurso: la identidad entre peronismo y guerrilla y su aspiración de “reimplantar en el país la tiranía abatida en 1955”<sup>26</sup>, el carácter eminentemente internacional del conflicto y cierta concepción lebonniana de la revuelta (“masas enardecidas” “de contagio irracional”, “turbas febriles”, “orgía vandálica”<sup>27</sup>).

A diferencia de *La Prensa* y *La Nación* que enfatizaron el papel de los cuadros subversivos, *Criterio* les confería un rol muy marginal en sus argumentos. La Iglesia Católica se había comprometido explícitamente con el golpe militar de la Revolución Argentina y una de las consecuencias de esta politización descarnada había sido el surgimiento de sectores radicalizados en su seno que, partícipes de gran parte de los conflictos sociales del momento, pugnaban por un evangelio más ligado con las necesidades del pueblo. Frente a la polémica entre el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y la jerarquía eclesiástica, la publicación religiosa había intentando -no sin ambigüedades- ocupar una posición mediadora. A la hora de comentar los hechos de Córdoba, la revista ensayó una explicación igualmente matizada. En su análisis, empleó términos como “rebelión”, “enfrentamiento entre hermanos”, “movimiento de crítica y protesta compartido por amplios sectores ciudadanos”, “expresión del descontento popular”<sup>28</sup>, imágenes que contrastan con el temor generado por los estallidos en las otras dos publicaciones.

Carlos Floria, que comenzaba en *El Cronista Comercial* su progresiva migración de los comentarios internacionales a los análisis de coyuntura política, reprodujo comentarios elípticos y se limitó a constatar el advenimiento de una “crisis de conciencia”. Según su opinión, “...nadie -salvo los ideólogos más encarnizados- puede vislumbrar siquiera cuáles son los rasgos de esa fisonomía [la del mundo por venir], que la rebelión actual no termina de bosquejar”<sup>29</sup>.

Algunas similitudes pueden encontrarse entre el discurso liberal y el esgrimido por el presidente. Como hicieran *La Nación* y *La Prensa* en sus editoriales, el gobierno detectó detrás de los sucesos el accionar de una fuerza metódicamente organizada y de filiaciones internacionales<sup>30</sup> y, como estos medios, enfatizó la violencia de los participantes y la apropiada y eficaz represión encarada por el ejército. La muerte de un “padre de familia” que había sido “incendiado vivo” durante las protestas y las heridas infringidas en las fuerzas del orden eran descriptos con minuciosidad por los medios y fueron mencionados especialmente en el discurso presidencial. Tanto la prensa liberal como las autoridades gubernamentales, intentaron distinguir a réprobos de elegidos y desplegaron esfuerzos por

<sup>25</sup> *La Prensa*, 3/6/69, pág. 3.

<sup>26</sup> *La Prensa*, 10/6/69, pág. 10.

<sup>27</sup> Estas imágenes aparecen en las editoriales del 3/6/69, pág. 3 ; 7/6/69, pág. 8 ; 10/6/69, pág. 10 y 13/6/69, pág. 8, entre otras.

<sup>28</sup> *Criterio*, 12/6/69 págs. 359 y 377 y 10/7/69, págs. 439 y 451.

<sup>29</sup> Floria, Carlos: “¿Empirismo económico, pesimismo político?”, en *El Cronista Comercial*, 2/6/69, pág. 12.

<sup>30</sup> Vale aclarar aquí que todos los analistas del período coinciden en que la presencia de las organizaciones guerrilleras fue ínfima sino inexistente durante el cordobazo. Fue después de este suceso que comenzaron a formarse estructuras político-militares contestatarias en la Argentina.

interpretar y conducir las demandas de los descontentos “recuperables”<sup>31</sup>. Es justamente en la interpretación de estos reclamos y en las consecuencias políticas que debían extraerse de ellos, donde las divergencias se hicieron evidentes.

Las plumas liberales imputaron los hechos a causas centralmente políticas, denunciando las “veleidades” presidenciales para con el sindicalismo y la obstrucción de los canales de participación política.

Mientras aguardaba el discurso de Onganía, *La Nación* concluyó que sucesos semejantes sólo ocurrían cuando “ha sido forzado el vacío de los líderes naturales”<sup>32</sup>. Al comentar las palabras del presidente, y como ejemplo paradigmático del recelo que envenenaba el vínculo entre liberales y nacionalistas, el matutino se encargó de adivinar y refutar las imputaciones de culpa contenidas en el oscuro discurso gubernamental. Las referencias de Onganía a la responsabilidad de las “estructuras caducas que no buscan otra posibilidad que la violencia, los intereses que ven perder su control sobre el destino argentino”, no podían (o no debían) referirse a las instituciones políticas consagradas por la Constitución liberal. A falta de precisiones, el diario de Mitre entendía que el presidente había acusado a “los dirigentes gremiales que extorsionaron a la Nación durante muchos años”. Puesto que

“Es difícil creer que la responsabilidad destructiva indicada por el presidente de la República pueda recaer sobre las antiguas agrupaciones cívicas, privadas de sus bienes y del derecho de reunión, o sobre las agrupaciones empresarias, las cuales han apoyado la realización de un plan severo ...[ni sobre] la abnegada cooperación popular, no obstante el sacrificio que ella implica para los sectores más limitados. Tampoco parece que pueda acusarse a la Iglesia, a la prensa independiente, a los colegios profesionales...”<sup>33</sup>.

Idéntico desprecio por los ensayos corporatistas traslucían las editoriales del matutino de Paz. La Revolución que había contado con el consentimiento colectivo fundado en la “desoladora” experiencia de la “reciente dictadura” peronista, había sido traicionada por quienes

“...renegaban del pasado histórico, ensayaban la rehabilitación de las dos tiranías y preparaban, sin concretarlas, reformas inspiradas en los peores engendros de la ideología reaccionaria nacida y aplastada entre las dos guerras mundiales. La remoción de este oscuro trasfondo político, fértil en floraciones microbianas, ha sido una parte considerable de la atmósfera que facilitó los hechos dramáticos que asistimos. Se pusieron en libertad fuerzas socavadas por sus propias culpas, se condenó a políticos de ayer, malos o buenos, para improvisar políticos de lace, sin el menor asomo de representatividad de ningún orden”<sup>34</sup>.

Deseosos de refutar a quienes vinculaban sus reclamos con el deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares y ansiosos por preservar la política económica de la recomposición ministerial en ciernes, los liberales instaban al gobierno a olvidar sus “sueños mesiánicos” y prestar oídos sordos a la demagogia. *La Prensa* pobló sus editoriales de estadísticas que pretendían demostrar que la región insurrecta era la mejor

<sup>31</sup> Al respecto, ver discurso de Onganía emitido por radio y TV el día 4/6/69, de Sanchez Lahoz, comandante del III cuerpo del Ejército, publicado en *La Nación*, 1/6/69 y de Carlos José Caballero, gobernador de Córdoba, publicado en el mismo medio y en la misma fecha.

<sup>32</sup> *La Nación*, 30/5/69, pág. 8.

<sup>33</sup> *La Nación*, 6/6/69, pág. 8.

<sup>34</sup> *La Prensa*, 7/6/69, pág. 8.

remunerada del país y que la Revolución Argentina debía abandonar las “vacilaciones” y profundizar la política económica emprendida<sup>35</sup>.

Pero en este punto no reinaba la coincidencia. Uno de los soportes más consecuentes a los programas liberales, el sector agroexportador, se había visto perjudicado por el programa de Krieger Vasena y, ante la crisis política, muchos de sus antiguos defensores buscaban tomar distancia.

Alvaro Alsogaray comentaba en la revista *Extra* que el estallido había sido originado y estimulado por elementos subversivos pero que sólo había sido posible por la confluencia de causas políticas y económicas. Vengando de algún modo el papel secundario que le había conferido la cúpula revolucionaria, el designado embajador ante los Estados Unidos, descargaba sus críticas sobre el sector paternalista y sobre el liberalismo heterodoxo de quienes habían ocupado el ministerio que Alsogaray consideraba propio. Entre los factores políticos del estallido, el autor identificaba la “infiltración de pequeños pero influyentes grupos de mentalidad autoritaria que podemos calificar genéricamente como de ‘nacionalistas’”. Estas figuras se creían portadoras de un “mandato mesiánico” destinado a “remodelar el país’ y aun al hombre argentino”. Sólo la extensión de esta actitud a las universidades, entidades gremiales, estatutos y organismos diversos habían permitido crear el clima propicio para el estallido. Sumido en un pronunciado debate en torno del modelo económico, el ingeniero liberal se esforzaba por diferenciarse de una administración que había abusado de la congelación salarial y la “economía concertada”. Desde su particular punto de vista, los argentinos seguían “aplastados por un intervencionismo estatal agobiante que gobierna desde hace más de un cuarto de siglo”<sup>36</sup>.

El presidente y su mentalidad autoritaria también eran criticados por *Criterio*, aunque en este caso, el problema no eran las estructuras sindicales y los esfuerzos oficiales por cooptarlas sino las prohibiciones a la libertad de reunión y expresión, la dirección autoritaria y el adoctrinamiento impuestos por los militares en el poder<sup>37</sup>.

Alineado con el gobierno y atizando las tensiones en el poder, Neustadt proclamaba:

“No queremos la muerte joven ensangrentando la República, pero tampoco queremos guerrilleros de una alianza liberal marxista destruyendo nuestro estilo de vida”<sup>38</sup>.

Con creciente indignación por los sucesos, el director de *Extra* insistía en una opción de hierro: “Onganía o el abismo” y llamaba a los argentinos a encolumnarse tras la figura del general azul como única alternativa para sortear la rebelión. El otrora intelectual fascinado por el presidente, respaldaba la recomposición nacionalista en el poder, alegando como causas principales de la crisis la dureza de una política económica que sólo podía exhibir como logro las grandes obras públicas. Tras los cambios en el gabinete, Neustadt alertaba que Onganía había asumido toda la responsabilidad.

<sup>35</sup> *La Prensa*, 13/6/69, pág. 8.

<sup>36</sup> Alsogaray, Alvaro : “La crisis de mayo”, en *Extra*, Año 5, Nro. 48, julio 1969, pág.29.

<sup>37</sup> *Criterio*, 12/6/69, pág. 363.

<sup>38</sup> Neustadt, Bernardo: “Muertos jóvenes ¡No! Pero guerrilleros ¡tampoco!”, en *Extra*, Año 5, nro. 47, junio 1969, pág. 1. Énfasis nuestro.

“Si a partir de aquí, continúa la estabilidad sin desarrollo, o el participacionismo infantil e irritante, o la Universidad medieval e ineficaz, que engendraron esta especie de ‘17 de octubre en contra’, las espaldas presidenciales tendrán que soportar el desgaste. Porque habremos llegado a una conclusión: SI TODO ES ASÍ, ES PORQUE ONGANÍA LO QUIERE ASÍ”<sup>39</sup>.

Los titulares del Poder Ejecutivo retuvieron el control del gobierno y anunciaron la “profundización” de la Revolución. Con un diagnóstico “economicista” del estallido, se aceptó la renuncia de Krieger Vasena imputando las causas del Cordobazo a la falta de “contenido social” de la política liberal. Con el ministro partía, también, una porción importante de los apoyos sociales del gobierno. Como señala O’Donnell (1982), la gran burguesía urbana tomaba distancia de la apuesta burocrática, del mismo modo que lo habían hecho antes los propietarios rurales. En los avatares para atraer una participación sindical “unida y auténticamente representativa”<sup>40</sup> se cifraba gran parte de la suerte del Onganiato.

Desde entonces, la prensa opositora constató con horror el recrudescimiento de los conflictos y la emergencia de organizaciones armadas, y descargó sus críticas sobre un elenco militar que, tras el recambio de figuras, buscaba reconstruir sus bases de apoyo y perpetuarse en el ejercicio del poder. La profundización del desencuentro entre gobierno y Ejército fue una de las apuestas centrales de los intelectuales de la derecha. Por lo pronto, para los hombres de Onganía, la solución pasaba por una política económica más nacionalista y una línea sindical más conciliadora.

---

<sup>39</sup> Neustadt, Bernardo: “La culpa del Presidente”, en *Extra*, Año 5, Nro. 48, julio 1969, pág. 15. Énfasis en el original.

<sup>40</sup> Tal la invocación de Onganía en su discurso del 4/6/69.



#### 4. El asesinato de Aramburu y los esfuerzos de demarcación y réplica

Desde el ala opuesta del espectro político, el Cordobazo parecía inaugurar la tantas veces presentada revolución social. Era menester, entonces, organizar una “vanguardia armada” capaz de anteponer a la “violencia desde arriba” una “violencia desde abajo” que coordinará los esfuerzos de los múltiples focos de rebelión.

El estallido de varias ciudades del interior, la confluencia de reclamos obreros y estudiantiles, la creciente insubordinación social y el aumento de los atentados efectuados por la guerrilla se extendieron después de mayo de 1969. Más allá de su carácter heterogéneo e inorgánico, gran parte de las nuevas fuerzas se identificaban con el “socialismo nacional” y consideraban cierta cuota de “violencia popular” como instrumento legítimo en la lucha por el poder.

En este contexto, una organización peronista secuestró al ex-presidente Pedro Eugenio Aramburu. Como señala Gillespie (1987, pág. 120), Montoneros había seleccionado su objetivo por tres razones. En primer lugar, buscaba alcanzar presencia pública a través de una acción espectacular que tendría repercusiones en todo el país. La elección del 29 de mayo, primer aniversario del cordobazo y conmemoración del Día del Ejército, reforzaría el impacto. En segundo lugar, el operativo revelaría un propósito punitivo: después de un procedimiento judicial simulado, se sometería al principal símbolo del antiperonismo a la “justicia revolucionaria”. Por último, Montoneros intentaba abortar la salida electoral reformista diseñada por el ex-presidente en contra del gobierno del general Onganía.

Al éxito parcial de cada uno de estos objetivos, se sumó la profunda desestructuración generada por el atentado dentro del bloque dominante. La demora entre el secuestro y la localización del cadáver y la pluralidad de versiones que rodearon la desaparición agudizaron las divergencias expuestas frente al cordobazo y, a los recelos ideológicos, se sumaron ahora las acusaciones cruzadas de complicidad hacia la cumbre del poder.

En un tono angustiado, y asumiendo el papel de vocero del dolor de la República, el matutino de Mitre despedía al teniente general consagrándole sus más respetuosos elogios. Para *La Nación*, con su vida se había querido “tronchar un símbolo”. Al delinear el perfil político del militar, el diario se identificó plenamente con él y cinceló, por oposición, los rasgos de sus captores. Aramburu se distinguía, ante todo, por su “grandeza moral”, porque “gobernó con decoro, restauró sin alardes las instituciones abatidas por una dictadura y retornó al hogar con la convicción de haber realizado una obra perdurable”. Sus virtudes cívicas y su identificación sin residuos con el credo democrático lo convertían en “símbolo luminoso de la grandeza del alma que distingue a los varones ante los que se inclina la reverente gratitud nacional”<sup>41</sup>.

Del mismo modo, *La Prensa* consagraba toda su portada al desaparecido militar y reproducía una enorme foto de mirada melancólica bajo el título “Conmoción sin precedentes vive el país”. Para el matutino se había “infringido una afrenta sin ejemplo a la dignidad de la Nación”. Tras pasar revista a toda la mitología antiperonista (la corrupción,

---

<sup>41</sup> *La Nación*, 18/7/70, pág. 8.

el despotismo, la propaganda demagógica), el diario proclamaba que la figura de Aramburu ya se había incorporado con honores al panteón de la patria.

“Por sobre toda la sombra del presente quedará perpetuada su figura de militar ciudadano, de gobernante honrado, de hombre sencillamente confiado en la bondad y la gratitud de otros hombres. Cuando se hallan borrado las siluetas anecdóticas de nuestros días, él continuará aureolado por la más dolorosa pero también la más duradera de las glorias: la que acompaña como una acusación, a la memoria de los mártires de su deber, sacrificados por el odio selvático, baldón de los pueblos adormecidos”<sup>42</sup>.

La acusación al gobierno se agolpaba en los comentarios de *La Prensa* (las autoridades no podían ignorar la amenaza y habían retaceado protección), mientras *La Nación* se esforzaba por persuadir a sus lectores de que el único “homenaje cabal” que podían consagrar a la víctima era mantener la serenidad y confiar en la justicia<sup>43</sup>. La conmoción en el bloque antiperonista era profunda y el comunicado de la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora había sido un grito de guerra que de ser oído tendría insondables consecuencias.

“O se reintegra al Tte. General Aramburu a su hogar, o caso contrario, devolveremos en las personas de los dirigentes del totalitarismo de izquierda o de derecha todo el daño que se inflinja. Volverán a sentir el rigor inflexible de las organizaciones de la libertad. Queda el país entero por testigo”<sup>44</sup>.

La frontal oposición a cualquier “justicia revolucionaria” desvelaba a los columnistas de *Criterio*. Aunque sin enaltecer figura alguna, la revista católica se espantaba de la gravedad del hecho y de las “intenciones criminales de los secuestradores”<sup>45</sup>. En clara referencia a las reacciones de sus partidarios, el editorial comentaba “el riesgo de reemplazar su verdadera figura humana por un mito puesto al servicio de quienes se disputan su herencia política”<sup>46</sup>.

Como en una cacería de brujas que tenía por escenario sectores cercanos al poder, Neustadt se vio forzado a afirmar

“Para que nadie se equivoque: repudiamos hasta su última esencia este siniestro plan contra Pedro Eugenio Aramburu. Nos hubiéramos ofrecido en canje, como rehenes. Nos parece salvaje la manera de enfocar nuestras discrepancias. [...] ¿Dónde vamos a parar? Hay que aterrizar frente a esta perspectiva que tiene además un único y total perjudicado : EL GOBIERNO”<sup>47</sup>.

El episodio Aramburu le costó la presidencia al general Onganía que fue reemplazado por Levingston. Los comentarios que acompañaron su retiro fueron unánimemente críticos. La línea que debía encarar la nueva administración, sin embargo, no estaba clara para las plumas liberales. Algunas voces se alzaban para invocar una reconciliación con el peronismo que restituyera la legitimidad del orden político, entre ellas las de *Criterio*,

<sup>42</sup> *La Prensa*, 18/7/70, pág. 1.

<sup>46</sup> *La Nación*, 19/7/70, pág. 8.

<sup>44</sup> Extracto del comunicado de la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora, publicado por *Extra*, Año 6, Nro. 59, junio 1970, pág. 3.

<sup>45</sup> *Criterio*, 11/6/70, pág. 379.

<sup>46</sup> *Criterio*, 13/8/70, pág. 523.

<sup>47</sup> Neustadt, Bernardo : “Muy, muy grave”, en *Extra*, Año 6, Nro. 59, junio 1970, pág. 2. En junio de 1971, frente a un documento que lo involucraba con la conformación de un “clima psicológico” que desembocó en el asesinato, el periodista remitió una carta alegando agravios a la Comisión de Homenaje al Teniente General Aramburu. Ver *La Opinión*, 5/6/71, pág. 10.

Neustadt y Floria. *La Prensa*, por el contrario, recordaba la “voluntad agresiva” de quienes “generaron y mantienen rencores, obstinándose en seguir enarbolando las banderas del odio”. La posibilidad de una apertura institucional “abierta al caos, es algo que desafía las previsiones de la razón”<sup>48</sup>.

*La Nación*, por su parte, celebraba la intención del nuevo gobierno de “encarar resueltamente la solución política del país sobre bases auténticamente democráticas” pero advertía que el proceso no debía apresurarse.

“Esto obedeció a un punto de madurez cívica en el que la conciencia nacional del país demuestra estar, al fin, más interesada en saber ‘cuál’ ha de ser la solución política que ‘cuándo’ ha de ocurrir ella”<sup>49</sup>.

La breve administración de Levingston, no obstante, constituyó un intento por parte de una de las fracciones militares de perpetuar la Revolución Argentina dotándola de un contenido más nacional. La revolución era considerada aún un proyecto inconcluso y los nuevos titulares del Ejecutivo apostaron a su profunzación. Con Aldo Ferrer en Hacienda, la política económica se volvió más proteccionista y proclive al capital local. Aunque ninguna de las medidas implementadas atentaba contra los intereses de la gran burguesía y de las empresas transnacionales, en un enrarecido clima político, las inversiones extranjeras disminuyeron y el ministro recibió durísimas críticas por parte de las principales organizaciones empresarias.

La conquista de un soporte sindical para el gobierno también se revelaba inviable. El principal interlocutor de una alternativa corporativista y potencialmente independiente a la conducción de Perón, Augusto Vandor, había sido asesinado en junio de 1969. Desde entonces, la crisis de liderazgo en el ámbito gremial se había agravado. Dentro del peronismo, sectores explícitamente enfrentados a los “traidores” de la “burocracia sindical”, contaban con el apoyo del general y constituían una amenaza política y hasta física para los dirigentes más dispuestos a colaborar con el régimen. Si bien circunscripto geográficamente, el sindicalismo contestatario ponía en cuestión las prácticas de lucha de la central obrera y secundaba las imágenes de corrupción y “entrega” difundidas por la juventud radicalizada.

En el flanco político, el gobierno tampoco se enfrentaba a un escenario alentador. En noviembre de 1970, radicales, peronistas y otras agrupaciones menores se reunieron en “La Hora del Pueblo”, una coalición cuyo objetivo era presionar al gobierno para convocar una apertura electoral sin proscripciones. Poco más tarde, se reunía el “Encuentro Nacional de los Argentinos”(ENA). En este caso, la iniciativa había surgido del Partido Comunista aunque congregaba a personalidades de todas las agrupaciones y sectores de la realidad local. Menos preocupado por la restauración de los canales institucionales, el ENA consideraba que lo más importante no era la convocatoria a elecciones sino “la transformación revolucionaria del país”. Muchos de sus adherentes no descartaban una alianza con aquellos militares que admiraran el ejemplo chileno y peruano.

El aislamiento social y político del gobierno se completaba, a su vez, con los conflictos dentro de las Fuerzas Armadas. Tal como puntualiza Cavarozzi (1983), la

---

<sup>48</sup> *La Prensa*, 26/6/70, pág. 8.

<sup>49</sup> *La Nación*, 26/7/70, pág. 8.

agudización de la crisis del régimen militar terminó acentuando la crisis social. Lanusse, mientras tanto, iba ganando prestigio y alzándose como la única figura capaz de organizar la salida política.

Entretanto, el desvelo de los ideólogos de la derecha radicaba en la magnitud de las fuerzas y en la viabilidad de los objetivos de la Argentina radicalizada. En este sentido, los esfuerzos por establecer criterios de demarcación que diferenciaron reclamos y prácticas legítimos e ilegítimos constituyó una de las principales preocupaciones. Los límites y eslabones entre guerrilla y protesta social estuvieron en el centro del desasosiego. Las preocupaciones de los analistas se enmarcaban en aquello que los militares definían como la “teoría del oxígeno” o “de los dos círculos”. La idea era que existía un pequeño grupo de “fanáticos irrecuperables”, pero que ese pequeño grupo sólo podía actuar gracias a otro más amplio de simpatizantes que constituían el oxígeno de la “subversión”. La política debía asfixiar a los “casos perdidos”, “conquistando” a quienes les consagraban apoyo<sup>50</sup>. Desde esta perspectiva, aunque el Estado debía “reprimir al terrorismo”, la solución no se cifraba en la capacidad militar de las fuerzas del orden sino en las estrategias políticas para “dividir y gobernar”.

A lo largo de los meses, *La Nación* abandonó sus iniciales contemplaciones para con estudiantes y trabajadores y los acusó de ser “respaldo operativo de la guerrilla”. La toma de fábricas y universidades, el asalto a comisarias, el intento de copamiento de poblados distantes y los secuestros y asesinatos merecieron un análisis minucioso desde sus editoriales. En todos los casos, la estrategia argumentativa era doble: por un lado, se negaba una intencionalidad clara a los sucesos, enfatizando los medios sobre los fines y, por el otro, se buscaba escindir a las bases de sus dirigentes radicalizados.

Para el diario, los “promotores del caos” carecían de coherencia doctrinaria y eran, en cambio, resultado de una “confusa mezcla de ideologías, donde en verdad los extremos se tocan y se asocian con afinidades temperamentales”<sup>51</sup>. De este modo, sólo se recuperaban los detalles concernientes a la saña de los “revoltosos”. Por otra parte y paradójicamente, los adversarios del periódico de Mitre no eran tanto los autores materiales de los hechos como sus mentores intelectuales. Una y otra vez se denunciaban los propósitos mezquinos y egoístas de los dirigentes gremiales y estudiantiles y la filiación internacional de los guerrilleros.

*La Nación* impartía halagos y condenas, obsesionada por establecer fronteras entre los grupos contestarios. Por un lado, destacaba la “actitud decorosa” de los dirigentes gremiales rosarinos que habían hecho público su repudio al secuestro de Stanley Sylvester. Para el matutino, actitudes de esta naturaleza daban cuenta de “las más altas reservas que anidan en nuestra República” y mostraban la posibilidad de formular una “política de reconciliación”<sup>52</sup>. En las antípodas, los reclamos de los obreros cordobeses, representaban una “verdadera gimnasia de insurrección” cuyos objetivos y filiaciones ideológicas no ocultaban ni disfrazaban con eufemismos. Al citar un documento de la delegación regional de Córdoba de la CGT, el diario de Mitre constataba su clara identificación con “las

<sup>50</sup> Al respecto Lanusse (1977, pág. 163).

<sup>51</sup> *La Nación*, 31/5/70, pág. 8.

<sup>52</sup> *La Nación*, 27/5/71, pág. 8.

fórmulas habituales de una corriente ideológica que emana de Moscú, y a veces de Pekín o de La Habana”<sup>53</sup>.

En este sentido y como expresión del valor y la peligrosidad de la palabra, el diario de Mitre se esforzaba por traducir demarcaciones políticas en demarcaciones semánticas. Apelando a su vocación pedagógica, se proponía recuperar el “verdadero” significado de la palabra “huelga”, diferenciándola claramente de las nuevas modalidades de protesta. Comentaba así, el “ardid lingüístico pero eficaz” de englobar bajo el mismo rótulo a acciones tan diversas como el “estado de alerta”, el “trabajo a desgano”, el “trabajo a reglamento”, el “retiro de colaboración”, los “brazos caídos en el lugar de trabajo” o la “subversión francamente delictiva: la ‘ocupación de los lugares de trabajo’”. Los paros activos, por su parte, constituían “novísimas creaciones semánticas”, destinadas a “organizar movilizaciones, tumultos, predaciones, ocupaciones de ámbitos privados y públicos y promover de forma franca y deliberada situaciones revolucionarias”<sup>54</sup>.

En cuanto a los estudiantes, el matutino perseveraba en su distinción entre quienes concurrían a las aulas a educarse, ajenos a los tumultos, y quienes se “dedican la tarea sistemática de insultar a docentes y autoridades, a repartir panfletos con abiertos llamados a la subversión armada y finalmente a destrozar y ensuciar todo lo poco sano y más o menos limpio que todavía resta”. Para éstos últimos rechazaba cualquier tipo de impunidad y exigía que se los castigara con todo el peso de la ley. En efecto, desde su perspectiva, la condición de estudiante en lugar de investirlos de fueros especiales “permite sustentar mayor severidad al juzgar actos por la implícita suposición del nivel cultural y de reflexión mental que ella lleva consigo”<sup>55</sup>.

Una atención especial merecían los instigadores de la violencia. Por una parte, *La Nación* los acusaba de apología del crimen y recordaba a las autoridades que ese delito estaba contemplado por el Código Penal. A la vez, discutía con ellos e intentaba descalificar sus argumentos. La declaración de un grupo de intelectuales reunidos en París para condenar al castrismo por el caso del poeta Padilla, le sirvió de excusa. Con cinismo *La Nación* inquirió por qué se habían demorado tanto en advertir las verdaderas características de los regímenes comunistas, por qué este caso (uno más de una larga serie) los había tomado tan de sorpresa. Finalmente, el editorial se pregunta

“...si cuando se instale en alguna ocasión futura, un régimen similar en otro ámbito geográfico, le otorgarán su apoyo entusiasta y alzarán sus himno de alegría por la victoria de los pueblos ‘oprimidos’.” [Y se contestaba]: “Es probable que así sea, efectivamente, porque siempre les quedará el camino fácil de las declaraciones ulteriores, como sucedió después de la masacre de Hungría, sin que por ellos se sientan obligados a revisar a fondo la falacia de los regimenes alzados sobre las doctrinas que continúan seduciéndolos al margen de toda racionalidad”<sup>56</sup>.

La juventud de los militantes radicalizados acentuaba la percepción del matutino de que estaban siendo adoctrinados y utilizados por fríos maquinadores profesionales<sup>57</sup>. Apelando a las polémicas dentro de la propia izquierda, *La Nación* sintetizaba su

<sup>53</sup> *La Nación*, 19/5/71, pág. 8.

<sup>54</sup> *La Nación*, 9/5/71, pág. 8.

<sup>55</sup> *La Nación*, 13/3/71, pág. 8.

<sup>56</sup> *La Nación*, 28/5/71, pág. 8.

<sup>57</sup> *La Nación*, 25/5/71, pág. 8.

posición con una frase de Camus: “Detesto la violencia acomodada. Detesto a todos aquellos cuyas palabras van más allá de sus actos. En esto disiento con algunos de los grandes genios, cuyas incitaciones al asesinato cesaré de despreciar el día que ellos mismos disparen los fusiles de la ejecución”<sup>58</sup>.

*La Prensa* apenas reflejó la emergencia y consolidación de organizaciones político militares, atenta con exclusividad a los conflictos laborales y sus efectos sobre la producción. Sus únicas referencias a la guerrilla intentaban inscribirla en un contexto internacional o ligarlas abigarradamente con las prácticas gremiales contestatarias. En el primer caso, el “totalitarismo imperialista del bloque soviético” prometía extenderse por todo el planeta. Los argumentos se centraban, por lo tanto, más en la descalificación del movimiento intelectual europeo y latinoamericano que apoyaba el uso de la violencia que en los sucesos locales<sup>59</sup>. En el segundo caso, los “delitos de usurpación, privación ilegítima de la libertad y tenencia de explosivos”, “desbordaban el campo de la delincuencia común u ocasional para incursionar abiertamente en lo insurreccional”<sup>60</sup>.

De este modo, las editoriales del diario de Paz estaban destinadas a relatar en detalle las nuevas formas de lucha y a cuestionar con insistencia la organización sindical legada por el peronismo. Desde una disposición menos estratégica, el matutino alzaba su voz contra múltiples amenazas y se circunscribía a proclamar escandalizada la conspiración en ciernes. Incapaz de adivinar reclamos legítimos en las protestas y pronta a identificar a gremialistas con criminales, *La Prensa* se limitaba a describir atónita el saldo negativo de la virulente organización sindical. Las cuantiosas pérdidas económicas, la impotencia de los empresarios, el totalitarismo de los dirigentes gremiales y la “artificialidad” de los reclamos salariales de quienes se desempeñaban en sectores “bien remunerados” eran afirmados con insistencia. Con su foco de atención en las tensiones laborales y bajo la hipótesis de que Córdoba era punta de lanza de la “subversión” en el país, *La Prensa* concluía que más allá de los diversos apoyos brindados a la guerrilla, su pivote era el sindicalismo<sup>61</sup>.

Frente a los comportamientos radicalizados, las autoridades mostraban, para *La Prensa*, una endémica pasividad. Sólo la supresión de toda forma de organización obligatoria, de las cuotas compulsivas, del sindicato único, y de la estructura monolítica de la central obrera (características todas del sindicalismo peronista) podían garantizar una sociedad verdaderamente democrática<sup>62</sup>. Ningún avance político o económico podría lograrse preservando la organización sindical legada por “la dictadura”.

En contraste, lo que más intranquilizaba a la publicación religiosa era la emergencia de un tipo de violencia distinta de la desatada en los estallidos populares del interior. En efecto, si para *Criterio* había resultado difícil convalidar ciertas iniciativas contestatarias de los sacerdotes tercermundistas, la certeza de que muchos de ellos alentaban la opción por las armas, reforzaba su alineamiento con las corrientes eclesiales conservadoras y la llevaba a reclamar la restitución de la unidad y la obediencia dentro de la comunidad católica.

---

<sup>58</sup> *La Nación*, 23/6/71, pág. 8.

<sup>59</sup> Entre otros : *La Prensa*, 17/7/70, pág. 8 (sobre dos guerrilleros brasileños arrepentidos) ; 19/7/70, pág. 8 (sobre las “falsas” promesas del Castrismo) ; 4/5/71, pág. 9 (sobre las repercusiones del caso Padilla).

<sup>60</sup> *La Prensa*, 6/6/70, pág. 6.

<sup>61</sup> *La Prensa*, 13/4/71, pág. 8.

<sup>62</sup> *La Prensa*, 22/4/71, pág. 8.

Su temor se cifraba en que la apelación a la fuerza ya no era producto del desborde callejero sino que habían surgido organizaciones que la empleaban como “medio para intimidar a la población”. En este caso, los protagonistas ya no eran los sectores más empobrecidos sino intelectuales, provenientes de las clases medias y altas e inspirados por las más variadas corrientes ideológicas. En clave de advertencia, *Criterio* recordaba que sus intenciones eran radicalizar al movimiento obrero reservándose siempre para sí el papel de “estados mayores”, y para los trabajadores el de “soldados rasos”<sup>63</sup>.

Más allá de estos intentos “externos” al universo laboral, la revista consideraba que la mayoría de los dirigentes conservaba una perspectiva conciliadora, deseosa de participar como “mediadora necesaria entre el Poder y los trabajadores”. En las antípodas del pensamiento de *La Prensa*, la publicación católica no se preocupaba por la burocratización del sindicalismo argentino ni por sus rasgos corporativos, ni por los vínculos entre éste, el gobierno y los empresarios. Su inquietud se orientaba, en cambio, a la necesidad de establecer un juego de poder más equilibrado que contemplara no sólo la representación corporativa sino también, la política-partidaria. Sólo esta podría asegurar el respeto de los principios pluralistas y el control de las organizaciones de interés<sup>64</sup>.

Según la publicación católica, la Argentina se había convertido en una sociedad bloqueada y en ella la participación era apenas un reclamo desoído. En este contexto, la aspiración al cambio era, para la revista, no sólo justificada sino saludable. El problema estaba en las transformaciones propuestas y en los medios empleados para llevarlas a cabo. Hacia mediados de 1970, *Criterio* se lamentaba de que el país careciera de un verdadero proyecto de transformación.

Las “rigideces del orden social” argentino no remitían exclusivamente a los comportamientos militares. La situación de la Iglesia y de la Universidad agravaban la crisis. Ambas se hallaban día a día menos seguras de sí mismas, carentes de autoridad y de imaginación creadora para resolver sus propios problemas, ambas eran incapaces de llevar a cabo su papel de poderes morales de la sociedad.

El director de la revista, Jorge Mejía, dedicó una larga editorial a reflexionar sobre el proceso que había conducido a la violencia física y verbal. Acusó al clero de haberla propiciado al incorporar a sus debates el tema de la legitimidad del uso de la fuerza en situaciones revolucionarias. En un esfuerzo por deslindar las enseñanzas evangélicas de los sucesos políticos del momento, también el religioso ensayaba ejercicios de cartografía e intentaba demarcar el entonces difuso límite entre Política e Iglesia. En este sentido, se permitía condenar tanto a los revolucionarios de izquierda como a sus pares nacionalistas del pasado<sup>65</sup>.

Pero sus reflexiones no desembocaban en una acusación taxativa en la cual los únicos culpables eran los sectores eclesiásticos directamente involucrados en la justificación de la violencia. Invitando a un mea culpa colectivo, el presbítero dejaba planteados un conjunto de interrogantes que son clara muestra de la profunda crisis atravesada por el catolicismo local,

---

<sup>63</sup> *Criterio*, 13/8/70, pág. 523.

<sup>64</sup> *Criterio*, 11/6/70, pág. 363-366.

<sup>65</sup> *Criterio*, 13/8/70, pág. 536 (“Crónicas de la vida en la Iglesia”).

“Cuando se nos enfrenta a las últimas consecuencias, como el asesinato, la subversión, pero además la desconfianza y la división en la que vivimos, llega el momento de interrogar nuestras conciencias. ¿qué creemos? ¿cómo traducimos nuestra fe en la vida? ¿cuál es nuestra escala de valores, comparada al Evangelio? ¿cómo miramos a nuestro prójimo, pobre o rico, equivocado o acertado, justo o culpable? ¿cómo hemos construido la unidad de nuestra iglesia? ¿o nos hemos dedicado a destruirla?”<sup>66</sup>

Los esfuerzos de la prensa para despertar la condena de sus lectores parecían inútiles. Como muestra O'Donnell (1982, págs. 463-466) en base a encuestas tomadas en 1971 y 1972, la guerrilla contaba entonces con un notable apoyo de la población. Del mismo modo, no sólo Perón apoyaba a las manifestaciones rebeldes, Lanusse (1977) comprobaba la simpatía que los jóvenes contestatarios despertaban entre las propias filas del Ejército.

Ciertamente, las imágenes de guerrilleros sangrientos y alienados no terminaban de convencer a la opinión pública. Como señalan Gillespie (1987) y Moyano (1995), en sus comienzos, las organizaciones armadas enfatizaron los atentados contra la propiedad más que contra las personas, concentrándose en ataques de pequeña escala contra las fuerzas del orden o en operativos de tipo Robin Hood tales como el robo y distribución de alimentos en zonas de emergencia. La potencialidad asesina de los guerrilleros aparecían, frente a las mayorías, como poco preocupante. Los asesinatos cometidos eran escasos y escogidos cuidadosamente. Detrás de cada muerte, había un mensaje: el juicio a la Revolución Libertadora, la condena a las “traiciones” de la “burocracia sindical”, la impugnación al “capitalismo imperialista yanqui” o el escarmiento a los militares por devenir “fuerzas de ocupación”. Tampoco parecían verosímiles las pretendidas filiaciones internacionales. Gran parte de las fuerzas contestatarias se declaraban peronistas (movimiento de indudable retórica nacionalista) y, si postulaban simpatías con movimientos políticos extranjeros era sobre todo con aquellos surgidos del Tercer Mundo y, muy especialmente, con Cuba, Perú y Chile. Los esfuerzos de demarcación tampoco apuntaban a un aislamiento evidente. La emergencia de organizaciones armadas coincidió con un estado generalizado de desobediencia civil en el cual diversas fuerzas y prácticas políticas se enfrentaban al régimen militar.

Así, los intelectuales del liberalismo concluyeron progresivamente que sólo la legitimidad del sistema jurídico podía refrenar la “descomposición social”. En efecto, el reconocimiento aún velado de cierta legitimidad de las prácticas violentas en un escenario restringido (compartido incluso por los liberales) constituyó un hecho inédito propiciado por las revueltas inauguradas en Córdoba. Frente a los nuevos reclamos y prácticas de protesta, el peronismo aparecía, claramente, como un mal menor.

## 5. Los desvelos de una antinomia y la solución Lanusse

La diáfana persistencia del peronismo y la dolorosa constatación de que el país no había logrado la estabilidad y bonanza económica prometidas, enfrentaron críticamente al arco antiperonista con el legado de la “Solución Libertadora”. El creciente poderío (y, como contracara, la presente debilidad) de las Fuerzas Armadas, las “deformaciones” propiciadas por los vejámenes infringidos a la democracia y el pluralismo y, sobre todo, la

<sup>66</sup> *Criterio*, 13/8/70, pág. 537 (“Crónicas de la vida en la Iglesia”).



propia incapacidad de los vencedores del '55 para encolumnarse tras un proyecto alternativo, se descargaban, una y otra vez, como argumentos de un mea culpa.

Las posiciones enfrentadas en el conflicto entre militares Azules y Colorados volvieron al centro del debate político. Mientras el peronismo radicalizado y la nueva izquierda redescubrían la historia en clave revisionista combinando diversas dosis de nacionalismo populista y materialismo dialéctico, también la derecha revisaba su linaje y reconstruía críticamente el pasado.

En tanto los simpatizantes de los Azules comenzaban, o bien a descubrir en Perón al anhelado De Gaulle argentino, o bien a aceptar su reincorporación a la política legítima como concesión indispensable para la institucionalización y el “sinceramiento”, los Colorados se atrincheraban en la defensa de una Argentina liberal que revelaba su persistente desencuentro con las prácticas democráticas.

Los ideólogos azules que se habían visto frustrados por la conducción de Onganía vislumbraron en el general exilado al único político capaz de engarzar desarrollo económico y unidad nacional. Su apoyo a las soluciones unanimistas y su disposición a sacrificar los intereses del agro a favor de la industrialización y, ¿por qué no?, de cierto sindicalismo disciplinado, habían quedado claramente demostrados por los programas auspiciados a mediados de los sesenta.

Como ejemplo paradigmático de esta posición, Neustadt criticaba al antiperonismo defensivo y se apresuraba a estrenar la flamante camiseta justicialista. Ya en 1970 se burlaba de quienes especulaban con la muerte de Perón y se preguntaba a quién se culparía si el general vivía 100 años.

“Y si Perón insiste en vivir ...¿qué explicación daremos en 1980 a nuestros nietos? ¿La subversión internacional que sueña con la Argentina como experiencia para el retroceso?... ¿O los curas del “tercer mundo”, o el marxismo, o nosotros? Ser inteligente cuesta menos que retrasar al país. Hagamos una revisión: a) Desde 1955 quisimos concluir con el peronismo = cada vez hay más peronistas, b) Anunciamos **Orden** en 1966 = Vandor-Aramburu-Alonso (1970)...<sup>67</sup>”

Un año más tarde concluía que los militares tenía en Perón a un aliado, “Perón jugaba al juego -concluía. El Che Guevara, no...”<sup>68</sup>.

Desde una perspectiva igualmente crítica para con la opción Libertadora, *Criterio* señalaba que sólo era posible comprender los violentos sucesos ocurridos a la luz de las características del sistema de representación prevaleciente en el país. El orden social había asistido, en el último cuarto de siglo, a la emergencia de una nueva clase dominante: la militar. Esta había ocupado los principales resortes del poder como si sus conocimientos y habilidades no tuvieran límites. Este dominio había tendido a

“...suplantar el poder económico privado por un capitalismo de Estado que les brinda múltiples oportunidades económicas. La clase militar es una clase burocrática, y sobre la sociedad se cierne el peligro de que se le imponga como un corsé el modelo de la racionalidad burocrática. Existe la impresión de que una clase ha colonizado el poder y que las avenidas que conducen al mismo están

<sup>67</sup> Neustadt, Bernardo: “¿Y si Perón vive 100 años?”, en *Extra*, Año 6, Nro. 62, septiembre de 1970. Énfasis en el original.

<sup>68</sup> Neustadt, Bernardo: “Revolución sin fusiles”, en *Extra*, Año 6, Nro. 70, mayo de 1971.

clausuradas para los que no se avienen a acomodarse a las exigencias de la “orgánica” militar. [esta nueva clase] más que el riesgo, la competencia y la creatividad, valora el orden, la disciplina y la eficiencia.”<sup>69</sup>

Asimismo, la persistencia del liderazgo de Perón no podía deberse ni a sus aciertos gubernamentales ni únicamente a su maquiavelismo manipulador. La vigencia de su figura sólo era inteligible, para Floria, por el carácter inoportuno de su derrocamiento y los errores de sus adversarios.

“La persistencia de la jefatura mística de Perón es la respuesta simétrica de la dominación del antiperonismo, y se alimenta de la ideologización de su figura por parte de una juventud que no lo conoció gobernando como un pragmático y lo erige hoy en un doctrinario y en un mito, y de la memoria colectiva que lo recuerda por sus éxitos y no por sus fracasos. Porque Perón, como Gardel, no cayó luego de que se hubiera ‘verificado’ su decadencia sino antes”<sup>70</sup>.

Ungido por un intachable pasado antiperonista, Lanusse alcanzó finalmente la presidencia con el imperativo de recuperar la iniciativa política. La coincidencia generalizada entre los ideólogos de la derecha de que la Argentina vivía una “decadencia moral”, los llevó a reemplazar la dicotomía antiperonistas-peronistas por otra que también se asentaba en la fórmula sarmientina. Se trataba, una vez más, de optar entre civilización o barbarie. La primera evidentemente identificada con la ley y la segunda con la violencia que terminaría por destruirlo todo a su paso.

En reacción a las réplicas que este diagnóstico despertó en la izquierda, tanto *Criterio* como *La Nación* se desvelaron por negar que su rechazo al uso de la violencia fuera sinónimo de apoyo al orden establecido o defensa de las injusticias encubiertas. La adhesión a ciertos principios que reconocían en la paz el bien supremo era, muy por el contrario, el punto de partida de toda comunidad política. En este sentido, la revista católica planteaba el dilema a partir de dos opciones: o bien se adhería a la ruptura histórica impuesta por un “grupo minoritario con pretensiones mesiánicas” o bien se asumían de manera lúcida “los valores y conflictos del pasado a través de la reconciliación nacional y popular”. En suma: “por un lado la guerra, por el otro, la tolerancia, el diálogo y el acuerdo”<sup>71</sup>. De modo semejante, el diario de Mitre señalaba

“...debe quedar claro que no se trata de excitar sentimientos de disociación social o de exacerbar enfrentamientos y mucho menos de ignorar las reclamaciones y angustias de los sectores desposeídos. El problema reside en saber si continuaremos marchando por el camino cuyo término será invariablemente el caos o el despotismo, o si seremos capaces de mantener nuestra tradicional estructura de sociedad organizada”<sup>72</sup>.

Era evidente, no obstante, que los grupos que no aceptaran las reglas de juego impuestas por la Constitución serían excluidos de la política, con la poderosa legitimidad de un gobierno elegido por el pueblo. *La Nación* lo postulaba explícitamente al señalar que

“...la solución del problema político argentino ha de depender de lo que suceda en dos planos: el de la firmeza que haya en el rumbo trazado y el del denuedo de una militancia cívica no desprovista del

<sup>69</sup> *Criterio*, 13/8/70, pág. 524.

<sup>70</sup> Floria, Carlos: “El precio de la sinceridad” en *El Cronista Comercial*, 22/3/71, pág. 7.

<sup>71</sup> *Criterio*, 9/7/70, pág. 445.

<sup>72</sup> *La Nación*, 21/6/70, pág. 8.

realismo que siempre supone, tal vez más que nunca ahora, el ejercicio de la política como un arte de lo posible”<sup>73</sup>.

A partir de la apertura política sin exclusiones podría identificarse, tanto para el diario de Mitre como para *Criterio*, a quienes se negaban a confrontar ideas y rechazaban la voluntad popular libremente expresada<sup>74</sup>.

Todos los enunciadores analizados recibieron aliviados la asunción de Lanusse y se lamentaron de la dilación impuesta por la presidencia de Levingston. Más allá de este punto de partida común, la postura frente al tipo de apertura electoral perpetuó las desavenencias.

Como señala de Amézola (1999) en su análisis sobre el Gran Acuerdo Nacional, la propuesta de Lanusse pretendió trascender la instrumentación de una salida política decorosa para la Revolución Argentina. Su idea originaria era consensuar un programa y un elenco de gobierno y soldar una alianza entre civiles y militares que incluyera al peronismo pero prescindiera de la figura de Perón. Si la Argentina moderna había alternado entre dos principios de legitimidad aparentemente irreconciliables, la legitimidad de origen y la legitimidad de ejercicio, la constitucionalidad y la gobernabilidad, Lanusse ofrecía una solución combinada. Como alertaba en sus discursos, si las Fuerzas Armadas eran relegadas al papel de árbitros o jueces de lo que el resto del país realizara, quedarían en disponibilidad para juzgar la tarea de los demás y se reservarían como alternativa para un nuevo orden institucional recomenzando el ciclo perverso<sup>75</sup>. La Hora del Pueblo aparecía, en este esquema, como posible soporte a la alternativa diseñada por el Comandante en Jefe del Ejército.

Inicialmente se ensayó la posibilidad de acordar con dirigentes intermedios, considerándolos capaces de secundar la propuesta presidencial. En esta línea, Floria constataba que los argentinos aggiornados había comenzado a competir tanto con el “viejo” peronismo como con el “viejo” antiperonismo. En una clara apuesta por la renovación de las dirigencias, el decano de Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador, llamaba a las generaciones intermedias a propiciar la democratización y el sinceramiento de la política nacional. Al homologar generación intermedia con moderación política, Floria descubría en estos grupos a

“...un número significativo de argentinos para quienes la posibilidad de un futuro gobierno peronista constituye una probabilidad que no espanta -si se trata de no peronistas- o para los cuales la aceptación de una Argentina pluralista y dinámica no es contradictoria con una mayoría que gobierne -si se trata de peronistas nacidos en la vida pública cuando el régimen y el líder habían demostrado, en el poder, su agotamiento. Esos argentinos se encuentra hoy en muchos sectores decisivos y en posiciones vecinas al vértice del poder en sus organizaciones”<sup>76</sup>.

En las antípodas, Neustadt alertaba al gobierno que si no negociaba con los “viejos” líderes políticos, la generación siguiente profundizaría la radicalización en lugar de aplacarla. El movimiento obrero y el peronismo mismo demostraban que los cuadros medios eran más desafiantes que sus mayores.

<sup>73</sup> *La Nación*, 3/4/71, pág. 8.

<sup>74</sup> *La Nación*, 23/6/71, pág.8 y *Criterio*, 10/6/71, págs 339-341.

<sup>75</sup> Estas ideas fueron expresadas por Lanusse en repetidas oportunidades. Como ejemplo puede mencionarse el discurso dirigido al país desde San Nicolás, el 31/5/72 y reproducido por *Clarín*, 1/6/72, págs. 18 y 19.

<sup>76</sup> Floria, Carlos: “Vieja política y nuevos políticos”, en *El Cronista Comercial*, 27/4/71, pág. 6.

“Detrás de Rucci, viene Tosco, Ongaro, o los jóvenes zurdos de Sitrac y Stram de Córdoba ¿Les gusta más? ¿O creen que cuando veten a Rucci o a Taccone, los van a reemplazar con Santo Tomás de Aquino o Américo Ghioldi ? [...] Es mejor instrumentar entre el Ejército y Perón la Solución, que esperar a que desaparezca físicamente. Estrategia fúnebre. Porque entonces tendrán que entenderse con 3.000 “nuevos” Licastro. ¿Lo prefieren?

La viabilidad de una alternativa cívico-militar que excluyera a Perón y la conveniencia de acordar con el caudillo atravesaron los discursos de todos los analistas de la época. Al tiempo que el Presidente recorría el país y mostraba sensibilidad ante los reclamos de la central sindical peronista, sus emisarios exploraban la posibilidad de que el jefe justicialista renunciara a la conducción de su movimiento, o al menos condenara las prácticas violentas de sus “formaciones especiales”.

Tanto la renovada importancia asignada a la ortodoxia gremial cuanto los contactos con el viejo líder, obligaban a la derecha a pronunciarse en relación con el movimiento “maldito”. Para los autodenominados “no peronistas moderados”, la antinomia que había signado la política después de 1955 era un hecho superado. Quienes persistían en su desprecio hacia el partido del general, condenaban las dos estrategias de Lanusse. El acercamiento hacia los gremialistas era conceptualizado como una concesión demagógica y las negociaciones con el caudillo como una imperdonable traición.

Si en el pasado, las divergencias habían escindido a los nacionalistas de los liberales, a partir de 1971, la derecha conciliadora comenzaría a diferenciarse de los antiperonistas intransigentes. Una nueva frontera comenzaba a delimitarse al interior de los partidarios del orden. Unos identificaban las causas de la decadencia en las opciones políticas que habían viciado el sistema institucional al proscribir al peronismo. Otros, imputaban la gran frustración a la incapacidad de los políticos y militares de erradicar con coraje los simientes de la Argentina populista.

El enfrentamiento entre estos dos grupos no es sólo evidente *ex-post*, los ideológicos de la derecha se reconocieron como oponentes y conspiraron unos contra otros. Mientras los “no peronistas” redescubrían las virtudes de la política democrática y halagaban la entereza y dignidad de los partidos tradicionales, los antiperonistas los culpaban de su impotencia para aprovechar las ventajas de un régimen, el de los “revolucionarios de la libertad”, que los había nombrado sus herederos privilegiados. Así, en tanto algunos intelectuales auspiciaban la reconciliación entre los dirigentes políticos como reaseguro de los principios democráticos y republicanos, los liberales más intransigentes no podían entender el acercamiento entre radicales y peronistas más que como una infamia.

En una prosa plena de resentimiento, Gigena Lamas (1972) se lamentaba de la creciente “peronización” de la política. Con amargura descubría cómo los dirigentes democráticos, “movidos exclusivamente por ambiciones personales”, se declaraban aliados del “dictador”.

“Líderes políticos que antes sufrieron persecución y destierro se ponen a la servicio del tirano para recoger algunas migajas del festín. La dignidad no les alcanza para períodos demasiado largos. Claudican y se entregan. [...] Partidos políticos de larga trayectoria cívica al servicio de la libertad, asustados por la previsible avalancha, aunque todavía n se animan a decir que quisieran integrar las huestes del tirano, copian sus programas, adoptan sus presupuestos ideológicos y se saben derrotados

de antemano, porque en el fondo sus corazones conocen que el enemigo los ha conquistado. Nosotros, los liberales, nos levantamos contra esa indignidad, contra todas esas indignidades”<sup>77</sup>.

Igualmente indignada, *La Prensa* se escandalizaba de la voluntad radical de concertar con Perón y rememoraba al Ejército su compromiso de impedir cualquier retorno al régimen depuesto. Los herederos de Paz bregaban, en suma, por el rechazo de toda negociación con el “tirano”<sup>78</sup>.

Desde una postura semejante, Alsogaray afirmaba que estaban dadas las condiciones para que quienes proclamaban la “revolución nacional” arrastraran al país al caos social.

“De allí a la dictadura colectivista no hay más que un paso. Los ejemplos de Chile, Bolivia, Perú nos lo están demostrando. Ojalá extraigamos del fondo de esta crisis, cuya etapa final ya hemos comenzado a vivir, la sabiduría y el coraje que necesitamos para encontrar la verdadera solución argentina”<sup>79</sup>.

La identificación entre fascismo y peronismo era actualizada por los liberales a ultranza que asumían que Constitución y justicialismo eran términos mutuamente excluyentes.

*La Nación*, por el contrario, se esforzaba por recuperar las angustias del arco antiperonista, pero concluyendo que la estrategia del gobierno era la correcta. Reafirmando una y otra vez las credenciales “libertadoras” del presidente, la publicación consideraba su convocatoria como muestra de “suma nobleza”. La “generosidad” de Lanusse y la disposición de una parte de la sociedad (los antiperonistas) a “perdonar agravios”, eran una muestra de madurez política sin precedentes. Frente a un escenario que enaltecía al régimen derrocado en 1955, *La Nación* se permitía recordar su carácter totalitario y enfatizar que

“...no son las discrepancias que pudieron haber existido y aún perdurar en el orden de la conducción económica del Estado, sino toda una concepción sobre el ejercicio objetivo de los derechos individuales y las garantías constitucionales, la causa legítima del abismo abierto entre dos comportamientos dentro de la vida cívica”<sup>80</sup>.

*Criterio* y *Floria* circunscribían las fronteras de la moderación al homologar a los liberales intransigentes con los jóvenes radicalizados. Por un lado, estaban quienes pretendían priorizar a toda costa sus intereses económicos. Por el otro, tanto los universitarios de corte “bakuniano” cuanto la “oposición guerrillera”. Entre ambos “extremos” se ubicaban “las Fuerzas Armadas, el sindicalismo, los partidos políticos y todos aquellos deseosos de consolidar una democracia ‘nacional y popular’”<sup>81</sup>.

De algún modo, la permeabilidad de la derecha a la incorporación del peronismo conspiró contra los deseos de Lanusse. A medida que el enfrentamiento entre los dos militares se hacía más público y explícito, los ideólogos “moderados” comenzaron a sugerir al Presidente que abandonara su voluntad política en aras de sus objetivos “más trascendentes”.

<sup>77</sup> Gigena Lamas, Cesar Arturo (1972, págs. 116/7)

<sup>78</sup> *La Prensa*, 16/6/71, pág. 8.

<sup>79</sup> Alsogaray, Alvaro : “El principio del fin”, en *La Prensa*, 4/6/71, pág. 8.

<sup>80</sup> *La Nación*, 2/5/71, pág. 8.

<sup>81</sup> *Criterio*, 10/6/71, pág. 339-341.

Según postula de Amézola (1999), el realismo lanussista se enfrentó a una debilidad insalvable. Muchos supuestos fueron finalmente refutados por los acontecimientos. El desprestigio de los militares conspiró contra la posibilidad de incluirlos en una alternativa política seductora. La estrategia bifronte de Perón (que apoyó a conciliadores y contestatarios) echó por tierra la esperanza de que resignara su capital político por el conjunto de bienes y derechos ofrecidos. La pobre cosecha de votos demostró que el asistencialismo no alcanzaban para que Manrique cultivara simpatías electorales. Finalmente, la dinámica propia del partido radical y de distintas organizaciones de la sociedad civil obstaculizó toda alternativa tendiente a acordar con el Presidente contra Perón.

Ciertamente, el rigor con que los funcionarios castrenses se habían alzado contra el campo político y cultural había contribuido a acercar a viejos antagonistas. El desarrollo de corrientes renovadoras y críticas en el seno de las distintas organizaciones operó en el mismo sentido. El reconocimiento del derecho de ciudadanía política al peronismo fue propiciado por un radicalismo que, encolumnado tras la figura de Balbín, encontraba severas dificultades para evitar nuevas fracturas. En efecto, como relata Acuña (1984), la primera etapa del acercamiento había sido conducida por sectores que se oponían a Balbín y pretendían alcanzar una alianza con el justicialismo que trascendiera la normalización institucional e incluyera acuerdos y coincidencias programáticas entre los dos partidos mayoritarios. En un delicado equilibrio entre los jóvenes antibalbinistas apoyados por Illia y los sectores antiperonistas más intransigentes, Mor Roig y Pugliese acompañaron a Balbín en sus pasos hacia la reconciliación.

Procesos semejantes se desplegaron en otras instituciones. Acordar con Perón aparecía como la mejor estrategia para recuperar la iniciativa política y contener el cuestionamiento de las bases.

En rigor, las condiciones del diálogo entre Lanusse, Balbín y Perón, partían de un supuesto común: era necesario consolidar la paz interior e institucionalizar las tensiones sociales. La reconstrucción del poder del Estado y el aborto de toda alternativa que hiciera peligrar la estabilidad social estaban fuera de discusión. En este marco, el peronismo aparecía como el antídoto milagroso contra la polarización. En tanto adivinaron esta posibilidad, distintas organizaciones de la sociedad civil se acercaron escalonadamente al viejo caudillo. La factibilidad de un propósito de esta naturaleza, no obstante, distaba de ser evidente hacia mediados de 1972.

## CAPÍTULO III

### El regreso, la victoria y la eclosión del peronismo El partido del (des)orden y las primeras coincidencias

#### 1. El retorno del hijo pródigo y la transmisión de la crisis

Después de 17 años de exilio y tras un llamado desafiante de Lanusse, Perón visitó la Argentina. Exceptuando a *La Nación* cuyas editoriales fueron inicialmente recelosas y, poco más tarde, celebratorias, la derecha se escindió entre quienes avisaban en el general al “restaurador de las leyes” y quienes anunciaban el desmoronamiento de “nuestras tradicionales formas de vida”.

Concediendo a sus adictos el dolor provocado por la larga ausencia de su líder, el matutino de Mitre recordaba la pena

“...sufrida entre 1943 y 1955 por aquellos que arrojaron peligros y persecuciones de excepcional dureza para mantener su lealtad a ideas exaltadas por la nobleza y el amor a la patria”<sup>82</sup>.

Pero a este antiperonismo ya explicitado en los comentarios sobre la convocatoria al Gran Acuerdo Nacional, se sumaba, ahora, la ansiedad provocada por el insondable motivo de la visita.

Frente al carácter equívoco de las declaraciones y actitudes de Perón, *La Nación* intentaba dilucidar, poco antes de su llegada, las posibles implicaciones del viaje. En primer lugar, temía que el regreso del líder implicara un retorno al sectarismo, considerando que su partido había acatado indefectiblemente la “variable, pero siempre tiránica, voluntad de su jefe”. Para el matutino, esta actitud debía despertar una enérgica respuesta negativa y equivaler a la convocatoria de un “reagrupamiento combativo”. En segundo lugar, era posible que el caudillo generara condiciones adversas al proceso de normalización institucional. En este caso, los únicos beneficiados serían los grupos con propuestas revolucionarias, ligados al totalitarismo de las ideas comunistas y fascistas. A ellos había que contraponer los méritos del régimen democrático. Como tercera alternativa, Perón podía abrir el camino a los dirigentes más conciliadores de su partido para que se comprometieran con el futuro gobierno “en el cual las Fuerzas Armadas habrán de asumir su cuota de responsabilidad para afianzar a las respectivas autoridades”. Esta tercera posibilidad, era digna de aliento en tanto permitiría augurar una nueva modalidad de convivencia respetuosa. Ahora bien, lo que sobrevolaba todos los comentarios era que el general exilado (“cuyos antecedentes no inducen a confiar” y cuyas actitudes hacían viables las alternativas más contradictorias) despertaba una profunda inquietud en el diario que instaba a sus lectores a mantener una voluntad de tensa vigilancia<sup>83</sup>.

Días más tarde, *La Nación* ensayó un balance de la visita. ¿Visualizaba a Perón como una fuente de amenaza? La respuesta a este interrogante no era clara. Significativamente, los comentarios del matutino se titularon “la bruma de un viaje”. Tras comentar el carácter confuso de las actitudes del líder justicialista, el diario extrajo dos

<sup>82</sup> *La Nación*, 25/11/72, pág. 8.

<sup>83</sup> *La Nación*, 9/11/72, pág.8.

conclusiones. Por un lado, la presencia de Perón en la Argentina constituía un punto de inflexión en el desenvolvimiento de la política interna. En efecto, no por méritos del caudillo sino de los gobernantes y de la sociedad toda, había quedado demostrado que el ex-presidente podía visitar y permanecer en el país si así lo deseaba. Esta generalizada voluntad conciliadora quedaba plasmada, además, en la firma de un documento por el cual el justicialismo asumía responsabilidades con la mayoría de las agrupaciones cívicas. No obstante, Perón seguían despertando reservas. El matutino le reprochaba su renuencia a definirse en contra de las organizaciones político-militares que operaban bajo su pretendida dirección y puntualizaba su incapacidad de unificar a los integrantes de su partido e imprimirles una doctrina común<sup>84</sup>.

Desde una perspectiva sin matices, *La Prensa* alertaba sobre los riesgos de bailar con el demonio. Tras invocar en conspicuas editoriales los caros relatos de la mitología “gorila” (la cobardía del militar, sus romances con jovencitas de la UES, sus mezquinos y corruptos intereses materiales...), el matutino de Paz intentó discutir con quienes recibían a Perón como al gran salvador. Su principal argumento era que el “general paraguayo” no estaba en condiciones de dirigir ni dominar los alzamientos que había generado. En contraste con el aura de maldad absoluta que el matutino había contribuido a generar, el editorial de diciembre de 1972, pretendía enfrentar a quienes le otorgaban poderes extraordinarios con la imagen de un hombre, un hombre viejo. En este sentido, la decrepitud y heteronomía del caudillo poco podían ofrecer a los argentinos angustiados.

“El hombre desmedrado al que ahora se ve asomar a una ventana para dirigir frases balbucientes a su clientela callejera no está en aptitud de dar órdenes a sus adictos, como lo demuestra el hecho de que algunos de los más próximos lo tomen del brazo para retirarlo de su pintoresca tribuna, así como interrumpen sus conversaciones directas para contestar a su modo y según sus fines las preguntas formuladas. El verdadero centro directivo, por lo tanto, se encuentra en otra parte, lo que significa que nadie puede estar seguro de lo que él diga o prometa”.

Horrorizado por los acuerdos partidarios legados por la visita, *La Prensa* cuestionaba la representatividad de los partidos nucleados en torno a la figura de Perón. La publicación consideraba que la Argentina padecía una “tristísima hora”, resultado de errores inconcebibles del gobierno y de los políticos. El futuro se presentaba sombrío.

“...es clara la posibilidad de que la dictadura sea restaurada por vía electoral y que de ese origen reciba un mandato en blanco para emprender la reconstrucción del régimen, faltando a sus promesas como hizo siempre y abriendo el camino para las demoliciones revolucionarias que están insinuadas en casi todos los programas y que nos llevarían paso a paso, por medio de las mayorías legislativas triunfantes bajo una sola consigna, a una situación mucho más grave que la que vive Chile, porque la fidelidad democrática de los chilenos ha levantado una valla contra los avances marxistas.”<sup>85</sup>.

Semejante percepción sobre la peronización izquierdizante de todos los partidos, llevaba a gran parte de los ideólogos del liberalismo intransigente a impugnar de antemano el resultado de las elecciones y augurar el advenimiento de un gobierno que conduciría al país al comunismo. En clave exorcizadora, el matutino de Paz pobló sus columnas de comentarios críticos sobre las posibles estrategias económicas, identificando sin residuo keynesianismo con realismo soviético.

<sup>84</sup> *La Nación*, 17/12/72, pág.8.

<sup>85</sup> Ambas citas corresponden a *La Prensa*, 28/12/72, pág. 8



Para la misma época, un liberal se preguntaba: “¿A cuánta distancia del ‘manifiesto’?”, y otro insistía en que la libertad económica era condición de la libertad política, y en que la empresa privada era parte del “sentimiento de libertad de nuestro pueblo”<sup>86</sup>.

A quienes descreían de la identificación postulada, Gigena Lamas (1972) intentaba demostrar que el comunismo no era sino una etapa superior del peronismo. Este último era tanto más peligroso cuanto iba penetrando lenta pero perseverantemente en las fibras íntimas de la Nación.

“Supongamos que mañana, por vía electoral o fáctica llegara al poder en la Argentina un gobierno comunista, con la bandera roja al frente. La reacción sería inmediata, si pretendiera llevar a cabo sus designios habituales. [...] Pero si en cambio, en vez de un ataque frontal tuviéramos que soportar, como ocurre, ahora, una lenta tarea de socavación, donde a través de la penetración ideológica los gobernantes inconscientes de su proceder aplican objetivamente ideas marxistas, disfrazadas alegremente como ‘solidaridad’, ‘consciencia social’ u otros nombres adecuados, me temo que la defensa se haga muy difícil, y que un buen día nos levantemos para descubrir que el que llama a la puerta es un agente de la policía secreta que viene a acompañarnos hasta el paredón o la cárcel”<sup>87</sup>.

Una visión similar había desarrollado con anterioridad Armando Ribas: “vamos a hacernos marxistas para evitar que vengan los marxistas”<sup>88</sup>.

Los temores expresados por la prensa liberal, poblaban las declaraciones y documentos emitidos por la Sociedad Rural Argentina. Ya en 1971, su publicación periódica, *Anales*, criticaba el intento de “imponer en la Argentina un régimen socializante de la tierra, opuesto al que instituye y garantiza la Constitución Nacional”. La reforma agraria, se lamentaba, era “sinónimo de despojo, no de justicia” y era “un velo tras el cual se oculta la doctrina marxista”<sup>89</sup>. A fines del año siguiente, las inquietudes eran semejantes,

“...hoy como nunca germinan y crecen ideas adversas que buscan la solución de los problemas que aquejan al mundo a través de la violencia y el totalitarismo, de la destrucción y de la confiscación.”<sup>90</sup>

En las antípodas, *Criterio* se regocijaba del saldo de la visita y, adelantándose varios meses acercaba sugerencias para quienes ocuparían la cumbre del Estado. La publicación constató entusiasta que ni la revolución social ni el golpe de estado anunciado por los agoreros del momento había tenido lugar. Por el contrario, tanto los partidarios del peronismo como sus acérrimos oponentes habían evitado las revanchas y la violencia. La presencia determinante de Perón en el escenario político argentino constituía un dato ineludible y la aceptación de lo inevitable constituía en esas horas un “acto de razonable convivencia que puede ser en política un signo de civilización”<sup>91</sup>.

El justicialismo seguía detentando, para *Criterio*, todas las características de los movimientos multitudinarios. En una suerte de ceremonia colectiva sometida a los dictados

<sup>86</sup> Abdala, Raúl Oscar : “¿A cuánta distancia del ‘manifiesto’?”, en *La Prensa*, 1/12/72, pág. 8 y García Belsunce, Horacio: “La empresa privada y el Estado en el proceso económico”, en *El Cronista Comercial*, 1/11/72, pág. 8.

<sup>87</sup> Gigena Lamas (1972, pág. 127/8).

<sup>88</sup> Ribas, Armando: “A la izquierda o a la siniestra”, en *Confirmado*, 19/5/71, pág. 24.

<sup>89</sup> “Reforma Agraria”, en *Anales*, Nro. 5, Año CV, mayo de 1971.

<sup>90</sup> “11022”, en *Anales*, Nro.12, Año CVI, diciembre de 1972.

<sup>91</sup> *Criterio*, 23/11/72, pág.643.

de la tradición se combinaban las reivindicaciones sociales, el autoritarismo, la fiesta popular, la autonomía de las masas y los paternales consejos del caudillo. Convivían en él tanto un partido y una organización sindical con práctica y conocimiento de la realidad, como un grupo de jóvenes que desdeñaba la convivencia pluralista y las reglas constitucionales. Todos ellos bajo el ala de un conductor “cargado de años y de experiencia que tiene conciencia del ‘fatalismo biológico’ que ronda en torno de todos los hombres”<sup>92</sup>.

En efecto, saludando el regreso del peronismo a la arena política nacional libre de condicionamientos y proscripciones, *Criterio* introducía la reflexión sobre el devenir del movimiento justicialista frente a un caudillo finalmente presente, pero anciano. En contraste a lo señalado por *La Prensa*, la publicación recordaba el correr implacable de los años pero se permitía delinear un interrogante en el que, creía, se cifraba gran parte de la suerte del país: “¿consentirá el líder en transmitir su carisma a su partido y a sus sucesores?”. La pregunta remitía directamente a la capacidad de Perón de fundar instituciones capaces de contener no ya el desencuentro entre éste y sus opositores sino más bien entre quienes alzaban su nombre como único pacificador de la nación<sup>93</sup>.

El optimismo de la publicación y su coincidencia con los programas políticos partidarios era evidente ya en las severas críticas formuladas en relación con la “Declaración del Episcopado Argentino” en noviembre de 1972. Imputándole pobreza técnica, moralismo, indiferencia frente a la apertura electoral en curso, *Criterio* señalaba que,

“Cabe notar por último que se ha tenido cuidado extremo en no utilizar términos como liberación o dependencia, considerados por algunos como santo y seña del tercermundismo. Pero creer que porque se omiten palabras desaparecen los problemas subyacentes es una ingenuidad. Hemos señalado ya que el concepto de igualdad no aparece como valor informante del orden social, lo cual es sumamente grave porque revela cierta insensibilidad ante las tremendas desigualdades, internacionales y sociales, que se advierten en el mundo contemporáneo y en nuestro país. Liberarse de la dependencia externa y de la opresión interna es un objetivo que naturalmente se fija quien lucha por restaurar relaciones más igualitarias entre los hombres.”<sup>94</sup>

Con un espíritu similar al enunciado por la publicación religiosa pero apelando a las herramientas del análisis político para persuadir a los reticentes, Floria desentrañaba la visita del general. Si bien sus reflexiones reconocían la incertidumbre y angustia que agobiaba a los argentinos y constataban la estrategia contradictoria de Perón, sus conclusiones eran, indudablemente, alentadoras. Antes de su llegada, una carta del caudillo había llevado al politólogo a afirmar que Perón priorizaba el diálogo y, en representación de su movimiento, negociaría la paz. Reforzando el protagonismo de los dos militares, el analista afirmaba que el drama no se daba ya en el pueblo sino en las elites dirigentes<sup>95</sup>.

En este sentido, Floria se preguntaba si el peronismo deseaba gobernar y concluía que de quererlo, se vería obligado a asentarse sobre el peronismo “histórico” y sacrificar a sus alas radicalizadas. En un esfuerzo por comprender las tácticas del caudillo, el analista señalaba

<sup>92</sup> *Criterio*, 23/11/72, pág.645.

<sup>93</sup> *Criterio*, 23/11/72, pág.643-645.

<sup>94</sup> *Criterio*, 9/11/72, pág. 613.

<sup>95</sup> Todas las citas corresponden a Floria, Carlos: “Los responsables”, en *El Cronista Comercial*, 10/11/72, pág. 4.

“Perón necesitaba del ‘ala dura’ para su estrategia, pues sin ella el peronismo mayoritario se le habría ido de las manos, y quizás mucho antes de ahora habría entrado en negociación política para ingresar en la estructura del poder. Las ‘alas duras’ no sirven para el ejercicio del gobierno: en todo caso pueden ser útiles para la conquista del poder”<sup>96</sup>.

En este nuevo escenario llamado a “reconstruir el sistema político”, Floria se regocijaba de la consolidación de un nutrido arco ideológico de centro equidistante de dos tipos de reaccionarios<sup>97</sup>. Tras recordar su pasado antiperonista como universitario opositor al totalitarismo del régimen del ‘45, el politólogo reafirmaba una distinción delineada en los años precedentes. En efecto, los argentinos moderados se enfrentaba tanto a la ultra-derecha como a la ultra-izquierda, ambas “antisistema”. La primera estaba representada por el “antiperonismo duro” aquellos cuya “única política ha consistido en vivir de la negación de la realidad peronista”, anhelando una Argentina liberal sin escrutar la especificidad del presente. La segunda, la reacción de izquierda, creía necesario “destruirlo todo para liberar al pueblo” y pretendía recobrar los rasgos más virulentos y revulsivos del peronismo depuesto<sup>98</sup>. La temprana edad de los radicalizados no los redimía de la obcecación y el anacronismo.

Unos meses después, Neustadt fustigaba a sus lectores especulando con la posibilidad de que no se permitiera al peronismo acceder al poder. Desde su punto de vista, desconocer un resultado mayoritario “daría argumentos a los violentos y fabricaría formas clandestinas de resistencia”. La Argentina se convertiría “rápidamente en la Argelia de fines de la década del ‘50, sin la garantía de la presencia lúcida de un de Gaulle”. Tal como para Floria y *Criterion*, los antiperonistas intransigentes eran, según el director de *Extra*,

“Minorías azoradas, mientras predicán la democracia, golpean ‘cuarteles con susto’ o susurran al oído de algún militar muy **memorioso** presagios de ‘**retornos al pasado**’, sin advertir que el **pasado** para una inmensa generación son precisamente ‘ellos’”<sup>99</sup>.

Con una impronta igualmente crítica, un analista político del momento concluía que, frente a la visita de Perón, la “reacción gorila” había sido muy pobre: “pasó del silencio expectante a la reacción histérica, para caer nuevamente en el vacío político”<sup>100</sup>.

¿Qué sucedía, entonces, entre los grupos nacidos al calor del cordobazo? Ciertamente, la apertura democrática y la fuerte reaparición de las viejas identidades partidarias, produjeron un fuerte impacto en ellos.

El sindicalismo clasista, que no había logrado alcanzar la capital del país, sufrió las consecuencias de la disociación entre el apoyo de los trabajadores a la lucha social y la lealtad política de las bases peronistas. Como destacara James (1990), bajo el gobierno militar la distinción no había tenido mayor importancia, pero con la apertura electoral, la

<sup>96</sup> Floria, Carlos: “El peronismo histórico”, en *El Cronista Comercial*, 13/11/72, pág. 4. Ideas semejantes se desarrollan en Floria, Carlos: “¿Quiere el peronismo gobernar?”, en *El Cronista Comercial*, 4/12/72, pág. 7.

<sup>97</sup> Floria, Carlos: “Un país formidable”, en *El Cronista Comercial*, 15/12/72, pág. 7.

<sup>98</sup> Floria, Carlos: “Los reaccionarios”, en *El Cronista Comercial*, 21/11/72, pág. 4.

<sup>99</sup> Neustadt, Bernardo: “A los demócratas, ¿no los asustará la democracia?”, en *Extra*, Año VII, Nro. 93, 7 de marzo de 1973, pág. 15. Énfasis en el original.

<sup>100</sup> Somi, Carlos: “El antiperonismo demostró incapacidad de movilización para combatir a sus fantasmas”, en *La Opinión*, 15/12/72, pág. 9.

discrepancia fue un factor de confusión y minó los intentos de los dirigentes de izquierda de fundar una alternativa política.

El nuevo escenario tuvo efectos igualmente desestructurantes para otros actores. Como señala Hilb (1984), lo impensable para muchos protagonistas de la época era la efectividad de otras formas de representación y de legitimación que no fueran las de la lucha revolucionaria. La postura a tomar frente a la convocatoria electoral y, sobre todo, frente al peronismo atravesaron a las diversas organizaciones de la sociedad civil y profundizaron su heterogeneidad.

Todas las fuerzas coincidían en el carácter policlasista del peronismo. Pero mientras para un sector, el movimiento proscripto encarnaba la perpetuación de la ideología burguesa y la neutralización de los enfrentamientos de clase, los partidarios del justicialismo diferenciaban burguesía nacional y burguesía monopólica, postulando la indisolubilidad entre cuestión popular y cuestión nacional. En este marco, los empresarios locales eran incluidos dentro del pueblo como fuerzas aliadas en la liberación del país.

Tal como postularon varios autores (O'Donnell, 1982; Tortti, 1997), frente a la inminencia electoral gran parte de los sectores radicalizados de la sociedad civil oscilaron entre el basismo y el militarismo, expresando a su manera el descrédito por la política. Al carecer de una expresión propia, el destino de la activación de los sectores populares se cifró en su absorción por parte del peronismo y/o en la opción por los grupos armados.

Ahora bien, la postura de las organizaciones político militares no fue uniforme de cara al virtual regreso del peronismo al poder. Algunas (entre ellas, FAP, FAL y ERP) plantearon su prescindencia con respecto a las estructuras partidarias y sindicales y buscaron generar una alternativa independiente. Hasta entrado el año 1973, la probabilidad de que los militares entregaran efectivamente el poder era conceptualizada como incierta y la posibilidad de un enfrentamiento abierto con las Fuerzas Armadas, plausible.

Montoneros<sup>101</sup> aceptó la salida electoral y unió a la lucha armada una fuerte labor de masas. Este último grupo asumió un total acatamiento a la conducción estratégica de Perón y se planteó participar activamente del proyecto electoral y construir un espacio propio dentro del eventual gobierno. Para hacerlo, comenzó por establecer vínculos con grupos peronistas no encuadrados en ninguna organización armada pero que reivindicaban sus prácticas. Paralelamente, puso en marcha una estructura nacional que les permitió utilizar todos los espacios de actividad legal disponibles. A partir de entonces, la militancia política no se circunscribió al reclutamiento en el ámbito estudiantil o en pequeños grupos politizados, se abrieron cientos de locales partidarios y unidades básicas. Montoneros adquirió la capacidad de movilizar a cientos de miles de personas pero al precio de comprometerse a acatar las directivas del líder.

---

<sup>101</sup> Cabe mencionar aquí que, si bien a partir de 1973 se consolidó la hegemonía de Montoneros dentro de las organizaciones armadas peronistas, la unificación se produjo escalonadamente. En 1972, se fusionaron con Los Descamisados, en octubre del año siguiente se les sumaron las FAR y, finalmente, en junio de 1974, se añadió un sector de las FAP liderado por Carlos Caride. Es necesario recordar que desde la apertura electoral estas organizaciones no se limitaron a estructuras militares sino que mantuvieron fuertes lazos con diversas organizaciones de base cercanas a "la Tendencia". Para un desarrollo pormenorizado de las diversas estructuras de la Izquierda Peronista, consultar Gillespie (1987).

Esta primera fractura entre peronistas y no peronistas dentro de los sectores radicalizados, no disminuyó la intensidad de los conflictos de la sociedad argentina. Muy por el contrario, las movilizaciones urbanas fueron reemplazadas por manifestaciones estudiantiles multitudinarias que ahora tenían su epicentro en Capital y gran Buenos Aires. Las protestas urbanas cedieron su rol protagónico a las movilizaciones políticas barriales y los estadios cerrados. A un enrarecido clima laboral se unían manifestaciones que reivindicaban explícitamente a los dirigentes y las prácticas empleadas por las organizaciones armadas. Todas las fuerzas radicalizadas supeditaban la legitimidad representativa a la revolucionaria, y la impaciencia por la Gran Argentina que había llamado a la puerta de la derecha en 1966 se derramaba, ahora, sobre todo el espectro político. Como concluye Lenci (1999, pág. 169), “aceleración e incertidumbre funcionan como velo que impide distinguir claramente las posibilidades reales del proceso político”.

## 2. Cámpora y “de la necesidad, virtud”

Las elecciones de marzo de 1973 fueron singulares por muchas razones. Era la primera vez en diez años que la Argentina votaba conjuntamente todas sus autoridades nacionales, provinciales y municipales. Era también la primera elección desde 1955 en que el partido peronista podía presentarse en la contienda. El clima de la campaña, por su parte, rebasaba el libre ejercicio de los derechos ciudadanos para poner de manifiesto la intensidad de los conflictos entre los argentinos.

La juventud radicalizada llegaba a las elecciones y al gobierno navegando a dos aguas: al tiempo que negociaba candidatos, proponía consignas de campaña, secundaba a determinadas figuras del gabinete, desconocía los compromisos que implicaba la legalidad democrática y el fortalecimiento del Estado.

El FREJULI contó con el apoyo del 49% del electorado. Si bien los vencedores no alcanzaban la mitad más uno necesaria para sortear el ballottage, el radicalismo consideró estéril forzar una segunda vuelta.

Los meses que mediaron entre las elecciones y la asunción de las nuevas autoridades estuvieron cargados de incertidumbre y de rumores de golpe. La violencia política lejos de disminuir recrudeció. Los embates contra militares y policías atizaban cotidianamente a quienes esperan aterrorizados el traspaso del mando. En este clima, el Presidente electo y el caudillo exilado se esforzaban por aquietar los ánimos y llamar a la reconciliación.

Finalmente llegó el 25 de mayo y la asunción de Cámpora. Algunos analistas calculan que entre 300.000 y 500.000 personas se acercaron a festejar a la Casa de Gobierno. El clima era tan tenso que finalmente fue la Juventud Peronista, enfundada en brazaletes identificatorios, la que se encargó de la custodia del recinto. Si bien el discurso presidencial daba cuenta del respeto que el peronismo consagraría a los distintos sectores de la cultura, la política y la economía local, llamando a la “liberación”, la “paz” y la “unión nacional”, no es menos cierto que tras señalar su gratitud a Perón, a Evita y al pueblo, dedicaba sus palabras encendidas a una “juventud maravillosa” que

“...supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante. ¡Cómo no ha

de pertenecer a esa juventud este triunfo, si lo dio todo -familia, amigos, hacienda, hasta la vida- por el ideal de una Patria Justicialista !Si no hubiera sido por ella, tal vez la agonía del régimen se habría prolongado, y con él, la desintegración de nuestro acervo y el infortunio de los humildes [...] La patria a adquirido un compromiso solemne con nuestros héroes y con mártires, y nada ni nadie nos apartará de la senda que ellos trazaron con estoicismo espartano”<sup>102</sup>.

Más allá de las consecuencias retrospectivas que puedan extraerse del período que se abre en mayo de 1973, no cabe duda de que el escenario se revelaba al menos inquietante para los intelectuales de la derecha. La “Tendencia” había obtenido ocho legisladores en el Congreso Nacional. Podía contar, además, con el apoyo de dos miembros del gabinete: Esteban Righi (ministro del Interior) y Juan Carlos Puig (ministro de Relaciones Exteriores). Varias provincias estaban encabezadas por figuras cercanas a su línea: Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Salta y Santa Cruz. El rectorado de la principal casa de altos estudios del país, la Universidad de Buenos Aires había sido reservado a Rodolfo Puiggrós, un intelectual comunista cuyos antecedentes de izquierda eran incuestionables. Como si esto fuera poco y en una lucha vertiginosa por ocupar posiciones estatales, distintos sectores del movimientos se lanzaron a la ocupación de reparticiones públicas. La desordenada y forzosa amnistía de los presos políticos de Devoto, improvisada el mismo día de la asunción, y la que se promulgó poco después y alcanzó a otros centros penitenciarios, reforzaban la imagen de un gobierno hegemonizado por los grupos más radicalizados.

Así, en su comentario sobre la asunción de las nuevas autoridades, *La Nación* instó al país a celebrar con la “firmeza del espíritu republicano”. Consciente de las “dudas paralizantes” y de la carga de “presagios persistentes” en gran parte de sus lectores, el matutino llamó a los antiperonistas a no ser “presos del pasado”. Si bien la exaltación partidaria y el sentimentalismo del nuevo partido gobernante le despertaban fastidio, la publicación argumentaba que existían señales alentadoras. El comprometido respeto a las fuerzas políticas y a la prensa independiente y la voluntad de aceptar lo convenido en las negociaciones multipartidarias, restaban al presidente su aparente carácter revulsivo<sup>103</sup>.

La celebración por la vigencia democrática reconquistada y el reconocimiento de las transformaciones positivas operadas en el peronismo marcaron el espíritu con que *La Nación* auguró esta nueva etapa de la vida nacional. Inicialmente, ni la amnistía de los presos políticos ni la toma de diversas reparticiones estatales ni los tumultos protagonizados por militantes peronistas merecieron su atención.

*La Prensa*, por su parte, reprodujo un comentario lastimoso. Con anterioridad a la asunción, los editoriales y columnistas se encargaron de identificar cualquier ensayo keynesiano con el advenimiento del más “despótico” régimen soviético. Los colaboradores del diario de Paz transmitían la imagen de que con Cámpora, el país iniciaba un inexorable camino hacia el “colectivismo comunista”. El 25 de mayo, la reflexión fue en clave histórica y exclusivamente consagrada a reafirmar el espíritu “libre” y “republicano” que el periódico se comprometía a conservar en alto<sup>104</sup>. Desde entonces y sin respiro, el diario utilizó su columna editorial como trinchera, descargando con furor variadas críticas contra

<sup>102</sup> Mensaje del presidente Cámpora ante la Asamblea Legislativa, 25/5/73, reproducido por *La Opinión*, segunda sección, 26/5/73, pág 1-12.

<sup>103</sup> *La Nación*, 25/5/73, pág.8.

<sup>104</sup> *La Prensa*, 25/5/73, pág. 8.

el gobierno. Cualquier suceso de la vida cotidiana era excusa para desplegar su espanto frente a la anarquía y el caos.

*Criterio* celebró las elecciones como “una magnífica expresión de la voluntad popular”. En el clima pos eleccionario recordó que había sido uno de los pocos medios que había contribuido con su prédica a la construcción de una “solución democrática” a la crisis del país. Solución que había considerado viable sólo a partir de la aceptación del peronismo.

Frente a aquellos que se comprometían realmente con el pluralismo democrático, la revista católica constataba la existencia de grupos aprensivos y menospreciantes. A los desconfiados, les advertía que haber consentido los procedimientos democráticos implicaba también aceptar las acciones derivadas de la voluntad de las mayorías, a los segundos consagraba la mayor parte de su reflexión. En efecto, más allá de la tolerancia e incluso beneplácito con que la publicación recibió al Frente justicialista, no dejó de señalar que, en el plano de los comportamientos, sus candidatos practicaban una suerte de democracia “jacobina”, en la cual todas las opiniones discrepantes eran tomadas como inadmisibles<sup>105</sup>. Estos grupos habían adherido a los procedimientos electorales como una mera táctica para alcanzar el poder, engañando al pueblo al que invocaban con tanta frecuencia.

El régimen pluralista no dependía de salvadores de la patria ni de “mercenarios justicieros”, enfatizaba *Criterio*, sino de la participación popular y la creación de instituciones y estructuras nuevas. Para que la democracia tuviera éxito era imprescindible sortear

“...la tentación maniquea y apocalíptica de un retorno al estado de naturaleza y entender la democracia dentro de la ley”<sup>106</sup>.

Tras los festejos de la asunción, la preocupación de *Criterio* se acentuó. Durante la jornada, la conducción peronista había perdido, por primera vez en su historia, el control de la manifestación popular. Los jóvenes habían protagonizado distintos incidentes a lo largo del día y finalmente habían “arrancado al presidente Cámpora un indulto en favor de los presos políticos que no figuraba en sus planes”<sup>107</sup>. Todos estos hechos hacían cada vez más visibles las “diferencias de mentalidad que separan a las organizaciones sindicales obreras de los sectores juveniles de clase media”<sup>108</sup>.

Floria, que tan bien había acogido la visita de Perón, mostraba ciertos recelos en los albores de la asunción presidencial. Así, se lamentaba de un “gran equívoco” que había llevado a muchos argentinos a subsumir la lógica de la política a la lógica de la guerra creyendo que el país debía atravesar primero un “estado de naturaleza” para alcanzar, luego, la definitiva recuperación<sup>109</sup>. En sus comentarios posteriores, el analista enfatizaba la inconveniencia de una estrategia que abusara del poder en contra de las minorías legítimas y en contra del deseo de las mayorías electorales<sup>110</sup>. Para poder llevar a cabo el programa

<sup>105</sup> *Criterio*, 26/4/73, págs. 179-181 y “Comentarios”, pág. 183.

<sup>106</sup> *Criterio* 10/5/73, pág. 214.

<sup>107</sup> *Criterio*, 14/6/73, pág. 275.

<sup>108</sup> *Idem*.

<sup>109</sup> Floria, Carlos: “El gran equívoco”, en *El Cronista Comercial*, 2/5/73, pág. 4.

<sup>110</sup> Floria, Carlos: “El significado de una política”, en *El Cronista Comercial*, 9/5/73, pág. 4.

anunciado era imprescindible “restaurar el Estado, para que el Estado exista es necesario que reivindique el monopolio legítimo de la fuerza”. Pocos días más tarde, Floria se sumaba a los reclamos señalados por *Criterio* e iba aún más lejos. Para gobernar, el peronismo debía “definir un enemigo”. La sugerencia era obviamente, excluir a quienes “se proponen claramente desbordar al peronismo por la izquierda”<sup>111</sup>.

Un imperativo semejante contenían las páginas de *Extra*. Neustadt minimizaba las provocaciones de los rituales de asunción y la libertad de los presos políticos convencido de que

“...vale la pena escaparle a los formalismos cuando lo que tenemos que establecer para el futuro es que nunca más el drama de la violencia se instale al compás de la marginación de las mayorías”.

La responsabilidad de Cámpora, no obstante, era gobernar y sólo podría hacerlo si se asentaba en la amplia mayoría que lo respaldaba. Esta Argentina pacífica dejaba al margen dos extremos

“...los que avivan la lucha de clases con fermento marxista y los que avivan la lucha de clases con fermento regresivo en nombre de un liberalismo que ya nadie practica en el mundo. **Se viven como enemigos, pero en el fondo conviven sin darse cuenta.** Son materialistas hasta la última raíz.”<sup>112</sup>.

Preocupaciones convergentes traducía la pluma de Mariano Grondona. Para el abogado, el país había crecido económicamente pero era una Nación políticamente subdesarrollada. El gran tema de la hora era, por lo tanto, “institucionalizar al peronismo y la unidad conservadora”<sup>113</sup>. Aunque el camino parecía sinuoso, “un clima de universal buena voluntad” acompañaba al nuevo presidente<sup>114</sup>.

Si bien la convocatoria electoral y la asunción del peronismo no redundaría en la “desaparición de las causas por la desaparición de los efectos”<sup>115</sup>, lo cierto es que el gobierno no sólo recibían los símbolos del mando sino también la responsabilidad de solucionar la crisis. La polarización ideológica que no había plasmado en los alineamientos políticos merced al amparo del gran paraguas peronista, produciría una implosión en los meses siguientes.

Convertido el peronismo en el protagonista excluyente y en el escenario de las disputas, las usinas ideológicas de la derecha, los militares y las principales corporaciones empresarias proclamaron su apoyo y buena disposición al diálogo. La estrategia era, como bien enseña Maquiavelo, hacer de “necesidad, virtud”.

La “firmeza” angustiada del diario de Paz se reproducía en los comentarios lastimosos de la Sociedad Rural Argentina. En un ejercicio ingrato que dejaba entrever su desconfianza por el programa económico anunciado, el agro aceptaba “sin retaceos ni dobleces, una severa quita en los precios de su principal producción”. Esta actitud de

<sup>111</sup> Floria, Carlos: “La definición del ‘enemigo’”, en *El Cronista Comercial*, 4/6/73, pág. 4.

<sup>112</sup> Ambas citas corresponden a: Neustadt, Bernardo: “¡Imposible callar!” en *Extra*, Año VIII, Nro. 96, junio 1973, pág. 15. Énfasis en el original.

<sup>113</sup> Grondona, Mariano: “Institucionalizar al peronismo”, en *Extra*, Año VIII, Nro. 93, marzo 1973.

<sup>114</sup> Grondona, Mariano: “Clima universal de buena voluntad para Cámpora” en *La Opinión*, 19/5/73, pág. 9.

<sup>115</sup> Tal la fórmula con la cual Perón pretendía, al tiempo, aquietar a la juventud y transmitir seguridad al país desde Madrid. Reportaje publicado por *La Opinión*, 15/3/73, pág. 8. Citado por Lenci (1999).



supuesta “generosidad” y “sacrificio” no había podido ser empañada por quienes desde el gobierno veían con recelo en el sector a

“...un peligroso paladín del derecho de la propiedad y la libertad, en la moderna dinámica de una democracia tendiente al integral elevamiento del género humano, sin distinción de credos, razas y capacidades económicas”<sup>116</sup>.

En efecto, las mismas voces que habían conspirado contra la incorporación del peronismo y la consolidación de un sistema político democrático, se alzaban ahora como depositarios de los principios de la libertad y la tolerancia. Definitivamente expulsados del control del Estado y amparados en una postura de invocada prodigalidad, los “intolerantes” se circunscribían, entonces, a una de las fracciones del gobierno.

Justamente, con el correr de los días, un nuevo antagonista fue captando la atención de los colaboradores de las publicaciones y, en este caso, el acuerdo contrasta con las divergencias precedentes. *La Nación*, *La Prensa* y *Criterio*, Grondona, Floria y Neustadt identificaron un grupo persistente de jóvenes “díscolos” enquistados en las universidades y el campo cultural y, con el mismo arsenal empleado inveteradamente para combatir a los nacionalistas de derecha, apuntaron ahora sus argumentos contra los sectores radicalizados del partido de Perón.

La estrategia argumentativa fue triple. En primer lugar, los ideólogos de la derecha arrostraban al gobierno la buena predisposición de sus adversarios y la conspiración e ingratitud de sus jóvenes militantes. Para consolidar su autoridad, sugerían, el peronismo debía encarar resueltamente la purga. En segundo lugar, la confrontación ideológica entre fracciones del movimiento era disuelta de dos maneras. Por una parte, el liberalismo intransigente soslayaba las tensiones en el frente e impugnaba por igual a todos los ocupantes del Estado. Todos ellos tenían rasgos autoritarios y todos amenazaban por igual los principios de la Argentina liberal. Por otra parte, los columnistas más moderados centraban su atención en la erosión del monopolio de la violencia estatal y disolvían los antagonismos en un “estado de naturaleza” que como Hobbes bien indica, sólo enfrenta a hombres belicosos. Por último, los intelectuales alternaban entre la interpretación en clave templada el designio de las urnas y la invocación a la ortodoxia peronista como procedimientos para contribuir a definir las disputas en el elenco recién asumido.

La Nación veía en la Izquierda Universitaria a

“...bandas pequeñas bien adiestradas y hasta armadas (que) ‘exigen’ mediante la intimidación verbal o física el cese de tareas de algunos docentes, o les imponen mediante la coacción más grosera la presentación de sus denuncias (...) elementos cuya acción, hasta el momento, sólo ha provocado el caos y aparenta terminar con la destrucción institucional y académica.”<sup>117</sup>

*La Prensa* identificaba los mismos atributos entre quienes tomaban reparticiones privadas y estatales y alentaban desórdenes callejeros<sup>118</sup>.

<sup>116</sup> “La contribución del agro en la hora actual”, en *Anales*, Año CVII, Nro. 5, pág. 9.

<sup>117</sup> *La Nación*, 10/6/73, pág. 8.

<sup>118</sup> *La Prensa*, 16/6/73, pág. 6.

Mientras *La Nación* daba muestras de realpolitik aconsejando al gobierno sin agraviarlo y *La Prensa* reconocía el caos tantas veces presentado, *Criterio*, en cambio, se permitía alzar su voz contra un gobierno que había recompensado

“...las ansias revolucionarias de una juventud frustrada dándole una institución [la universidad] para retozar a sus anchas sin molestar a los que se ocupan de los problemas verdaderamente importantes del país. Ahora hay que permitirles emular la ‘revolución cultural’ de los guardias rojos de Mao, embriagarse de discursos, cánticos y bombos ; hay que permitirle destruir porque, una vez nivelado el terreno, se sabe que no será ella la llamada a construir. Y, por supuesto, todo esto en nombre del pueblo, un pueblo que difícilmente se reconocería en estos ‘gorilas’ de nuevo cuño. Puede haber razones muy atendibles de “alta política” para hacer lo que se hizo, pero el precio que se va a pagar parece desproporcionadamente alto si se introduce un mínimo de razonabilidad y equidad en los procedimientos. Porque nada perdurable se construye sobre la base del resentimiento, la revancha y el arribismo”<sup>119</sup>.

De esta suerte, al tiempo que el mundo gremial comenzaba a redefinirse de la mano del “Pacto Social”, la Universidad galvanizaba la atención de la prensa. La cuestión universitaria se transformó en problema ineludible para todos los análisis políticos.

Neustadt descubría compungido el “contrabando ideológico que durante tanto tiempo ha llevado a esa ‘fábrica de dirigentes’ a chocar con el pueblo”<sup>120</sup>. Floria, por su parte, contrastaba la Universidad del Pueblo con la Universidad militante. En la primera, se problematizaban cuestiones universales desde una participación crítica, en la segunda, “sólo pueden hablar los ‘fieles’ y son marginados los ‘infieles’ sin que prive en la selección ningún criterio objetivo, sino la ortodoxia ocasional de los que mandan en ella”<sup>121</sup>. El politólogo se lamentaba de las señales que anunciaban que el gobierno había optado por entregarse a la segunda opción.

Los liberales coincidían puntualmente en la caracterización de estos grupos: se los acusaba de imponer méritos políticos a excelencia académica o artística, de ubicarse con prepotencia en sectores claves de la cultura, de intercambiar amenazas con otros sectores sin esgrimir más argumentos que el uso de la fuerza y, sobre todo, de intentar inútilmente arrastrar a las masas obreras con sus “ínfulas de vanguardia”. Si bien la relación entre estudiantes y guerrilla no era afirmada explícitamente por los editoriales, los calificativos empleados para definir a unos y otros eran semejantes y los vínculos, insinuados con frecuencia. La identificación entre jóvenes “revoltosos” y derecha nacionalista era prácticamente total; los analistas no mencionaban contactos con los ideales de la izquierda y, por lo tanto, tampoco se ocupaban de combatirlos.

De modo prodigioso, la prensa liberal lograba, por un lado, poner en palabras aquello que la derecha peronista debía callar por verticalidad y, por otro, alimentar los celos de quienes, provenientes sobre todo de la izquierda democrática, intuían con espanto el integrismo autoritario y militarizado que signaría la política montonera.

Con un antagonista común claramente delimitado, la principal diferencia entre los intelectuales analizados radicó en el vínculo que establecieron entre estos sectores y el resto del gobierno. Como muestra de flexibilidad, el otrora severo antiperonista diario *La Nación* contraponía la imagen de Perón, el político “dueño del más vasto poder en la Argentina de

<sup>119</sup> *Criterio*, 14/6/73, pág. 277.

<sup>120</sup> Neustadt, Bernardo: “¡Imposible callar !, op.cit.

<sup>121</sup> Floria, Carlos: “La definición del enemigo”, en *El Cronista Comercial*, 4/6/73, pág. 4.

hoy”, a los “resabios de fanáticos”. Para el matutino, la tolerancia y respeto recíproco con que trabajaban los bloques partidarios se contraponía a los deplorables hechos de fuerza sucedidos en las diversas áreas vinculadas con la cultura nacional<sup>122</sup>. Grondona alcanzaba conclusiones semejantes<sup>123</sup>.

El pensamiento de *La Prensa* admitía menos matices. Si bien utilizaba los discursos de los funcionarios públicos para contrastarlos con el desorden reinante y exhortarlos a restablecer la disciplina y el orden prometidos<sup>124</sup>, sus esfuerzos persuasivos de ningún modo se cifraban en oponer las distintas fracciones del elenco gubernamental. Muy por el contrario, se ocupaba en insistir en que los sectores contestatarios habían sido alimentados desde el exterior y que sólo representaban la exacerbación de los rasgos característicos del movimiento justicialista.

Finalmente, *Criterio* compartía la mirada de *La Nación* pero en lugar de contraponer comportamientos diversos buscaba mecanismos institucionales y políticos que permitieran reconstruir el poder estatal y zanjar de manera civilizada las tensiones que anidaban en el gobierno. Era sí, más crítico con los dirigentes del FREJULI a quienes endilgaba falta de iniciativa para enfrentar “la desorganización del movimiento justicialista y la dura lucha de tendencias que se dirige en su seno”<sup>125</sup>. La revista llegó incluso a dudar del deseo de Perón de contribuir a la pacificación al adivinar que especulaba con el desgaste de Cámpora para volver él mismo al poder a terminar con la “diversión política”<sup>126</sup>.

De este modo, y aun por fuera del peronismo, la prensa liberal se esforzaba por participar de la lucha por el “auténtico” justicialismo, invocando la autoridad de un caudillo y la verticalidad de un movimiento que tantas veces habían cuestionado.

### 3. La fractura expuesta y la cruzada ortodoxa

Los enfrentamientos entre los viejos peronistas, especialmente los dirigentes gremiales, y la “Tendencia” no eran nuevos. La legitimidad de los jóvenes se había construido especularmente, reclamando para sí y con el aval de Perón, las banderas “traicionadas” por los “burócratas sindicales”. En los albores de la guerrilla, los sindicalistas habían sido blanco privilegiado del desprecio y las balas de las fuerzas radicalizadas. La campaña electoral no había contribuido a “limar asperezas”. Muy por el contrario, entretanto los gremialistas aceptaban a regañadientes las directivas de un caudillo bien dispuesto a pasarles factura por sus afrentas, los jóvenes publicaban solicitudes criticando los métodos del “enemigo interno” para “copar candidaturas” de manera que “poco tendrían que envidiarle a la *Cosa Nostra*”<sup>127</sup>.

Con ingenio salomónico, el peronismo distribuyó los cargos intentando contener a sus diversas fracciones. La virulencia de los antagonismos no parecía augurar una convivencia

<sup>122</sup> Todas las citas corresponden a la editorial de *La Nación*, 23/6/73, pág. 8.

<sup>123</sup> Grondona, Mariano: “Una línea moderada en lo esencial que se radicaliza en la Universidad”, en *La Opinión*, 12/7/73, pág. 10.

<sup>124</sup> *La Prensa*, 14/6/73, pág. 6.

<sup>125</sup> *Criterio*, 14/6/73, pág. 277.

<sup>126</sup> *Criterio*, 12/7/73, pág. 340.

<sup>127</sup> Sólo a título de ejemplo de esta crispación, ver las consignas electorales y los cánticos de las movilizaciones políticas en Lenci (1999).

pacífica en el seno del aparato estatal. Contrariamente, como ha señalado Sidicaro (1998), los recursos económicos, burocráticos y armados de las instituciones públicas se convirtieron en instrumento y botín de la lucha.

El peronismo, ahora en el gobierno, debía reconquistar una solidaridad indispensable para gobernar: la de la fuerza. En este sentido, las demostraciones de poder militar esgrimidas por la izquierda se revelaban cada vez más incompatibles con la normalización institucional. Las portadas de los principales diarios daban cuenta de los imperativos contradictorios que signarían el otoño camporista: al tiempo que la juventud “salía a la superficie”, alzando su voz desafiante desde la cumbre del Estado, otros miembros del gobierno, entre ellos el propio presidente, instaban a entregar las armas y trabajar para la reconstrucción nacional.

El retorno de Perón, el 20 de junio de 1973, escenificó las tensiones que, hasta entonces, habían quedado parcialmente ocultas por las sombras de la clandestinidad. El recibimiento del caudillo exilado, llamado a ser uno de los actos más multitudinarios de la historia argentina, es recordado por la memoria colectiva como “la masacre de Ezeiza”. Al tiempo que miles de manifestantes ocupaban las inmediaciones del aeropuerto internacional, los distintos grupos peronistas se provocaban coreando mensajes crispados. El clima fratricida estalló en un tiroteo cruzado y la derecha peronista, montada sobre el palco, abrió fuego sobre los presentes. Los embates recrudecieron dejando como saldo la desconcentración de una multitud aterrorizada, una decena de muertos y un nutrido aunque incierto número de heridos. El ministro del interior, Righi, y el teniente coronel, Oside, presentaron versiones antitéticas de lo sucedido. Más allá de las diversas reuniones y de la variedad de documentos confeccionados por ambos bandos, lo cierto es que Ezeiza cerró una etapa e inauguró el escarmiento de la cruzada ortodoxa.

Perón tuvo que aterrizar en un aeropuerto militar donde fue recibido por las autoridades de las tres armas. El mismo presidente, asumiendo el papel de vocero del recién llegado, pidió a través de un mensaje al país que los manifestantes se replegaran, cumpliendo la famosa frase de Perón, “de casa al trabajo y del trabajo a casa”<sup>128</sup>. El desconcierto era generalizado y el líder se esforzó por acentuar en sus discursos la voluntad pacificadora de su regreso. Su primera versión eludió las precisiones: la multitud fervorosa había invadido las pistas y que era peligroso aterrizar “porque podía producir desgracias personales a la gente” que las ocupaba. Como la llegada se había producido al atardecer,

“Cualquier intención que hubiéramos tenido de desplazarnos nuevamente a Ezeiza, donde por otra parte se había producido algunos desórdenes alrededor de la zona donde debíamos hacer la concentración, se hubiera frustrado. Me sentí impulsado a evitar nuevos desórdenes; no quise que se realizara una concentración de noche, en una zona oscura como el aeropuerto y decidí prescindir de la oportunidad de hablar en ese momento, con todo sentimiento, pensando en toda esa pobre gente que desde tan lejos había ido a Ezeiza para darme la bienvenida que me hacía intensamente feliz...”<sup>129</sup>,

Las declaraciones posteriores enfatizaron la gravedad de la crisis legada por el régimen militar e invocaron a la unión nacional y el trabajo mancomunado. Después de

<sup>128</sup> Discurso de Cámpora emitido desde la sede de la VII Brigada Aérea en Morón, dirigido al país por la Red Nacional de Radiodifusión, el 20/6/73 y reproducido por *La Nación* al día siguiente en las páginas 1 y 16.

<sup>129</sup> Mensaje de Perón al país transmitido desde la residencia de Olivos por la Red Nacional de Radio y Televisión, el 20/6/73. Reproducido por *La Nación*, el 21/6/73, págs. 1 y 18.

afirmar que retornaba a la Argentina “sin rencores ni pasiones”, el caudillo condenó todo esfuerzo revolucionario violento y toda voluntad “destructora”. Sus conclusiones eran contundentes

“Hay que volver al orden legal y constitucional, como única garantía de libertad y justicia. [...] Quien altere este principio de convivencia, sea de un lado o del otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua, porque no ha de poderse hacer ni en la anarquía que la debilidad provoca ni en la lucha que la intolerancia desata. [...] Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por ello ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de factores ocultos que, desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales. Nadie puede pretender que esto cese de la noche a la mañana; pero todos tenemos el deber ineludible de enfrentar activamente a esos enemigos, si no queremos padecer en el infortunio de nuestra desaprensión o incapacidad culposa”<sup>130</sup>.

Gran parte de sus palabras estaba consagrada a condenar a la dirección del Movimiento. Detrás de la gratitud al presidente, podía descubrirse la condena al arribismo de “falsos peronistas”. En una letanía ortodoxa que comenzaría a reproducirse incansablemente hasta marzo de 1976, el general recordaba que el peronismo era una corriente política equidistante de los dos imperialismos y dejaba sentado que la actualización doctrinaria había quedado muy lejos de sus prioridades de la hora. El slogan coreado por la derecha del partido (“ni yanquis ni marxistas, peronistas”) quedaba legitimado por su alocución. El grupo de pertenencia del caudillo había dejado de ser la “juventud maravillosa” y, al menos discursivamente, se restauraba su identificación con los “viejos peronistas” cuya invocada sabiduría y templanza eran consideradas ahora como rasgos característicos del movimiento justicialista. La recomposición de fuerzas dentro del peronismo y la transmutación de los valores defendidos por el jefe eran evidentes. La condena de Perón ya no apuntaba a los “traidores” sino a los “infiltrados”.

En efecto, el “Órgano de difusión del Movimiento Justicialista”, *Las Bases*, reivindicaba la planificación del acto provista por el Comité Organizador de Recepción y se lamentaba de que una jornada en la que debía expresarse la alegría de las mayorías populares se hubiera visto empañada por “células de agitación subversiva, al servicio de repudiables intereses”. Al tiempo que hacía gala de su total acatamiento al “Conductor del Justicialismo”, la publicación ligada con José López Rega y Raúl Lastiri condenaba a quienes, “infiltrados” “con audacia y temeridad”, intentaban “quebrar la unidad monolítica del pueblo”<sup>131</sup>.

Para *La Nación* los episodios que rodearon el regreso del ex presidente al país constituían una ilustración acertada de los rasgos predominantes de la política argentina de 1973. Esta cruda descripción enfrentaba a dos conjuntos diferenciados. El propio Perón señalaba su deseo de superar “falsas y odiosas antinomias”. En este sentimiento, respaldando las intenciones del líder recién llegado, coincidían tanto las agrupaciones políticas no ligadas al oficialismo como la prensa independiente y los viejos enemigos del partido gobernante. Pues estos tradicionales opositores “han entendido que es imperioso oír la voz y analizar las proposiciones constructivas esperadas de los labios del ex presidente...” En las antípodas, se encontraban los “sectores de confusa filiación -acaso con más afinidades con los núcleos de la izquierda subversiva que con la línea clásica del

<sup>130</sup> Mensaje de Perón pronunciado el 21 de junio de 1973 y transmitido por la Red Nacional de Radio y Televisión. Reproducido por *La Nación* el 22/6/73, págs. 1 y 16.

<sup>131</sup> “La agresión al pueblo” en *Las Bases*, Año II, Nro. 49, 28/6/73, págs. 26 y 27.

peronismo- (que) acaban de provocar un trance donde la sangre y la muerte ocuparon el sitio de la palabra esperada.” Estos sectores advenedizos contaban con un odio

“...alimentado desde afuera por las activas organizaciones cuyos objetivos son incompatibles con las inspiraciones de paz que han dictado al peronismo sus convocatorias dirigidas a las más gravitantes corrientes con las cuales se vivifica el futuro de la República”<sup>132</sup>.

Manteniendo su condición de observadora neutra, no sólo por su invocado papel de informante objetiva sino también por saberse ajena a las huestes del caudillo, *La Nación* participaba de los conflictos del partido oficialista y enfatizaba las virtudes y el carácter inapelable del liderazgo de Perón. Según el diario de Mitre, la vigencia del conductor no sólo se explicaba por su don carismático sino que remitía a su capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias. Sus columnas descartaron de plano “las analogías críticas entre el peronismo de 1973 y el de la época más abrupta”, reconociendo la renovada voluntad del líder de aceptar las diferencias y ceñirse a la filosofía democrática. La contracara de este peronismo aggiornado estaba dada por los

“...exponentes de fanatismo partidario que, instalados de preferencia en los ámbitos de las universidades y los centros de la cultura, han impuesto adhesiones ideológicas como un privilegio superior a la idoneidad intelectual. Pero antes que esta explosión de ventajeros -para decirlo con un término criollo- practicasen su abordaje destinado a provocar hechos presuntamente irreversibles, ya se había consolidado una línea política en la que los dogmatismos cerrados eran un lastre para la evolución del país”<sup>133</sup>.

La guerrilla, por su parte, siguió siendo una preocupación para los editorialistas que insistiendo en la degradación moral y la crueldad de los grupos armados llamaban a la población a no permanecer indiferente. Halagando la postura de los trabajadores de una empresa correntina que expresaron sin distinción de funciones y jerarquías su oposición a las exigencias de los grupos extremistas, el matutino exhortó a la sociedad a tomar como ejemplo este tipo de reacciones que si bien “no alcanza para detener la ola delictiva [...] representa un síntoma positivo en medio de una actitud aparentemente signada por el fatalismo o la resignación”<sup>134</sup>. El secuestro de un avión de Aerolíneas y su posterior desvío a Cuba brindaron a *La Nación* la posibilidad de reflexionar en torno del progresivo enfrentamiento entre organizaciones armadas y oficialismo. Señalaba así que comenzaba a hacerse evidente “la línea de separación entre el gobierno y esa suerte de milicias de existencia ilegal”. De este episodio, se derivaba una advertencia “Para conocer a los amigos y enemigos basta con observar la conducta de unos y otros”<sup>135</sup>.

Desentendida totalmente de los conflictos dentro del bloque gobernante, *La Prensa* perseveraba en su condena generalizada al peronismo. Lejos de escrutar minuciosamente los sucesos del momento, la publicación de Paz proponía una mirada “de largo plazo” en la que recordaba la responsabilidad de los líderes justicialistas en la generación de las tendencias más agresivas. Ni el ex-presidente ni las invocaciones de la derecha peronista merecían su resguardo. En contraste, el desdén y repulsión que les consagraba tenían la misma intensidad que los prodigados a las orientaciones de izquierda. De este modo, al tiempo que maldecía a las organizaciones subversivas “cuyo fin es instaurar una dictadura

<sup>132</sup> Todas las citas corresponden a *La Nación* 21/6/73, pág.8.

<sup>133</sup> Las citas corresponden a *La Nación*, 23/6/73, pág. 8.

<sup>134</sup> *La Nación*, 28/6/73, pág.8.

<sup>135</sup> *La Nación*, 7/7/73, pág. 8.

al estilo de Cuba o la China roja”, reprobaba la actuación de “otros grupos de orientación fascista y totalitaria”<sup>136</sup>. Así, en una editorial titulada “Antimarxistas de la última hora”, el diario se mofaba de

“...que hasta el momento ninguno de los antimarxistas que salen a actuar en las grescas callejeras contra “zurdos” y “bolches”, como ellos dicen, ha expresado las razones en que se fundan para repulsar el comunismo con tan vivo como insólito fervor. En esta materia todo queda reservado a la esfera de las vagas generalidades y de las meras consignas, como si en el fondo, de lo que realmente se tratase fuera de dirimir posiciones de comando más que fijar puntos de doctrina”<sup>137</sup>.

Esta estrategia discursiva era igualmente aplicada a los conflictos gremiales, descuidados por entonces por el resto de la prensa nacional. En una editorial sobre la oposición entre la CGT nacional y la regional en Córdoba, *La Prensa* descalifica a cada una utilizando los argumentos de la otra y finalmente a ambas colocándose por fuera de las dos<sup>138</sup>.

En lugar de prestar atención a los enfrentamientos políticos dentro del Estado, los comentarios del matutino de Paz se lamentaban del asfixiante avance de la empresa estatal, los vituperios a la propiedad privada y la iniciativa individual y el cercenamiento de las instituciones políticas liberales. Desorden, vacío de poder, insubordinación generalizada e inseguridad pública se entremezclaban en sus críticos análisis.

Por su parte, *Criterio* constató el carácter multitudinario de la concentración de Ezeiza. Este atributo habría confirmado la capacidad de movilización del peronismo, la fidelidad de sus viejos y nuevos partidarios y los sacrificios que podía pedir a sus acólitos. Sus resultados, sin embargo, habían sido frustrantes y permitían derivar un conjunto de lecciones.

En primer lugar, el Estado había sido incapaz de controlar y garantizar la seguridad. Era evidente, además, la crisis de identidad atravesada por el peronismo y la necesidad imperiosa de resolverla. La potencia política de un movimiento como el justicialista implicaba que gran parte de la suerte de la Argentina se dirimía en su seno y sólo el líder podía encargarse de definir los límites entre amigos y adversarios. Finalmente, los sucesos de Ezeiza habían puesto en evidencia los resultados del cultivo de la violencia. La “guerra civil fría” se había extendido hasta el gobierno legítimamente elegido, atrapando a sus cultores. Tras los sucesos, *Criterio* instaba a los dirigentes peronistas a una profunda autocrítica<sup>139</sup>.

La revista encontró en el discurso de Perón no sólo las palabras de un líder partidario sino las de un hombre de Estado que sabía interpretar las expectativas del pueblo argentino. Al analizar su preeminencia dentro del bloque oficial, *Criterio* corroboró que el único igualitarismo posible dentro del peronismo era el que colocaba a todos sus miembros en el lugar de iguales en común obediencia al jefe. Se lamentaba pues, de que una porción importante del destino de la país dependiera del comportamiento de un sólo hombre,

---

<sup>136</sup> *La Prensa*, 8/7/73, pág. 6.

<sup>137</sup> *La Prensa*, 13/7/73, pág. 6.

<sup>138</sup> *La Prensa*, 5/7/73, pág. 6.

<sup>139</sup> *Criterio*, 28/6/73, pág. 310-311.

“Revelación de la *debilidad* profunda de la nación es, en el sentido de que más allá de los atributos efectivos de un jefe o de un líder, las naciones fuertes se permiten el ‘lujo’ de *prescindir* de ellos y las naciones débiles *dependen* de ellos”<sup>140</sup>.

Siendo tal su poder, semejante era su responsabilidad. Poco después de los acontecimientos de Ezeiza e intuyendo que el líder especulaba con la decantación de la realidad para decidirse a actuar sin perjudicar su imagen, *Criterio* le exigía la definición de un enemigo y la puesta en marcha de una solución razonable para encauzar los conflictos internos del justicialismo.

Con el paso de los días, la publicación constató que la inseguridad y la confusión iban ganando a los argentinos. La inseguridad remitía al comportamiento coherentemente agresivo de viejos y nuevos peronistas. La confusión obedecía al eco de estos conflictos en el poder público, a la debilidad de las instituciones para enfrentarlos y al perfil igualmente difuso del presidente Cámpora y de Perón. En este escenario inquietante, los antiperonistas

“...percibían la realidad como una agresión predicha y previsible. Emplean calificativos nada clementes, para decir lo menos, hacia quienes habrían entregado el país al demonio. Lo que sucede les parece propio de un proceso irrescatable por la ‘maldita idea’ de las elecciones con participación abierta del peronismo”.

Los no peronistas, entre los que se alineaba *Criterio*, vivían sensaciones contradictorias.

“Reconocen al gobierno de la mayoría, tiene positiva disposición hacia su gestión, no obstaculizan el proceso político, pero resienten que pueden ser llevados a una oposición que desdeñan si el comportamiento del peronismo no se estabiliza en un sentido aceptablemente democrático y pluralista”.

Estos sectores veían con esperanza ciertas actitudes del líder y habían revisado sus antiguas discordancias para acordarle el respeto y reconocimiento merecido por sus cualidades políticas excepcionales. El país esperaba de él una definición.

Los sucesos del 20 de junio fueron recordados frecuentemente como punto de inflexión del proceso político en curso. En clave clásica y con minuciosa pedagogía, la revista desarrolló sucintamente el pensamiento de Hobbes y descargó una dura crítica sobre el gobierno.

“Lo que sucedió en Ezeiza no fue, pues, el producto desafortunado de circunstancias fortuitas. Fue la consecuencia lógica de una decisión del gobierno por la cual éste resignó un derecho indelegable como es la custodia del orden público. Mientras el gobierno no cambie en los hechos -y no meramente de palabra- su actitud, el país está advertido que el medio más eficaz para obtener una reivindicación es recurrir a la acción directa. Si esta situación trae aparejada otra matanza de nada servirá crear nuevas comisiones investigadoras porque la ciudadanía sabrá sobre quienes recae la responsabilidad”<sup>141</sup>.

Si bien la juventud y sobre todo la guerrilla eran frecuentemente destinatarias de las críticas de la publicación (en especial en sus actitudes fascizantes en el mundo de la cultura), la postura de *Criterio* se distinguió claramente de la asumida por *La Nación* y *La Prensa*. Sus referencias a los grupos radicalizados nunca se circunscribieron a la

<sup>140</sup> *Criterio*, 12/7/73, pág. 340.

<sup>141</sup> *Criterio*, 12/7/73, pág. 343, “Comentarios”.



descripción de la crueldad de sus actos, la violencia era, en cambio, visualizada como un componente lamentablemente estructural del ejercicio de la política argentina y tanto quienes empleaban la fuerza física como quienes la toleraban desde el Estado eran señalados como culpables.

Las conclusiones de Floria coincidían puntualmente con las esbozadas por *Criterio*. Tras haber señalado repetidas veces la responsabilidad del líder en la pacificación de su movimiento, el politólogo calificaba el discurso del general como “expresión mayor de capacidad política”. Sus palabras eran dignas de un demócrata y, como tal se enfrentaban a dos contrincantes: los internos que “pretenden penetrar al peronismo de contrabando, los que reconocerían al liderazgo de Perón como instrumental” y los externos que “favorecen directamente a los imperialismos dominantes o, indirectamente, a través de una oposición conspirativa y ‘antisistema’”<sup>142</sup>.

El llamado a la ortodoxia y el carácter inapelable del liderazgo de Perón se reprodujeron en la prosa de diversos analistas. Neustadt titulaba su editorial “Perón, y punto” y hostigaba a los intelectuales al afirmar que ellos y no el líder habían cambiando. Con el mismo cinismo de las palabras del ex-presidente, el director de *Extra* argumentaba que no era necesario dar la vida por Perón sino que bastaba acatar verticalmente sus designios. “Porque Perón ordena y quien no está dentro de esos lineamientos...está fuera”<sup>143</sup>. Grondona, obsesionado por la psicología de Perón, alcanzaba similares conclusiones. Las definiciones esperadas, no obstante, no serían nunca tajantes. En efecto,

“Perón se esta definiendo. Pero no, como algunos suponen por el “blanco” o “negro” de las consignas internas del justicialismo, sino en dirección a la efectiva toma de control del movimiento y desde él, en dirección a la efectiva orientación del Estado”<sup>144</sup>.

Hacia mediados de julio, Cámpora y su vicepresidente presentaron la renuncia. Perón estaba dispuesto a tomar, en nombre propio, las riendas del Estado. Tras el interinato de Lastiri, el gobierno convocaría a un nuevo comicio.

*La Nación* interpretó este episodio como el resultado de una “frustración política”. No fue la existencia de un proyecto izquierdizante o la radicalidad de las políticas presidenciales lo que habría precipitado, según sus editoriales, el recambio de autoridades. La caída de Cámpora se explicaba por el “vacío de poder”<sup>145</sup>.

Si bien *La Prensa* no consagró editorial alguno a la renuncia de las autoridades, sus comentarios coincidieron en identificar el “vacío de poder” y en culpar al justicialismo de confundir instituciones públicas con meros aparatos facciosos. La “anarquía” reinante era ilustrada en una gran variedad de escenarios<sup>146</sup> y, en lugar de celebrar los esfuerzos

<sup>142</sup> Floria, Carlos: “El sello de un hombre de Estado”, en *El Cronista Comercial*, 25/6/73, pág. 4.

<sup>143</sup> Neustadt, Bernardo: “Perón, y punto”, en *Extra*, Año IX, Nro. 97, julio de 1973.

<sup>144</sup> Grondona, Mariano: “Sólo Perón puede recuperar la verticalidad del justicialismo”, en *La Opinión*, 22/6/73, pág. 12. Ideas semejantes eran desarrolladas en Grondona, Mariano: “Comienza formalmente la segunda etapa del gobierno justicialista”, en *La Opinión*, 27/6/73, pág. 9.

<sup>145</sup> *La Nación*, 14/7/73, pág. 8.

<sup>146</sup> Prácticamente todas las editoriales del período están consagradas a comentar el desorden penitenciario, sindical, administrativo y cultural. Entre otras puede consultarse: *La Prensa*, 5/7/73, pág. 6 ; 7/7/73, pág. 6 y 8/7/73, pág. 6.

gubernamentales por condenar los hechos de violencia, el diario de Paz contrastaba con sarcasmo el “antes y después” del justicialismo

“En el transcurso de los últimos tiempos, y antes de las elecciones del 11 de marzo, dirigentes políticos y gremiales de diversas tendencias -de manera especial los pertenecientes al FREJULI- alentaron en todos los tonos los gravísimos hechos de violencia ocurridos casi a diario con el claro propósito de llevar el país al caos. (...) Sin embargo, de manera brusca, el panorama expuesto presentó un cariz distinto: desde la asunción de las más altas representaciones públicas por parte del FREJULI, los hechos de violencia -cuyo móvil y características, por una parte, no han experimentado cambios-, son juzgados con verbal severidad no sólo desde las esferas oficiales sino también por parte de aquellos mismos dirigentes políticos y gremiales que hasta el día anterior a las elecciones lo admitían como consecuencia de las ‘injusticias’ (...) los complacientes de entonces se encuentran con la misma situación de perplejidad y sorpresa del aprendiz de brujo, ensayando el apaciguamiento de rebeldías que, sin duda, habría sido mucho más sensato no fomentar”<sup>147</sup>.

Por su parte, *Criterio* se proponía un ejercicio de sociología política y constataba, después de la llegada de Perón a la Argentina, la existencia de una alianza defensiva conformada por sindicalistas y empresarios contra la juventud radicalizada. Desde su punto de vista, la opción de Perón era evidente<sup>148</sup>. ¿En qué había consistido el error de Cámpora y sus seguidores? Claramente en subestimar a sus antagonistas.

“En creer que el grupo que rodea a Perón se sirve de él y no éste de aquellos ; en creer que Perón es un prisionero mantenido por la fuerza aislado de ‘su pueblo’ ; en creer que, para Perón, López Rega es un traidor y Oside un asesino ; en creer, finalmente, que ellos estaban llamados a administrar el carisma del líder. En un movimiento que profesa el verticalismo estos errores se pagan caro. Pero aquí no sólo perdió un grupo interno del peronismo ; perdió también el país porque no se puede jugar con las instituciones con la desaprensión con la desaprensión con que se lo ha hecho”<sup>149</sup>.

En una clave convergente, Grondona registró la renuncia y otros hechos subsiguientes como parte de un “proceso de ‘descamporización’”. La primera etapa del gobierno justicialista había prolongado el tiempo de la lucha y la radicalización, a partir de su regreso, el caudillo se había dedicado a moderar excesos para inaugurar el “tiempo de la concordia y la unión”<sup>150</sup>.

*Criterio*, *La Nación*, Floria, Neustadt y Grondona habían apoyado los deseos del líder exilado de constituirse en “prenda de paz” y apoyaron sus esfuerzos por reordenar el país política y económicamente. *La Prensa*, en cambio, siguió refiriéndose al que sería el nuevo presidente con persistente desdén. Asimismo, mientras las dos primeras publicaciones y los tres analistas centraron su atención en los conflictos al interior del partido oficial, abogando por la marginación de los elementos más extremos, el periódico de Paz siguió atento a los conflictos laborales y a la situación de la economía y los empresarios. Este espíritu se mantuvo a lo largo de todo el gobierno de Perón. Mientras la revista católica, el diario de Mitre y los tres comentaristas ensayaron sugerencias desde una posición definida como “no peronista”, *La Prensa* mantuvo su retórica encendida y crítica como último bastión del antiperonismo.

<sup>147</sup> *La Prensa*, 29/6/73, pág. 6.

<sup>148</sup> Ver : *Criterio*, 26/7/73, págs. 371-375 y 9/8/73, págs. 407-408.

<sup>149</sup> *Criterio*, 26/7/73, pág. 372.

<sup>150</sup> Grondona, Mariano: “Un nuevo paso en el proceso de ‘descamporización’”, en *La Opinión*, 31/7/73, pág. 1.

Todos, sin embargo, se ubicaron como guardianes del orden constitucional y asentaron sus sugerencias críticas en postulados de la Carta Magna. Su desprecio por la violencia juvenil descansaba ahora sobre la legitimidad de un sistema jurídico convalidado por los sufragios.

Frente a este escenario vertiginosamente recompuesto, gran parte de las fuerzas contestatarias entraron en una profunda crisis. Al tiempo que gran parte de ellas comenzaron a desactivarse políticamente<sup>151</sup>, los enfrentamientos en el seno del aparato estatal recrudecieron.

Luego de las elecciones, y tal como lo han señalado Sigal y Verón (1988), la contienda adquirió rasgos particulares. En la medida en que la legitimidad de los militantes peronistas radicaba en la invocación al líder, ninguno podía tomar la palabra en nombre propio. Ser peronista implicaba asumir el precario papel de “enunciador segundo”. Sólo Perón podía definir a sus huestes como “leales” y “traidoras”, sólo él podía delimitar entre sus seguidores a “infiltrados” y “burócratas”. De este modo, el antagonismo entre fracciones, feroz durante los primeros meses de la presidencia del caudillo, radicó en una búsqueda desesperada por la legitimación de la propia palabra a través de la autorización del líder. La lealtad doctrinaria que en el pasado había jugado a favor de los revolucionarios, se volvía violentamente contra ellos. Las dificultades para reaccionar frente a una correlación de fuerzas que se había invertido en pocos meses y la debilidad de los apoyos institucionales o gremiales que apenas trascendían la universidad dejaron al descubierto la vulnerabilidad de la izquierda peronista. Comparada con los recursos que podían esgrimir los jefes gremiales y los grandes empresarios, la capacidad de movilización de la juventud era una ofrenda despreciable para un Perón dispuesto a gobernar.

De cara a los embates del caudillo, la izquierda peronista ensayó un conjunto de variadas estrategias argumentativas. La distinción entre objetivos tácticos y objetivos estratégicos, la lectura oblicua de la palabra del general y, finalmente, la teoría del cerco sirvieron de dispositivos para eludir la contradicción entre la pretensión de hablar en nombre propio (expresando las supuestas ansias revolucionarias del pueblo) y la necesidad de sumirse a la palabra de Perón (reconociéndolo como conductor del colectivo invocado).

En tanto la izquierda peronista apelaba a intrincadas e impotentes argumentaciones, el gobierno avalaba el desplazamiento por la fuerza de los sindicalistas y funcionarios cercanos a la “Tendencia” que habían alcanzado sus puestos con el apoyo de las bases o los sufragios. En efecto, la manipulación de espacios públicos como propiedad partidaria y la persecución macartista inaugurada con la renuncia de Cámpora cristalizaron en una depuración ideológica que no escatimó arbitrariedad en sus medios<sup>152</sup>.

<sup>151</sup> El desencuentro entre identidades políticas (peronistas) y liderazgo gremial (clasista), ya señalado, se profundizó con la llegada de Perón a la cumbre del Estado. La ley sindical terminó por sofocar a los gremios rebeldes del interior. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo se sumió en un profundo debate en torno de dos grandes problemas: la actitud a tomar frente al peronismo y la pertinencia del celibato. Aunque gran parte de sus referentes siguieron desempeñando un significativo trabajo con las bases populares, el encuentro de Santa Fe en agosto de 1973 marcó el ocaso de la actividad política del MSPTM. El movimiento estudiantil sufrió los embates de la purga fascizante propiciada por las nuevas autoridades educativas designadas por Perón. Otras organizaciones tales como el Movimiento Villero Peronista padecieron el endurecimiento de la línea política oficial (en este caso, pasaron a negociar con el Ministro de Bienestar Social conducido por López Rega) hasta desarticularse completamente en 1976.

<sup>152</sup> Al respecto puede consultarse la minuciosa reconstrucción de este proceso en Itzcovitz (1985).

El desplazamiento de autoridades provinciales, el reemplazo de los miembros de izquierda del gabinete por políticos de la vieja guardia peronista, la sustitución del ministro de Educación y, más tarde, del rector de la Universidad de Buenos Aires por figuras comprometidas con la “purificación ideológica”, la purga de los líderes juveniles del Consejo Superior del Movimiento y la cruzada disciplinadora en el ámbito gremial acompañaron la llegada del general al poder. La contra-ofensiva tenía, el rostro de Perón.

De tal manera, la palabra política que había alcanzado preeminencia entre el Cordobazo y la apertura institucional quedaba vedada para la izquierda. Las fuerzas radicalizadas no peronistas carecían de representación significativa en el espacio público y las peronistas padecían las exigencias de la verticalidad justicialista. En este escenario doblemente obturado, la purga dentro del gobierno se llevó a cabo violenta y “silenciosamente”. Oficialismo y oposición, entretanto, celebraban el advenimiento de la “democracia integrada” y la pacificación. Las opciones para las fuerzas radicalizadas se circunscribieron al retiro de la política o a la consagración por los fusiles.

Consolidado como fuerza hegemónica dentro de la militancia revolucionaria, Montoneros recibió atónito los embates del general. Al tiempo que sus miembros públicos intentaban no ya afianzarse sino al menos conservar posiciones dentro del gobierno, el aparato militar se fortalecía. Los atentados contra las fuerzas armadas y la policía y los asesinatos por venganza se acentuaron con la marginación política. Semejante opción no aumentó de ningún modo el capital de las organizaciones político-militares. El ERP, declarado fuera de la ley en septiembre de 1973, perseveró en la lucha contra las “fuerzas de ocupación” tal como había anunciado públicamente con la apertura electoral.

Desplegado, el círculo se retroalimentó. Como ha afirmado Moyano (1995), la resocialización bélica de las crecientes masas de militantes que ingresaron en las organizaciones armadas, los crecientes riesgos de quienes se comprometían en este tipo de lucha y los imperativos de supervivencia de semejante asociación alimentaron las tendencias militaristas que, aunque acompañadas por un cálculo político, ya estaban presentes en el germen de las organizaciones armadas. Las exigencias militares profundizaron la exclusión política. Al tiempo que cada nuevo atentado nutría de argumentos a sus oponentes, los militantes armados no atinaban a concebir los enfrentamientos políticos más que en clave de guerra. Enfrentados a un escenario político cada vez más expulsivo, los análisis de coyuntura y la evaluación del impacto público de las decisiones asumidas fueron, para las organizaciones político militares, perdiendo relevancia.

La idea de revolución (o de violencia) terminó degradando a la política y subestimando el valor de otros recursos a la hora de disputar el poder. Entre los embates de un gobierno que se encargó de acallar como “soportes de la guerrilla” a todos los medios periodísticos radicalizados, y el antiintelectualismo<sup>153</sup> que embebió a la izquierda setentista, reservando a sus ideólogos el acatamiento doctrinario o el fusil, las tribunas liberales lograron apropiarse, con facilidad, de los discursos moderados y humanistas.

#### 4. El proyecto de Perón y la gobernabilidad de la democracia

<sup>153</sup> Al respecto, son especialmente interesantes los aportes de Gilman (1999) y Leis (1991).

Más allá de los discursos encendidos y la movilización política que acompañaron al gobierno de Cámpora, fue bajo su administración que se puso en marcha el programa económico del justicialismo. Gelbard, representante de la burguesía local, ocupó el Ministerio de Economía y alentó la firma del Acta de Compromiso Nacional entre la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Económica (CGE). Este pacto, reforzado luego por la llegada de Perón al poder, sería la piedra angular de la política económica del gobierno. En el acuerdo sobre precios y salarios entre los principales factores de la economía residía la capacidad del Estado de controlar la inflación y reactivar el crecimiento.

El plan estaba conformado, a su vez, por un conjunto de medidas de reforma estructural. En palabras de Di Tella (1985, pág 151) se trataba de “un programa fuertemente intervencionista, moderadamente nacionalista y distribucionista”. En este plano, Gelbard pretendía introducir modificaciones importantes en áreas diversas, no obstante, muy pocas llegaron a implementarse. Proyectos de reforma agraria, ampliación de las atribuciones de las juntas reguladoras de granos y carnes, vinculación comercial con las repúblicas soviéticas, control de las inversiones extranjeras, redefiniciones en los gravámenes impositivos y políticas destinadas al fortalecimiento estatal fueron algunas de las líneas centrales.

La apuesta de la nueva administración radicaba en el desplazamiento de los sectores económicos tradicionales (básicamente la burguesía agraria y las grandes empresas transnacionales) y su reemplazo por nuevos actores de capital industrial local. Si bien la alianza que sustentaba al peronismo de 1973 reproducía de algún modo la editada en 1945, el ministro de Economía se esforzó por eludir los escollos de las políticas económicas populistas. El moderado aumento salarial, el énfasis en las exportaciones industriales, la necesidad de reorganizar el aparato público y la importancia otorgada a la estabilización pretendieron evitar las consecuencias perniciosas de una activación inducida exclusivamente por la redistribución de los ingresos.

Al menos en sus comienzos, el escenario se revelaba alentador. Lejos de concitar un generalizado rechazo por parte del capital, el peronismo supo obtener el respaldo de gran parte de los sectores industriales y mereció el apoyo explícito de los intelectuales y políticos desarrollistas. La “Argentina potencia” y las grandes obras de infraestructura que la harían posible volvieron a poblar, como a mediados de los sesenta, los discursos políticos y las páginas de los principales diarios. Una vez más, el “despegue” parecía al alcance de la mano.

Asimismo, los interlocutores corporativos alentados por el gobierno tendían a consolidar su predominio entre los sectores representativos de la economía. La Unión Industrial Argentina (representante de la gran burguesía industrial) se disolvió para converger en la entidad que representaba a las pequeñas y medianas empresas de capital nacional. La subordinación de los intereses de los grandes propietarios pampeanos, por su parte, era uno de los pocos supuestos compartidos por las distintas fracciones del gobierno. Con el apoyo al peronismo del 62% del electorado y el respaldo radical a la política económica, la burguesía rural no pudo más que invocar una resignada colaboración.

Para reforzar el poder y la disciplina interna de los grandes sindicatos, el gobierno promulgó la ley sindical. Ésta impulsaba la existencia de un sindicato único por sector, prolongaba el mandato de los dirigentes gremiales y asignaba fueros especiales a los sindicalistas. El Ministerio de Trabajo, a su vez, adquiriría el derecho de reconocer, modificar o cancelar los derechos de los sindicatos de representar a un sector específico. La nueva ley se transformó, de esta suerte, en recompensa de los sindicalistas aliados y en herramienta crucial para sofocar a los gremios rebeldes. La extensión de beneficios complementarios tales como la prolongación de las vacaciones y licencias o el incremento de las indemnizaciones, pretendieron compensar, de algún modo, el magro incremento de los salarios.

Las distinciones que hemos registrado frente a la apertura política se revelaron aún más claramente a la hora de evaluar los primeros pasos del gobierno. Mientras los antiperonistas más intransigentes hallaron en la orientación económica signos inequívocos del “colectivismo” amenazante, los “no peronistas” centraron sus preocupaciones casi exclusivamente en los aspectos políticos de la nueva administración.

Dentro del primer grupo, los lamentos de la Sociedad Rural Argentina (SRA) no se hicieron esperar. Tras algunas fórmulas cordiales de urbanidad y la aceptación lacrimógena de participar de los acuerdos impulsados desde el gobierno, la entidad agraria se lanzó a una franca oposición. El temor que las nuevas autoridades despertaban en la SRA fue claramente expresado por el discurso de su presidente al inaugurar, en 1973, la 87° Exposición Nacional de Ganadería, Agricultura e Industria en Palermo. En una larga alocución, Celedonio Pereda enfatizaba el rechazo de la entidad por las tentativas de “socialización de los medios de producción”, reclamando la “vigorización del espíritu de empresa y la capacidad creadora”. La prédica insistía en que el gobierno debía actuar con prudencia y no adoptar programas “extraños a la realidad”. Aunque se mostraba molesta y alarmada por los avances del Estado en política agropecuaria, la entidad se declaraba dispuesta a “financiar, aunque no subsidiar” al sector industrial<sup>154</sup>.

Para la misma, fecha el editorial de su revista se lamentaba de las “efervescencias y desconciertos que provoca el creciente ejercicio del poder”. *Anales* se ocupaba de presentar al campo como víctima de políticas que menoscaban sus intereses para “concederles a los habitantes (de las grandes urbes) la exclusividad de sus servicios estatales”<sup>155</sup>. Un reclamo aparecía en todas sus expresiones públicas: “¡Prudencia, Prudencia!”.

De modo semejante, e inscribiendo a la Argentina en un dilema que atravesaba al mundo occidental, *La Prensa* se mofaba del término “liberación”,

“...por un lado significa la eliminación o estatización de empresas extranjeras, que, como es obvio, nada tiene que ver, dentro del mundo democrático con el atropello de las soberanías nacionales, y por el otro, la vigorización estatal, que, según se sabe conlleva la disminución y hasta la extirpación de la libertad de los individuos y los grupos. De la misma manera, por ‘democracia’ ya no se debe entender -de acuerdo a la definición de Lincoln- gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, sino como la imposición del partido único, ‘progresismo’, (que) no sería la doctrina o sistema que

<sup>154</sup> Todas las referencias corresponden al discurso de Celedonio Pereda en Palermo, 28/7/73. El documento completo puede consultarse en Memorias de la SRA, año 1973, págs. 98-100.

<sup>155</sup> *Anales de la SRA*, año CVII, Nro. 6-7, junio/julio 1973, págs. 21 y 22.

tiene a aumentar la libertad, la riqueza, el bienestar y la cultura, sino la política que tiende a sumergir a los pueblos en el despotismo y la pobreza”<sup>156</sup>.

Del mismo modo, uno de sus colaboradores había presentado las elecciones de 1973 como una opción de hierro

“...lo que debe guiar como una obsesión los pasos del elector de su casa al comicio (es): ¿construiremos un país donde cada cual pueda armar su personal, intransferible destino sin intromisión de poderes extraños a su voluntad y deseos, o un país en el que la existencia de los individuos que forman la comunidad resulta predeterminada por los organismos oficiales? En suma, ¿haremos una Argentina liberal o una Argentina colectivista?”<sup>157</sup>.

Iluminar la obscuridad que impedía al argentino común apreciar detrás del peronismo su “verdadero” rostro era la misión asumida por gran parte de los comentarios editoriales del diario de Paz. El riesgo que entreveían era nada menos que el “funeral de la libertad”.

Igualmente compungido por el avance de las ideas “dirigistas” a nivel internacional, Manuel Tagle se afanaba por culpar a los partidos democráticos y las Fuerzas Armadas locales de haber sido incapaces invertir de raíz un sistema “envenenado de antiliberalismo” y que había conducido a la nación al fracaso. Tras 18 años de gobiernos pasivos,

“...la misma propaganda que clausuró las puertas del liberalismo asegura ahora que es el único responsable de su descalabro, y el injusto diagnóstico adquiere fuerza de dogma”<sup>158</sup>.

Mientras estos intelectuales asociaban al Estado justicialista con el totalitarismo, otras plumas liberales se centraban en los aspectos político institucionales de la nueva etapa. Las dimensiones económicas del proceso fueron, en este caso, soslayadas por completo.

Más allá de sus invocaciones a la purga justicialista, las sugerencias de *La Nación* se ocuparon del fortalecimiento de las estructuras estatales sin emitir mayores juicios sobre la gestión económica. Desde su punto de vista,

“En ciertos momentos de la vida de los pueblos, las responsabilidades individuales o institucionales de los diversos organismos y dependencias componentes del aparato del Estado cobran un significado excepcional. Probablemente la Argentina se encuentre ahora dentro de instantes de ese estilo”<sup>159</sup>.

En este sentido, asignaba al gobierno dos tareas primordiales: la definición de las líneas políticas y la garantía de que las mismas serían ejecutadas administrativamente de modo eficiente y regular. Alertando a las autoridades concluía

“Cuando la faz política, por lo tanto, es cambiante o poco firme, por cualquier motivo se halla paralizada o por lo menos carece de ritmo parejo y adecuado a las circunstancias históricas, la segunda sufre también...La educación, los servicios sanitarios, la marcha regular de los fenómenos de

<sup>156</sup> *La Prensa*, 31/5/73, pág. 6.

<sup>157</sup> Esta cita y las dos siguientes corresponden a Abdala, R. “¿A cuánta distancia del manifiesto?” en *La Prensa*, 1/12/72, pág. 6.

<sup>158</sup> Tagle, M. : “Un arma invisible contra la sociedad occidental”, en *La Prensa*, 30/6/73, pág. 6.

<sup>159</sup> Esta cita y la siguiente corresponden a *La Nación*, 20/7/73, pág. 8.

la producción y de la economía en general, los servicios públicos esenciales, la justicia, las obras públicas ya comenzadas: un inmenso mecanismo de actividades a cargo de funcionarios y organismos oficiales debe proseguir su marcha sin pausas ni retrocesos”.

*Criterio*, por su parte, incluyó una larga editorial destinada a examinar el acuerdo social y la política económica del gobierno<sup>160</sup>. A diferencia de otros intérpretes de la época no afirmó la naturaleza populista del plan Gelbard sino sus similitudes con las políticas de Krieger Vasena. Ambos intentos había partido de un diagnóstico similar de la inflación: sus causas se ubicaban en las pujas distributivas entre sectores y no en el exceso de demanda postulado por las visiones más ortodoxas. En ambos casos, un magro incremento de los salarios había precedido el congelamiento de los mismos y la suspensión de las convenciones colectivas. Coincidentemente, ambos habían establecido controles de precios para los principales productos y en ambos se había intentado redistribuir recursos a favor del sector industrial y en detrimento del agro. He aquí la primera diferencia, mientras Krieger había alentado a las grandes empresas transnacionales, Gelbard depositaba sus esperanzas en la burguesía local. La segunda disparidad, y la primera crítica de *Criterio* remitía al descuido peronista por la reforma tributaria. Desconociendo esta necesidad, el Estado se condenaba a financiar sus inversiones a través de la emisión monetaria, mecanismo que conspiraría contra sus intenciones estabilizadoras. En tercer y último lugar, la publicación se permitía dudar de la capacidad administrativa del gobierno para garantizar el cumplimiento de los precios fijados. Los comentarios y sugerencias transmitían, no obstante, un espíritu optimista. Sintomáticamente, aún en este editorial más bien económico, las reflexiones se cerraban con una referencia a los conflictos internos atravesados por el justicialismo.

Las inquietudes desarrollistas encontraban eco en la pluma de Mariano Grondona. Plagándose a las declaraciones del secretario de Obras y Servicios Públicos, el columnista señalaba la necesidad de acumular capital público y privado y titulaba sus reflexiones “Argentina deberá duplicar su producción cada seis años”<sup>161</sup>. Sus inferencias eran semejantes a las de *Criterio* y *La Nación*, “El debate [y la suerte] del programa económico será político”<sup>162</sup>.

Consolidados los actores de la concertación y puesta en marcha la política económica del nuevo gobierno, la principal preocupación de los analistas moderados se concentró en las condiciones de la gobernabilidad. Estaban seguros de que de ella dependía la viabilidad del proyecto enunciado. De este modo, al tiempo que respaldaban los acuerdos entre sindicalistas y empresarios y celebraban la confluencia entre peronismo y radicalismo, los analistas no peronistas proponían el ingreso de un actor “ineludible” a este “pentágono del poder”. En efecto, secundando la necesidad de Perón de conquistar la solidaridad de la fuerza, parte de los comentaristas alentaron el reencuentro entre gobierno y Ejército.

La devolución del grado al teniente general Perón marcaba para todos los analistas la reconciliación con sus camaradas de armas. Ya desde finales de la Revolución Argentina, Perón había intentado diferenciar a los líderes militares a quienes se oponía, del resto de la institución. Al llegar al gobierno había respetado sus mandos naturales sin reclamarles una

<sup>160</sup> *Criterio*, 28/6/73, pág. 307-309.

<sup>161</sup> Grondona, Mariano: “Argentina deberá duplicar su producción cada seis años”, en *La Opinión*, 7/7/73, pág. 1.

<sup>162</sup> Grondona, Mariano: “El debate del programa económico será político”, en *La Opinión*, 6/7/73, pág. 10.



adhesión inmediata. En la cima de su popularidad, Perón se acercaba a las Fuerzas Armadas, las reconocía como únicos gendarmes de la Nación y, al identificarse con ellas, subsanaba la dañada legitimidad del cuerpo castrense.

La “imbricación virtuosa” entre poder político y poder militar era actualizada y defendida por los intelectuales de la derecha.

Analizando el panteón de los héroes nacionales, Grondona concluía que sólo la “raza de los soldados-políticos” habían podido asegurar el progreso dentro del orden. De tal suerte, más allá de las orientaciones escogidas era evidente que

“...siempre está en el suelo de la realidad política argentina la necesidad absoluta de combinar en un hombre la autoridad militar y el arrastre civil cuando las horas de crisis reclaman que, desde la cumbre se convoque a una tarea común”.

En un conjunto de reflexiones que reivindicaban el carácter irreductiblemente latino (y antes que nada hispánico) de la política sudamericana, el abogado concluía que la conducción política en la Argentina sólo era posible en una compleja mezcla de “autoritarismo” y “democratismo”

“... en sus pasiones y en su racionalidad, en su lado militar y en su lado civil y, sobre todo, en la casi imposible tarea de reunirlos todo en un hombre o en una instancia...”<sup>163</sup>.

Por su parte, Neustadt rescataba la actitud “estoica y generosa” de los jefes castrenses que, aún “flagelados” por secuestros y agravios, acordaban con el gobierno y se reconciliaban con su líder<sup>164</sup>.

Con una matriz analítica empapada de la impronta lanussista, Floria concluía que los militares no sólo habían entregado el poder tal y como se habían comprometido sino que también enfatizaba que habían

“...descubierto que se puede transformar sin despreciar los medios, mandar sin oprimir, socializar sin totalizar, y oponerse sin conspirar, en la medida en que la democracia funcione dentro de la ley constitucional”<sup>165</sup>.

En un editorial consagrado a las relaciones entre Ejército y Sociedad, el columnista señalaba que las Fuerzas Armadas se habían replegado a un rol circunscripto a sus tareas profesionales y que la forma más efectiva de asegurar la subordinación militar no radicaba tanto en el ámbito castrense como en la “capacidad y autoridad del poder político”<sup>166</sup>.

## 5. La realidad indomable y la constatación de la impotencia

<sup>163</sup> Todas las citas corresponden a Grondona, Mariano: “La cima del poder político como remate de un deshielo producido en una década”, en *La Opinión*, 13/7/73, pág. 1.

<sup>164</sup> Expresiones de esta perspectiva pueden rastrearse en Neustadt, Bernardo: “Perón, y punto”, en *Extra*, Año IX, Nro. 97, julio de 1973, págs. 18 y 19 y Neustadt, Bernardo: “Sí. Cómplices de la verdad”, en *Extra*, Año IX, Nro. 98, agosto de 1973, págs. 14 y 15.

<sup>165</sup> Floria, Carlos: “El significado de una política”, en *El Cronista Comercial*, 9/5/73, pág. 4.

<sup>166</sup> Floria, Carlos: “Ejército y sociedad”, en *El Cronista Comercial*, 1/6/73, pág. 4. Ideas semejantes se vierten en Floria, Carlos: “El silencio radical”, en *El Cronista Comercial*, 18/6/73, pág. 4.

La llegada de Perón a la presidencia inauguró la segunda etapa del gobierno justicialista y dio nuevo impulso al plan económico y a la relación con la oposición política.

Los resultados iniciales del programa Gelbard fueron alentadores. La inflación fue cediendo, los ingresos del gobierno se elevaron, el desempleo disminuyó, las tasas de interés bajaron y el crecimiento de 1973 casi duplicó la cifra del año anterior. Un contexto internacional favorable jugó a favor del plan. Hubo una generalizada expansión de las exportaciones combinada con un aumento de los precios de productos exportables. Hacia 1974, las exportaciones industriales alcanzaban el 48% del total.

Ahora bien, si la burocracia pública había sufrido durante décadas la erosión resultante de la inestabilidad institucional, el desorden estatal propiciado por las tensiones en el peronismo no hizo más que conspirar contra su capacidad de orientar e intervenir en la sociedad. A la irregularidad administrativa se sumaba la pérdida del monopolio de la violencia física. La viabilidad de un proyecto que asignaba al Estado un papel protagónico se vio severamente limitada por un aparato burocrático desarticulado pero omnipresente y una voluntad política que no, logró manifestarse de modo coherente y unificado.

Más allá de las intenciones seminales y de los primeros signos positivos, el desenvolvimiento de la economía comenzó poco a poco a mostrar dificultades. Infinidad de explicaciones se han ensayado para dar cuenta del fracaso del plan económico peronista. La mayoría de ellas, no obstante, coincide en un punto: no fueron las rigideces del pacto social frente a los cambios del escenario internacional y la modificación de los precios relativos, ni el exceso de demanda ni el déficit público ni el magro crecimiento de la inversión lo que explica su agotamiento. Como señala Canitrot (1978), antes de que todas esas variables tuvieran ocasión de manifestarse, el programa se resquebrajaba por la ruptura del Acta de Compromiso.

Las presiones cruzadas de los sindicalistas para incrementar los salarios y de los empresarios para ajustar los precios aceleraron los plazos impuestos inicialmente en las negociaciones. El encarecimiento de los insumos importados impuso, a fines de 1973, la convocatoria de una Comisión de Precios, Salarios y Nivel de Vida para evaluar la cuestión. Entretanto, muchas empresas se adelantaron a la decisión oficial y empezaron a violar los controles de precios. Los celos entre los actores del pacto se agudizaron. Finalmente, fue el Estado quien asumió los costos de la inflación importada. A comienzos de 1974, los jefes sindicales, presionados por sus bases, volvieron a expresar sus inquietudes al presidente. La restitución de conducciones adictas no alcanzaba para acallar las demandas de los trabajadores. En febrero, Perón decidió convocar nuevamente a la Comisión para estudiar un reajuste.

La decisión de anticipar la actualización de las pautas acordadas mostraron la precariedad temporal del Pacto Social. En contradicción con la publicidad oficialista que proclamaba la inflación "0", los mecanismos de estabilización no permitían una previsibilidad de largo plazo. La intervención de Perón para acelerar las engorrosas negociaciones entre las partes dejó disconformes tanto a empresarios como a sindicalistas. Los obstáculos para compatibilizar los reclamos de unos y otros se hacían cada vez más evidentes. Por último, la multiplicación de empresarios y gremios transgresores demostró que ni las organizaciones corporativas podían garantizar las conductas de sus miembros ni el Estado tenía la capacidad para castigarlos.

Si el predicamento de Perón se había asentado, en el exilio, en su capacidad de alimentar las tensiones internas, su voluntad de pacificar y negociar se enfrentaba ahora con las mismas tendencias que habían socavado el poder de sus predecesores. En la Argentina de mediados de los años '70, la impotencia estatal, la imposibilidad de las organizaciones comprometidas de actuar como sujetos unificados y la intensidad de los conflictos sociales minaron los supuestos básicos de toda concertación.

Tampoco la institucionalización prometida había alcanzado avances significativos. Como ha apuntado Halperín Donghi (1994), la vida política se escindió en un hemisferio diurno donde los rituales democráticos eran ejecutados y celebrados por oficialismo y oposición y un hemisferio nocturno en el cual las disputas entre peronistas se zanjaban en el silencio de la violencia. Las Reformas al Código Penal, introducidas tras el ataque del ERP a un cuartel del Ejército de la localidad de Azul, penaron más severamente a la guerrilla y sirvieron de instrumento para sofrenar las huelgas consideradas ilegales. La represión, sin embargo, se llevó a cabo como una faena clandestina.

Según Landi (1978), la precariedad de los apoyos castrenses llevó a Perón a ensayar mecanismos represivos ajenos a las instituciones oficiales. Así surgió la Alianza Anticomunista Argentina (o Triple A), un escuadrón de la muerte organizado por el ministro de Bienestar Social, José López Rega y la derecha peronista para combatir las actividades guerrilleras y los enfrentamientos de clase. Sus ataques comenzaron a fines de 1973 y menos de un año más tarde ya habían asesinado a doscientas personas. Sus víctimas no eran cuadros militares de la izquierda sino figuras que intentaban representar a las fuerzas contestatarias sacando partido de los medios legales. Los contactos entre organizaciones de base y guerrilla eran los blancos preferidos de la nueva ofensiva armada. El presidente, mientras tanto, denegó toda crítica a la policía y se desentendió de la formulación de mecanismos que contuvieran y aclararan el recrudecimiento de la violencia.

El discurso de la Triple A y la extrema derecha peronista se expresó en las páginas de la revista *El Caudillo*. Esta publicación dirigida por Felipe Romero y financiada por el Ministerio de Bienestar Social reivindicaba la tradición fascista y antisemita y llamaba a la “eliminación del enemigo interno”. Del mismo modo, el nuevo rector de la Universidad de Buenos Aires instaba a elegir entre justicialistas y marxistas y concluía “nosotros tenemos la verdad y la razón, los otros no la tienen y los trataremos como tales”<sup>167</sup>.

En este clima tuvo lugar la conmemoración del Día del trabajador y una masiva movilización en Plaza de Mayo. Nutrido por la ofensiva reseñada, el enfrentamiento entre Perón y Montoneros se reveló inevitable. Los ideólogos ligados a la izquierda justicialista se esforzaron por presentar la celebración como una “asamblea popular” en la que el “pueblo” dialogaría con el líder. Como postrera expresión de su capacidad de convocatoria, la Juventud Peronista mostró la fuerza numérica que podía movilizar. En palabras de Gillespie (1987, pág. 186), “el acto puso de manifiesto que el peronismo se encontraba al borde de una guerra fratricida”. Los otrora “jóvenes maravillosos” hicieron alarde de su discordia y tras enarbolar sus estandartes, corear consignas contra la derecha oficial y reclamar al general una rectificación, abandonaron la plaza enmarcados por los insultos desde el palco. Un Perón furioso soltó un ataque contra la izquierda que equivalió a una

<sup>167</sup> Declaraciones citadas por Kandel y Monteverde (1976, pág. 31).

declaración de guerra. Luego de enumerar variados elogios al sindicalismo argentino, se refirió a los “estúpidos que gritan” y condenó con dureza a

“...infiltrados que trabajan adentro y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan afuera, sin contar que la mayoría son mercenarios que trabajan al servicio de dinero extranjero”<sup>168</sup>.

Contrariando los planes que habían asignado al discurso un carácter templado y conciliador, Perón improvisó sus palabras deseoso de impugnar a sus acólitos rebeldes asociándolos con la traición, la antipatria y la violencia irracional. La prensa partidaria reprodujo sus argumentos hasta el hartazgo.

Las plumas liberales reaccionaron de modo diverso. Los medios tradicionales siguieron condenando las prácticas de la izquierda peronista. *La Prensa* condenándola in toto junto al gobierno, *La Nación* y *Criterio* contrastándolas con la tolerancia y madurez del caudillo. Los analistas políticos, por su parte, se sorprendieron de lo acontecido e intentaron descifrar las consecuencias de este enfrentamiento abierto.

*La Nación* no consagró mayor atención a los sucesos del 1 de mayo. Tras comentar extensamente el proyecto presidencial, cuestionando la “ambigüedad ideológica” del Tercermundismo, la publicación vinculaba lo acontecido con “las proyecciones agresivas de este adoctrinamiento”<sup>169</sup>. Era la confluencia entre nacionalismo e izquierda en los ámbitos estudiantiles una de las principales preocupaciones del matutino y contra ella apuntó gran parte de sus reflexiones ulteriores. Retomando una operación intelectual cara al peronismo, en la cual el valor de las intervenciones de terceros se mide en relación a la palabra autorizada del líder, el matutino de Mitre se esforzaba por rebatir los argumentos de los jóvenes universitarios con las frases del propio Perón. Como en los comentarios suscitados en relación a Ezeiza, la imagen transmitida contraponía siempre a un nuevo caudillo democrático y tolerante con grupos de fanáticos que al extremar las posiciones del líder las desvirtuaban.

El concepto de liberación y su aplicación en la cultura y la ciencia ejemplifica este tipo de razonamientos. Tras citar las palabras del general sobre la necesidad de incorporar al pensamiento local los aporte de las ideas desarrolladas en otras latitudes, el diario comprobaba su disparidad con las posiciones asumidas por ciertos grupos que

“...pretenden forjar una ‘cultura nacional’ desde la antinomia entre lo autóctono y lo extranjero, calificando de ‘alienación cultural’ cuanto resulte proveniente de allende nuestras fronteras. Llevada esta posición hasta su extremo, ha conducido a no pocos de sus sostenedores a condenar como ‘inaceptable penetración cultural europeizante’ a todo el proceso de instalación de la civilización occidental en América, pretendiendo reivindicar como exclusivamente digno de nuestra propia cultura a las manifestaciones de los primitivos habitantes de nuestro suelo. Niégase de tal forma la integración cultural y se deja de lado la actitud tradicional argentina que ha sabido tomar ‘lo mejor del mundo del espíritu y de las ideas’ [frase de Perón] para refundirlo más tarde en una auténtica concepción de carácter nacional”.

Más adelante el editorial centraba su atención en el funcionamiento de las altas casas de estudio. Señalaba, siempre intentando respaldarse en frases del general, que el

<sup>168</sup> Discurso de Perón pronunciado en la Plaza de Mayo el 1/5/74 y reproducido en *The Buenos Aires Herald* el 17/5/74.

<sup>169</sup> *La Nación*, 3/5/74, pág. 6.

desarrollo de la ciencia en el país era incompatible con las “excusas demagógicas” que rebajan las exigencias y admiten cualquier nivel científico “para cumplir solamente con objetivos de adoctrinamiento mental”<sup>170</sup>.

La guerrilla seguía formando parte de las preocupaciones del matutino que intentaba mostrar los efectos perniciosos de este fenómeno en distintas áreas de la vida nacional. A la condena moral por su “derroche cruel de la existencia humana” se sumaban los perjuicios económicos y el daño institucional generado por su intención de arrogarse el derecho de juzgar y condenar ciudadanos por encima de las normas legales establecidas. En el primer caso, *La Nación* señalaba el éxodo de los dirigentes industriales de empresas extranjeras y ensayaba la defensa de los empresarios locales que no contaban con la posibilidad de retirarse del país en busca de mayores garantías para sus personas y sus bienes. La incapacidad de detener a la guerrilla redundaba, entonces, en la reducción de los capitales dispuestos a invertir en un país convulsionado por la violencia. Con respecto a los perjuicios institucionales, el matutino reflexionaba sobre la actitud de un grupo que aún bajo un gobierno que “contribuyó a elegir” se abogaba el derecho de usurpar las funciones de los tribunales, dando muestra, no sólo de crueldad e injusticia sino también de suma cobardía<sup>171</sup>.

Reforzando los argumentos del presidente que vinculaban a la guerrilla con intereses foráneos, *La Nación* explicaba la persistencia de la guerrilla por “una planificación cuidadosa y acertada a cargo de un comando único, situado fuera de los países en donde se cumple la acción intimidatoria de estas agrupaciones terroristas”. Tras nombrar a diversas organizaciones armadas latinoamericanas (pero no a las argentinas), el diario concluía que “la identidad de propósitos es total y, desde luego, extranacional aunque se esgrima el nacionalismo de cada lugar como señuelo, ya que se trata de lograr en todas partes la instalación de un sistema de características fascistas, aunque a veces se lo quiera disimular con rótulos socialistas”. Sin plantearlo explícitamente el matutino proporcionaba una caracterización similar de las ideas y, por lo tanto, cierta confluencia de objetivos entre los politizados jóvenes universitarios y la guerrilla. La apelación a la violencia y la intransigencia de sus doctrinas les valía una identidad común que no estaba dada ya por sus principios izquierdizantes sino por un perfil claramente fascista. Una vez más la predica de *La Nación* llamaba al restablecimiento de la paz exigiendo el cumplimiento de la ley.

Lejos de constatar la ruptura entre el presidente y los militantes rebeldes, *La Prensa* dedicaba sus editoriales a demostrar que “El poder cede a la subversión”. Recuperando los acontecimientos más nimios de la vida cotidiana, el diario de Paz recordaba la flexibilidad de la justicia para con los estudiantes politizados y la impotencia oficial para combatir la violencia<sup>172</sup>.

*Criterio* consideró los actos del 1 de mayo de 1974 como una fecha clave para comprender el proceso político nacional. Para interpretarlos propuso una distinción entre dos tiempos contrastantes: el institucional y el político. El primero había tenido por escenario el Congreso de la Nación, el segundo la Plaza de Mayo. Las cámaras habían sido

<sup>170</sup> Las citas corresponden a *La Nación* 10/5/74, pág. 8.

<sup>171</sup> Estas ideas se desarrollan en las editoriales de *La Nación*, 3/5/74, pág. 6; 6/5/74, pág. 6; 14/5/74, pág. 8.

<sup>172</sup> Algunos comentarios en este sentido pueden consultarse en *La Prensa*, 2/5/74, pág. 4; 3/5/74, pág. 4; 5/5/74, pág. 4 y 6/5/74, pág. 6.

testigos de un Perón renovado y conciliador, la multitud reunida había presenciado por primera vez un acto de desobediencia pública por parte de un grupo de confesos peronistas.

Con respecto al discurso presidencial frente a los legisladores, la publicación rescataba sus definiciones sobre el “proyecto nacional”, celebraba su carácter propositivo e invitaba a los distintos sectores sociales a examinar la propuesta enriqueciéndola con sus críticas.

En relación al segundo escenario, sus comentarios también eran optimistas. Las desavenencias entre las distintas corrientes peronistas no eran secreto para nadie como tampoco lo eran los infructuosos esfuerzos por disimularlas y la solapada competencia desatada entre jefes gremiales y dirigentes juveniles por mostrar su superioridad numérica. En este sentido, la disputa por la potencia movilizadora de unos y otros era considerada por *Criterio* absolutamente estéril. Sin duda el principal recurso de la juventud radicaba en la presencia física de sus militantes, el de los sindicatos, en cambio, remitía a su posición dentro de la sociedad moderna, a su participación en la estructura de poder, a su capacidad de ejercer el derecho a huelga o para emplear ésta como medio de presión ineludible. El comportamiento rebelde de las columnas juveniles y la irritación generada en el líder no sólo había puesto una vez más de manifiesto estos antagonismos. En estos episodios había quedado en evidencia una profunda redefinición de la autoridad de Perón. Si en otros tiempos ésta se había nutrido exclusivamente de su carisma, propiciando desbordes autoritarios, en la actualidad se había trasladado a las instituciones, convirtiéndose en autoridad racional o en “carisma institucional fundante”. La conclusión era, consiguientemente, alentadora

“...la sociedad política argentina gana en la misma medida en que el peronismo como parcialidad presiente un desmedro en su potencia de otrora”<sup>173</sup>.

El episodio servía de excusa a la publicación para prodigar consejos. A los Montoneros les advertía los riesgos de cuestionar la capacidad del líder de interpretar las demandas populares, ubicándose como canales privilegiados de un pueblo del que parecían escindidos. El peligro era, según la revista, caer en la lógica de las sectas revolucionarias. A los peronistas históricos los alertaba de la necesidad de modificar sus medios y estilos para estar a la altura del caudillo.

Este clima de enfrentamiento abierto entre jóvenes y gobierno llevó la atención una vez más al ámbito universitario. Sin rodeos, *Criterio* definía las universidades como un “frente bélico”, en él

“...la izquierda peronista, junto a sus aliados circunstanciales, defiende encarnizadamente el último reducto que le han dejado las sucesivas depuraciones, contra el embate de los sectores “ortodoxos” y sus respectivos aliados tácticos”<sup>174</sup>.

Las ocupaciones, los enfrentamientos a “cadenazos, palos y armas de fuego” parecían legítimos a la hora de imponer autoridades y profesores. Esta politización universitaria no propiciaba la real participación de los estudiantes sino que, muy por el contrario, los convertían en meras “tropas de choque” de las fracciones enfrentadas. Con el

<sup>173</sup> *Criterio*, 9/5/74, pág. 230.

<sup>174</sup> *Criterio*, 9/5/74, pág. 232, “Comentarios”.

mismo espíritu combatía la revista la posición de los intelectuales progresistas, arrastrados por una ideologización con la cual oprimían a los otros, al tiempo que ahogaban su propia capacidad de creación

“Este terrorismo cultural, diseminado bastante bien por todo el mundo, quiere a un intelectual inmerso en la confusión y al servicio de esquemas ideológicos simples. Un intelectual en suma que no es libertador de las potencias creadoras del hombre sino que se transforma en un opresor más, ya sea de la sociedad de consumo o de las ideologías contingentes, efímeras e ilusorias que a través de formas anárquicas y utópicas ocultan su rostro nihilista y desesperanzado”<sup>175</sup>.

También las reflexiones de Grondona se centraban en la Juventud Peronista. Ni la alianza con las izquierdas no peronistas ni el acatamiento de la verticalidad oficial eran, a partir de lo sucedido, opciones satisfactorias. El analista constataba, entonces, que cualquier posibilidad anunciaba “dificultades y división. La perplejidad frente a esta perspectiva, parece ser su única respuesta”<sup>176</sup>.

La habilidad de Perón quedaba, según el columnista, una vez más en evidencia. Como lo había demostrado en oportunidades anteriores, Perón nunca expulsaba a ningún sector de su Movimiento, exigía sí, disciplina. El presidente “no quiere que la desesperación del activismo lo lleve a satelizarse en torno de la campaña subversiva. Por lo tanto, no cierra la última puerta”. En esta perseverante demarcación de fronteras entre lo aceptable y lo inaceptable, entre las atribuciones y límites que estaba dispuesto a conceder a cada protagonista político, Perón demostraba, para Grondona, detrás “de la contradicción aparente. Otra vez la coherencia de fondo”. Los comentarios del abogado tenían, ciertamente, la fascinación y reverencia características del aficionado que se maravilla frente al artista<sup>177</sup>.

Por su parte Neustadt se preguntaba “¿Un tirón de orejas o una declaración de guerra final? [...] ¿Se cerrará el camino de Damasco a los impacientes cada vez más sublevados?”<sup>178</sup>.

Floria iba aún más lejos, lo llamativo de la jornada no habían sido las palabras de Perón sino el acto de desobediencia, de “rebeldía ‘anticarismática’” protagonizado por la JP y Montoneros. Lejos de la condena taxativa enunciada por las publicaciones centenarias, el politólogo concluía que la Juventud representaba la reivindicación de una legitimidad “sustantiva”, ni formal ni carismática<sup>179</sup>. Para poder traducir su potencia en poder, la juventud debía enfrentar un conjunto de dilemas: peronismo-izquierda, democracia pluralista-democracia jacobina, política-milarismo. Tras escrutar sus vertientes ideológicas, Floria comprendía los temores de los rebeldes (“...ser marginada por el pueblo y en consecuencia recaer en los ‘viejos pecados’ de la ‘vieja izquierda’”) y confiaba en que lograrían, al cabo, “constituirse en lo que insinúa: una fuerza política capaz de convocar a sus seguidores”<sup>180</sup>. Tal como lo demostraba en un editorial ulterior, el afán del politólogo

<sup>175</sup> *Criterio*, 13/6/73, pág. 292.

<sup>176</sup> Grondona, Mariano: “La juventud peronista radicalizada busca definirse pero no encuentra una opción que sea satisfactoria” en *La Opinión*, 18/5/74, pág. 8. Ideas semejantes pueden rastrearse en Grondona, Mariano: “El destino final”, en *Carta Política*, Año 1, Nro. 12, primavera de 1974, págs. 22-23.

<sup>177</sup> Grondona, Mariano: “El caso Licastro aclara la política militar de Perón”, en *La Opinión*, 22/5/74, pág. 12.

<sup>178</sup> Neustadt, Bernardo: “¿Fin de una delicada relación?” en *Extra*, Año IX, Nro. 107, mayo 1974.

<sup>179</sup> Floria, Carlos: “La lección del primero de Mayo”, en *El Cronista Comercial*, 6/5/74, pag. 6.

<sup>180</sup> Floria, Carlos: “JP”, en *El Cronista Comercial*, 20/5/74, pág. 4.

era, como en el pasado, propiciar una institucionalización de la izquierda radicalizada que terminara de aislar a los sectores más violentos<sup>181</sup>.

Los tragos amargos no acababan para el gobierno. Hacia mediados de 1974, se tornó evidente que era incapaz de contener los conflictos por la distribución del ingreso. Impotente frente a la sistemática violación del pacto social por parte de trabajadores y empresarios, incapaz de eliminar la violencia parainstitucional, días antes de morir, Perón amenazó con renunciar. Su discurso fue a la vez un intento de retomar la iniciativa política y una indudable expresión de la impotencia. Los comentarios de la prensa inauguraron cierto distanciamiento con el oficialismo que se profundizaría tras su muerte. Quien había sido investido como el De Gaulle, salvador de la Argentina en llamas, se demostraba incompetente para cumplir sus promesas.

*La Nación*, que tanto había apoyado a Perón, proclamaba críticamente que el presidente se preocupaba más por hostigar a los empresarios que se burlaban de las normas acordadas que por estimular a quienes al producir “efectúan una contribución al bienestar de la comunidad y a la paz de la Nación”. Sus conclusiones entrañaban una reprimenda

“En suma: es verdad que al Pacto Social deben cuidarlo todos pero la primera responsabilidad es la que el propio gobierno patrocinó”<sup>182</sup>.

De este modo, el matutino de Mitre se acercaba a su par centenario. Considerando que el mensaje presidencial había denunciado con vehemencia una “conspiración contra los intereses nacionales, obra del imperialismo y la oligarquía para entorpecer la gestión gubernativa y rebelarse contra el pacto social”, *La Prensa* se burlaba del modo en que los peronistas se esforzaban por desviar la atención de los “verdaderos” escollos que enfrentaba la administración: las divergencias intestinas en su seno<sup>183</sup>.

*Criterio*, a su vez, examinaba a sindicalistas, empresarios y administración pública para explicar las dificultades del Pacto Social pero incorporaba una mirada igualmente crítica para con el elenco gobernante. El “espíritu de fracción”, “la lucha sin cuartel”, el “apetito descontrolado de poder”, la “improvisación y la corrupción” eran indicadores inequívocos de una paradójica situación en la cual “un presidente tiene más dificultades con sus partidarios que con sus opositores”<sup>184</sup>.

Un examen menos dramático se reservaba Floria desde *El Cronista Comercial*. Según el politólogo, el presidente no era un exorcista todopoderoso capaz de conjurar la difícil realidad argentina con sus fluidos milagrosos, era un gobernante enfrentándose a las resistencias y obstáculos “de todo cambio profundo”<sup>185</sup>.

Tras este llamado postrero, Perón falleció el 1 de julio de 1974. Se llevaba consigo las cualidades carismáticas que no había consentido legar a ningún peronista ni había alcanzado a plasmar en el entramado institucional. Huérfanas de su mediación y sus cualidades políticas las tensiones largamente acumuladas terminarían de estallar.

<sup>181</sup> Floria, Carlos: “Los violentos”, en *El Cronista Comercial*, 275/74, pág. 5.

<sup>182</sup> *La Nación*, 13/6/74, pág. 6.

<sup>183</sup> *La Prensa*, 15/6/74, pág. 4.

<sup>184</sup> *Criterio*, 2776/74, pág. 323-326.

<sup>185</sup> Floria, Carlos: “Movilización popular”, en *El Cronista Comercial*, 17/6/74, pág. 10.





## CAPÍTULO IV

### El estallido de la sociedad populista y los albores del golpe La generalización de la crisis y la convergencia antiperonista

#### 1. En busca del heredero y los recelos hacia el príncipe

Frente al estupor de la muerte, las proclamas de los distintos sectores de la realidad nacional enfatizaron la necesidad de un “pacto de unión” y los discursos de despedida contuvieron indefectiblemente palabras de apoyo para la viuda del general.

Tanto el radicalismo como la prensa liberal instaban a persistir en la legalidad democrática, restituyendo la unidad del Estado y la concertación en materia económico-social. Las primeras medidas presidenciales, no obstante, dieron cuenta de una voluntad de reorientación que cristalizaría en la renuncia del ministro de Economía y en la intensificación de la violencia paraestatal.

Nucleados contra el avance de los jóvenes peronistas, el círculo presidencial y los dirigentes gremiales habían coincidido también en su deseo de desplazar a Gelbard. La competencia política dentro del gabinete y los límites impuestos a los reclamos sindicales habían llevado a unos y a otros a confrontar con el empresario de la CGE. Su carácter de extrapartidario, el progresivo alejamiento de los radicales y los resquemores de sus representados, que no cosechaban los beneficios esperados de la política económica oficial, lo tornaron una figura vulnerable.

Claro que, la ofensiva contra Gelbard y el Pacto Social no se circunscribió a la derecha peronista y sus aliados gremiales. También la burguesía agroexportadora y los sectores financieros le confiaron duras críticas. Desprovisto del indispensable apoyo de Perón, el 21 de octubre de 1974, el titular de Hacienda presentó su renuncia.

El nuevo ministro, Alfredo Gómez Morales, había participado de la primera década peronista y era recordado, a la vez, como un miembro de la vieja guardia del partido y como un técnico preocupado por el saneamiento macroeconómico. La prensa y las organizaciones corporativas lo recibieron con satisfacción y le acercaron sus reclamos. *La Nación* propuso un balance sombrío de la realidad heredada por el ministro y concluyó que era indispensable terminar con el mercado negro, las presiones especulativas y la caída de la rentabilidad del capital. Era indispensable restituir el buen funcionamiento de la economía y, para ello, era necesario mejorar los ingresos empresarios aun a costa de una disminución de los salarios reales<sup>186</sup>.

La Sociedad Rural Argentina que había resistido al ministro saliente y sus proyectos de “impuesto a la renta potencial de la tierra” recibió aliviada la recomposición gubernamental. Frente a las nuevas autoridades económicas, la organización tituló el editorial de su revista “Un deseable reencuentro” y celebró la disposición del gobierno

---

<sup>186</sup> *La Nación*, 24/10/74, pág. 8.

nacional de remover y desplazar aquellas “piezas que no encajan con un programa de acción política que desemboque en una auténtica paz nacional...”<sup>187</sup>.

Una nueva ofensiva contra la guerrilla intentó demostrar la resolución de los herederos del general de extirparla de raíz. A principios de 1975, el gobierno de Isabel Perón autorizó a las Fuerzas Armadas a adoptar las medidas que considerara necesarias para terminar con el foco rebelde encabezado por el ERP en la provincia de Tucumán. Ya en septiembre, la autoridad castrense se había extendido a todo el país. Fue durante el gobierno constitucional que la policía quedó subordinada a los comandantes militares y que se otorgó al Ejército la potestad de intervenir en fábricas y universidades. Como ha puntualizado Rock (1993, pág. 226), a fines de 1975, “los generales restablecieron plenamente la vigencia de la doctrina de la seguridad nacional y acordaron la táctica de las “desapariciones” para aterrar a la población y prevenir que la guerrilla obtuviese apoyos”. Una vez más, aunque de un modo mucho más sangriento, el esfuerzo por aislar políticamente a la “subversión” nutría los cuerpos doctrinarios castrenses.

Lejos de institucionalizar la represión, la ofensiva censuradora y la violencia clandestina se agudizaron. A la clausura de las publicaciones ligadas a la izquierda peronista se sumó la prohibición de programas y revistas de humor político. Arraigado López Rega sólidamente en el poder, los reclamos en torno del esclarecimiento de los atentados de la Triple A y las fuerzas parapoliciales fueron completamente desoídos.

La extrema derecha peronista no agotaba las fuerzas de la reacción. Si inicialmente el nacionalismo extremo había apoyado a las juventudes radicalizadas y más tarde al liderazgo de Perón<sup>188</sup>, con los conflictos en la Universidad de Buenos Aires comenzaron a migrar hacia la oposición y a cultivar sus influencias entre los militares. De este modo, la revista *Cabildo* se lamentaba de la “artera violencia marxista” que hostigaba a las Fuerzas Armadas y concluía que sólo una revolución profundamente antiliberal podría salvar a la nación. Desde esta perspectiva, el ministro Gómez Morales pertenecía a la tradición de los Alsogaray, los Krieger Vasena y los Gelbard, todos liberales hábilmente manipulados por el comunismo<sup>189</sup>.

En un feroz enfrentamiento por la sucesión, el peronismo se lanzó a la búsqueda de una nueva definición carismática, institucional e ideológica. Detrás de la proclamada lealtad a quien portaba el apellido de Perón, el ascendente secretario de la presidencia y los jefes gremiales inauguraron un enfrentamiento descarnado por la hegemonía del movimiento y el Estado. Tras la muerte de Rucci, la CGT había atravesado una larga transición que catapultó el liderazgo de Lorenzo Miguel, un gremialista metalúrgico de las líneas más “duras” que deseaba extremar las demandas salariales y profundizar las

<sup>187</sup> “Un deseable reencuentro” en *Anales*, Año CVIII, Nro. 9 y 10, sept./oct. 1974, pág. 11.

<sup>188</sup> Durante los años '60, las principales figuras del nacionalismo local (Ezcurra, Genta y Menveille) mostraron simpatía por las incipientes organizaciones de la derecha católica peronista. Con el nombramiento de Krieger Vasena al frente del Ministerio de Economía en 1967, el periódico *Azul y Blanco* y su director Sánchez Sorondo se volcaron al peronismo e incluso a la izquierda. La instalación del régimen nacionalista de izquierda en Perú agudizó el apoyo prestado por el nacionalismo de derecha al populismo radicalizado. En 1973, Sánchez Sorondo llegó a ser candidato a Senador por la Capital Federal por el Justicialismo con el apoyo explícito de Montoneros. José María Rosa y Basilio Serrano, intelectuales renombrados del nacionalismo, fueron, a su vez, nombrados embajadores durante el gobierno del FREJULI. Un desarrollo pormenorizado de los contactos entre peronismo y derecha nacionalista puede consultarse en Rock (1993).

<sup>189</sup> *Cabildo*, 10/12/74, citado por Sidicaro (1993).

influencias del sindicalismo en el gobierno. Igualmente ansiosos por diferenciarse de los jóvenes radicalizados, sindicalistas y lopezrreguistas se esforzaron por conquistar nuevos apoyos sociales.

Con el control de gran parte del gabinete y con la titularidad de un ministerio que le permitía emplear cuantiosos recursos en clientelismo político, el ministro de Bienestar Social procuró acercarse al arco político de la derecha. Con cierto apoyo de los empresarios agrarios y con el aura de único contrapeso del apetito gremial, López Rega intentó fortalecer sus contactos con las instituciones militares. Bajo su égida, Isabel incrementó las prerrogativas castrenses en la lucha “antisubversiva” y forzó la renuncia del Comandante General del Ejército. El nuevo titular del arma, Numa Laplane se mostró partidario de un “profesionalismo integrado” que comprometiera a la institución con los planes del gobierno.

Como ha señalado De Riz (2000), la liberalización de la economía, el restablecimiento de la disciplina industrial, la reducción de los salarios y el desplazamiento de la CGT sólo eran plausibles con el apoyo estratégico de las Fuerzas Armadas.

La oposición entre sindicalistas “históricos” y juventud peronista impidió cualquier estrategia de convergencia. El liderazgo de Lorenzo Miguel y la dirección del gremialismo más intransigente agudizaron el desencuentro con el arco radicalizado. De este modo, también los jefes gremiales se esforzaron por acercarse al Ejército y reconquistar el apoyo de los militares populistas. La CGT no sólo apoyó activamente las campañas “antisubversivas” durante todo el período en que gobernó el justicialismo. En octubre de 1974, organizó una manifestación de protesta en “repudio al terrorismo” y en noviembre rindió homenaje a las fuerzas del orden caídas en la lucha.

La Doctrina de Seguridad Nacional había comenzado a madurar dentro del Ejército ya a fines de los años ‘50. En un escenario internacional caracterizado por la oposición entre el bloque soviético y el norteamericano, los Estados Unidos asumieron que las Fuerzas Armadas latinoamericanas debía especializarse en el mantenimiento de la paz y el control del comunismo dentro de sus propias sociedades. La asistencia técnica y financiera de los años ‘50 y ‘60 se inscribió en esta impronta y buscó “conquistar” la subordinación de las naciones bajo influencia del gigante del norte. La seguridad se concibió inicialmente con un aspecto indisociable del desarrollo económico. Sobre esta trama virtuosa de industrialización, modernización y orden montó su esquema el elenco de la Revolución Argentina. Hacia mediados de la década de los setenta, en cambio, la agudización de los conflictos laborales propiciaron la tesis de que el capitalismo argentino se había desenvuelto perversamente y que era en el vínculo entre un estado interventor y una sociedad ingobernable donde radicaba la fuente de la frustración argentina. Los interlocutores nacional-desarrollistas de los sindicatos dentro del Ejército fueron, entonces, dejando paso a cúpulas militares más refractarias a una alianza con los gremios.

Los radicales, por su parte, constataron con inquietud el cercenamiento del diálogo con el oficialismo pero soslayaron las críticas convencidos de que el dilema oponía a “Isabel o el caos”. Balbín hizo referencia, con frecuencia, al “microclima” que rodeaba a la presidente o el aislamiento que deterioraba la convivencia entre gobierno y oposición. A pesar de ello, sus observaciones no pasaron de eventuales quejas o señalamientos que eludieron toda perspectiva de conformar un bloque opositor. El asesinato de Mor Roig, por

su parte, reafirmó, tal como señala Acuña (1984), el apoyo irrestricto de Balbín a la presidencia de Isabel Martínez de Perón.

Esta primera recomposición parcialmente exitosa para los ojos de la derecha liberal despertó la simpatía y el consejo de varios ideólogos del orden. Desde sus columnas, Grondona halagaba la destreza política del secretario privado de la presidencia y se lamentaba de la ingratitud que se consagraba al “favorito” de Isabel. En un editorial de *Carta Política* cuya portada se preguntaba si José López Rega era el “hombre del año”, el periodista sintetizaba los servicios prestados por el ministro de Bienestar Social.

“...ha promovido o facilitado una serie de desenvolvimientos que se aprueban en voz baja y se aplauden en voz alta. La firmeza frente a la guerrilla, la desideologización del peronismo, la recuperación de la Universidad pasan por el discutido secretario-ministro. De la estirpe de los Ottalagano y los Lacabanne, José López Rega es de esos luchadores que recogen, por lo general, la ingratitud del sistema que protegen”<sup>190</sup>.

Es que, como en el pasado, el Grondona se preocupaba por la suerte del orden y lo remitía casi exclusivamente a las capacidades políticas de los grandes hombres. Como en la proclama feudal que muerto el rey viva al nuevo monarca, el abogado auguraba la transición del “peronismo al lopezrreguismo” deseoso de que alguien al mandar “hincha[ra] las velas del Estado y re[novara] los bríos de la sociedad”<sup>191</sup>.

También el diagnóstico y la apuesta política de afirmar una nueva alianza entre peronismo y Fuerzas Armadas era alentada por el discípulo de Ortega y Gasset. Tal como había concluido al celebrar el acercamiento entre el líder exilado y las instituciones castrenses, el columnista señalaba que la única manera de conjurar las rupturas institucionales era aceptando la participación de los militares en el gobierno democrático. Sólo así las Fuerzas Armadas funcionarían como aliadas y no como competidoras. Si la presidenta no atinaba a consolidar el “pentágono de poder” conformado por sindicatos, empresarios, radicales, peronistas y militares, la consecuencia necesaria sería “la renovación de la ley pendular”, es decir, el golpe<sup>192</sup>.

Reflexiones semejantes alentaba Carlos Floria. Desde su punto de vista, el profesionalismo era un valor ambivalente y, si bien era cierto que convertía a los militares en servidores del Estado y no del gobierno, no era menos claro que esa actitud llevada al extremo permitía a las fuerzas castrenses ubicarse “más allá del bien y el mal”, cultivando sus deseos de volver al poder. Como en el pasado, el politólogo llamaba a la consolidación de un régimen político que, a través de la autoridad y la eficacia, rehuera la “politización” y afianzara la política<sup>193</sup>.

Igual que sus pares, Neustadt había expresado, hacia fines de 1974, las penas del empresariado. Un año más tarde, el director de *Extra* se manifestaba satisfecho con los

<sup>190</sup> Grondona, Mariano: “Meditaciones de un favorito”, en *Carta Política*, Año 1, Nro. 13, primavera de 1974, págs. 12-13.

<sup>191</sup> Grondona, Mariano: “Del peronismo al lopezrreguismo”, en *Extra*, Año XI, Nro. 121, julio 1975, págs. 24-25.

<sup>192</sup> Grondona, Mariano: “La perspectiva militar”, en *Carta Política*, Año 1, Nro. 1, invierno de 1974, págs. 5-6.

<sup>193</sup> Floria, Carlos: “Los militares y la República”, en *Carta Política*, Año 2, Nro. 125, otoño de 1975, págs. 29-31.

servicios de los consejeros de la presidente. El comentarista consideraba que López Rega atravesaba por el “dolor de los creadores’ que pisan cristales rotos cuando tratan de avanzar”. Al intentar explicar por qué su figura “cobra Estatura”, Neustadt concluía que “recibe a los amenazados: les da seguridad”. La sentencia era clara: “A un año de la ausencia física de Juan Perón, un hombre, detrás de la jefa del Estado, va hacia la plenitud del poder”<sup>194</sup>.

Si bien *La Nación* recibió con agrado ciertas medidas afines con sus orientaciones económicas, sus comentarios perdieron el carácter celebratorio y optimista con el que acompañaron a Perón. Los avances nacionalistas del gobierno en el ámbito de la cultura que ya habían protagonizado las fuerzas de izquierda y que ahora retomaban los apóstoles del nacionalismo de derecha merecieron una absoluta condena. El mismo rechazo expresó por el atropello de las instituciones políticas liberales por parte del gobierno. Aunque las arbitrariedades habían comenzado bajo la presidencia del general fallecido, recién ahora encontraban espacio en sus editoriales.

*La Prensa*, por su parte, se manifestó recelosa del avance del superministro, siempre desinteresada por las recomposiciones de un régimen que rechazaba de plano. Sus comentarios posteriores, no obstante, se lamentaría del alejamiento de López Rega entendiendo que ello significaba el quiebre de la última valla de contención contra el avance sindical<sup>195</sup>.

Como era habitual desde el retorno del peronismo al poder, *Criterio* no se centró en las tensiones entre los herederos de Perón sino en los canales institucionales para resolverlas. Poco antes de la designación de Rodrigo, la revista católica alertaba que las “pretensiones de omnipotencia” debían abandonarse y que la idea de eliminar la inflación “súbita y definitivamente” debía ser descartada<sup>196</sup>. No había más salida que la recuperación de la “capacidad de arbitrar del Estado”, sólo esta instancia podría imponerse ante las partes.

En el otro extremo del arco político y luego de la renuncia de Gelbard, los Montoneros reanudaron la lucha contra el gobierno y decidieron volver a la clandestinidad. Bajo la consigna “Isabel no es Perón” y flanqueado por representantes de distintas organizaciones de la “Tendencia”, Firmenich anunció la decisión de “volver a la resistencia”. El 6 de septiembre de 1974, el nuevo jefe Montonero proclamaba el inicio de una “guerra popular integral”.

Excluidos del sistema político legal, la dificultad de Montoneros para engarzarse con otros sectores de la sociedad se acentuó. A su falta de arraigo en las masas trabajadoras se sumaron los embates de la Triple A contra sus militantes “de superficie” y los crecientes obstáculos para publicitar sus operaciones.

Según Gillespie (1987), uno de los errores de las organizaciones armadas de izquierda fue subestimar el economicismo de la clase obrera, viendo en el adversario sindical un mero fenómeno superestructural. Las agrupaciones nacidas al calor del

---

<sup>194</sup> Neustadt, Bernardo: “Los nuevos protagonistas”, en *Extra*, Año X, Nro. 120, junio de 1975, pág. 13.

<sup>195</sup> *La Prensa*, 30/7/75, pág. 4.

<sup>196</sup> *Criterio*, 8/5/75, págs. 227-230.

Cordobazo confundieron militancia activa con radicalismo político y asumieron que bastaba erradicar a la “burocracia” para liberar la “conciencia de clase” de los trabajadores. La restitución de las identidades políticas tradicionales y el regreso del peronismo a la presidencia echó por tierra estas tesis. Las agrupaciones clasistas sofocadas por la Ley Sindical no encontraron expresión en la Juventud Peronista que apoyaba explícitamente el Pacto Social propuesto por el gobierno.

Montoneros terminó ocupando un lugar incómodo en ambos escenarios: dentro del peronismo conservó el halo revulsivo de su afiliación con los movimientos insurgentes, dentro de las fuerzas sociales radicalizadas perdió apoyos al alinearse con las prácticas más arbitrarias del gobierno en materia sindical. Tampoco las estrategias de las organizaciones armadas facilitaban su vínculo con los trabajadores. Las acciones militares de gran envergadura y los asesinatos vindicativos que caracterizaron las prácticas de la guerrilla de mediados de los años ‘70 cosechaban admiradores o críticos pero otorgaban a los militantes el mero papel de auditorio pasivo.

Como plantea Moyano (1995), la intervención de la guerrilla en los conflictos colectivos debilitaba, en lugar de reforzar, la combatividad popular. Muchas voces cuestionaron la pertinencia de remediar las disputas dentro de la clase obrera a través de la eliminación física de los dirigentes impugnados. Muchas otras señalaron que las actitudes tipo robinhood limitaban severamente la iniciativa de las bases. Los escarmientos, por otra parte, contribuían a abonar el desencuentro. En tanto las fuerzas militarizadas actuaban anónima y diversificadamente, eran los delegados y militantes locales quienes tenían que hacer frente a las reacciones de la patronal, la policía y las fuerzas parapoliciales. Contrariamente a lo esperado por los militantes armados, la represión no incrementó los niveles de protesta sino que paralizó toda forma de acción reivindicativa.

El paso a la clandestinidad tuvo, por otra parte, un alto costo para los militantes cercanos a la “Tendencia”. Aunque la organización retiró estratégicamente gran parte de sus cuadros, muchos de sus militantes de base se enteraron de la noticia por los diarios y fueron blancos móviles para la contraofensiva oficial.

Los embates de las fuerzas del orden y los obstáculos políticos intensificaron la militarización. Si bien la lucha armada se había concebido siempre como un procedimiento de desgaste destinado a viabilizar la insurrección de las masas, hacia comienzos de 1975, Montoneros abrigó la ilusión de anteponer a las Fuerzas Armadas regulares un Ejército propio. La reformulación de su estructura organizativa, la creación de un servicio de inteligencia y la disponibilidad de cuantiosos recursos económicos provistos por multimillonarios rescates incrementó el poderío militar de la organización. A finales de ese año, una incursión en una fábrica de armas Halcón les permitió comenzar a fabricar sus propias armas.

A diferencia de la alta selectividad que acompañaba cada asesinato antes de 1973, los crímenes vindicativos se convirtieron en las acciones más habituales de las organizaciones armadas. Protagonistas de la lucha “antisubversiva”, policías y militares fueron sus víctimas privilegiadas. Para quienes no accedían a la prensa de circulación restringida o quienes desconocían el pasado de los personajes asesinados, los atentados eran asimilados a los de las fuerzas parapoliciales y parecían remitir a una guerra privada entre profesionales de la violencia.

Los problemas de comunicación de las organizaciones armadas acentuaron la identificación con las fuerzas derechistas. A la clausura de sus principales medios<sup>197</sup> se agregó la penalización a periodistas y directores de diarios que publicaran información concerniente a las agrupaciones clandestinas. Durante 1974 los comentarios sobre operativos guerrilleros y asesinatos políticos dejaron de ocupar las secciones iniciales de los medios de prensa y los análisis de coyuntura para migrar a los apartados policiales e identificarse exclusivamente con la muerte y la violencia. En 1975, finalmente, se prohibió incluso pronunciar o editar información mencionando el nombre de los grupos armados.

Sumidas en su guerra a muerte con las fuerzas represivas y enfrentadas ideológicamente a las cúpulas gremiales, la izquierda radicalizada y Montoneros estuvieron totalmente ausentes del conflicto sindical de mayor envergadura de la década.

## 2. La Patria Sindicalista y la erosión del compromiso

En la cima del poder público, López Rega optó por una homogeneización del gabinete que terminara de conquistar los apoyos largamente acariciados. Así nombró a un nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, con el firme propósito de corregir drásticamente los defectos de las medidas puestas en práctica en mayo de 1973.

Tres días después de asumir su cargo, el 5 de junio de 1975, el nuevo ministro anunció una devaluación del peso del 100%, un incremento del combustible del 175% y aumentos semejantes en otros servicios públicos. Paralelamente, los contratos salariales fueron postergados sin mayores precisiones. Sindicatos y gobierno quedaron frente a frente. El avance del círculo presidencial dentro del gobierno y la radicalidad de las medidas tendientes a conquistar de un golpe la confianza del poder económico, presentaron a los gremialistas una profunda recomposición de la arena política y social. El estupor se adueñó de la sociedad y los trabajadores detuvieron sus actividades espontáneamente. Finalmente, la CGT convocó a un cese de actividades por 48 horas. Una ironía se popularizó: “La CGT adhirió al paro”. Esforzándose por conducir los reclamos, los sindicalistas terminaron por extenderlos a todo el país, inmovilizado por la medida de fuerza.

A lo largo de décadas de inestabilidad política y proscripción del peronismo, los grandes sindicatos habían aprendido a sacar provecho de la debilidad de los partidos políticos y la dispersión de las organizaciones empresarias. Al conspirar contra la consolidación de los programas económicos de austeridad, contribuían a profundizar la brecha entre sus adversarios para negociar pragmáticamente ventajas salariales. En este sentido, como bien ha postulado Torre (1989), la articulación económica y política del movimiento obrero argentino no tenía correlato en ninguna otra fuerza. La estrategia de presionar y negociar que había resultado exitosa desde los años '50 comenzó a desmoronarse por el rigor de la Revolución Argentina y la emergencia de corrientes renovadoras en el interior del país. La asunción del peronismo había contribuido a restituir las dirigencias tradicionales y devolverles poder dentro de la conducción del Estado pero la había impelido a disciplinar a sus bases como uno de los pilares del Pacto Social.

---

<sup>197</sup> *El Descamisado* y *Militancia* habían sido prohibidos en abril de 1974. *El Peronista* lo fue en junio, *Noticias* en agosto y *La Causa Peronista*, en septiembre.



La muerte de Perón restituyó a los sindicalistas el margen para desplegar una estrategia que les había resultado fecunda durante años. Pero, ni el Estado, ni la Sociedad, ni los propios sindicatos eran los mismos. La doble eclosión del peronismo y de los postulados de la alianza populista terminó de cristalizar en junio y julio de 1975.

Si el Cordobazo había alentado la disolución del consenso antiperonista, el derrotero del gobierno había propiciado una nueva convergencia. Tanto los acérrimos “gorilas” como los intelectuales más transigentes alcanzaron las mismas conclusiones: criticaron duramente al gobierno descreídos de su capacidad de rectificarse, se sintieron llamados a defender al capital y comenzaron a delinear un diagnóstico semejante de la crisis argentina. Aunque analíticamente discernibles, estos tres elementos se combinaron abigarradamente en las críticas analizadas. La principal imputación al gobierno era haber sido coptado por los gremios sindicales. Su intervención en la fijación de precios y salarios al mismo tiempo agresiva y errática atentaba contra los intereses empresarios y el capitalismo mismo. Esto era vinculado, a su vez, con una estructura estatal “predatoria” que incapaz de solventar la ineficiencia de sus empresas, se entregaba con un presupuesto altamente deficitario a la emisión y el endeudamiento.

Las banderas del peronismo y cada uno de sus slogans de campaña fueron ridiculizados por la derecha. Así, la SRA se preguntaba por el destino de la prometida “argentina potencia” y concluía que en su reemplazo el gobierno había ofrecido engaño, destrucción económica, conflictividad social y violencia.

“Promediando el año 1975, nuestra Patria aparece tan maltrecha como si hubiera soportado una larga guerra (...) Y el tiempo de la gran ficción termina por colocar a cada 99 habitantes de nuestro suelo a merced del que falta para llegar al cien, cuyo único bagaje consiste en ser el más perverso, el más inmoral o el más insano”<sup>198</sup>.

Estas apreciaciones sobre la gravedad de la situación eran compartidas por *La Prensa*. Llamada a su juego, la publicación de Paz negaba la pertinencia ideológica de las disputas entre peronistas y culpaba al gobierno y los sindicatos de la situación.<sup>199</sup> En efecto, la constatación de que el peronismo se debatía en luchas intestinas y se mostraba incapaz de resolver los problemas del país no hacían, para *La Prensa*, más que confirmar sus pronósticos.

“El problema que hoy enfrenta la ciudadanía no merecería ser rebajado al nivel de las consideraciones lineales, de los hechos fortuitos. Es mucho más arduo. Viene de lejos, de lastre, hunde sus raíces en el modo de ser entrañable del movimiento político que triunfó en 1946, en 1951 y en 1973 y se proyecta, a la manera de una cadena inacabable de errores, carencias e insuficiencias, sobre la amplia pantalla donde se perfila el desastre que hoy nos amenaza a todos por igual. Ahora se formulan críticas y se adoptan actitudes, cuya relativa virtud palidece ante el hecho capital de su demora”<sup>200</sup>.

Un tono semejante aunque menos partidista, era el asumido por el diario de Mitre,

<sup>198</sup> *Anales de la SRA*, año CIX, Nro. 6-7, junio/julio 1975, pág. 7.

<sup>199</sup> *La Prensa*, 29/6/75, pág. 4.

<sup>200</sup> *La Prensa*, 21/7/75, pág. 4.

“Los cuadros o diagnósticos resultantes de los análisis coyunturales que con relación a la situación de la economía han formulado en los últimos años las autoridades gubernamentales como los sectores representativos son reiterativos. Si innovan, sólo lo hacen, por una parte, en el sentido de acentuar progresivamente la gravedad del diagnóstico y, por otra parte, en los lapsos cada vez más cortos en que se formulan”<sup>201</sup>.

Un espíritu igualmente crítico hacia el gobierno ensayaba la revista *Criterio*. Los continuos reemplazos del elenco gubernamental, el aislamiento del círculo íntimo, la violencia política, el recrudecimiento de los conflictos gremiales y la generalizada corrupción de los funcionarios públicos eran enumerados sin aliento en un editorial de junio de 1975. En este escenario “miedo y temor: he aquí los protagonistas de nuestra historia”<sup>202</sup>.

La constatación de que se trataba de un problema de larga data y de creciente gravedad se agudizó cuando los liberales comprendieron que tras los enfrentamientos en el gobierno, los sindicatos habían quedado solos en la cumbre del Estado. Con una figura presidencial desgastada y maleable, los intelectuales de la derecha se espantaron del futuro de una sociedad atravesada por una crisis inédita de autoridad.

Las editoriales escandalizadas de Alsogaray acentuaban aún más el dramatismo. Frente a los últimos sucesos, el ingeniero anunciaba la llegada de la “dictadura sindical”.

“La CGT acaba de paralizar al país, y en una victoria a lo Pirro, obligó a claudicar al gobierno. (...) Pero ¿qué ocurrirá cuando no tenga más nada que dar y no pueda mantener ni siquiera un mínimo de orden económico?. ¿no será esa la oportunidad de que los propios sindicatos constituyan el gobierno? Tal vez sus actuales dirigentes no hayan pensado en eso, pero podrán aparecer otros líderes más decididos que, ocupando sus puestos intenten la aventura. Ya los sindicatos ocupan las más grandes organizaciones industriales del país y poco tendrían que esforzarse para extender ese dominio a todas las demás. Sólo que al proceder así no serán sindicatos sino soviets. Una posibilidad que a esta altura no podemos dejar de considerar”<sup>203</sup>.

*La Nación* con un estilo mucho más sereno, arribaba a las mismas conclusiones,

“Quienes manejan la central obrera aparecen hoy como los vencedores en la pugna sostenida con la línea política que en el gobierno encabezó el ex ministro de Bienestar Social. Su victoria proviene en efecto de una huelga general, a la que en no poca medida fueron empujados por los factores exasperantes de una errónea política oficial. (...) Ha llegado el momento en que es una fúnebre fantasía hablar de la distribución de lo que el país no produce.(...) La verdad es más triste de lo que suele decirse y no vale la pena disimularla con la vieja fraseología de la demagogia”<sup>204</sup>.

Floria, menos refractario al mundo gremial, también temía su hegemonía. Haciendo gala de sus dotes políticas, el comentarista se permitía acercarle una sugerencia: quien intenta imponer su perspectiva sobre la sociedad podía incurrir “en el pecado de la soberbia. Y a la soberbia de los solitarios los argentinos terminan por responder con la oposición de los solidarios”<sup>205</sup>.

<sup>201</sup> *La Nación*, 16/6/75, pág. 8.

<sup>202</sup> *Criterio*, 12/6/75, págs. 291-293.

<sup>203</sup> Alsogaray, A. : “¡Ciertamente estamos en una encrucijada !”, en *La Prensa*, 15/7/75, pág. 4 y 5.

<sup>204</sup> *La Nación*, 16/7/75, pág. 8.

<sup>205</sup> Floria, Carlos: “Poder sindical y poder político”, en *Carta Política*, Año II, Nro. 26, invierno de 1975, pág. 19. Ideas semejantes se vierten en Floria, Carlos: “La ambigua victoria”, en *La Opinión*, 10/7/75, pág. 3.

Sin eufemismos, las plumas liberales se lanzaron a la defensa de los empresarios y sectores dirigentes. Para estos intelectuales, las políticas económicas, los embates guerrilleros y la “intransigencia” de los jefes sindicales ponían en peligro la supervivencia misma de este grupo.

Así, *Criterio* se lamentaba de la inseguridad física a la que estaban sometidos quienes detentaban responsabilidades sociales. Los líderes sociales eran cada día más conscientes de que “...en su actividad les va la vida y que la muerte es hoy en la Argentina un factor cotidiano...”<sup>206</sup>. Tras el enfrentamiento abierto entre sindicatos y gobierno y la renuncia del círculo presidencial, la publicación católica auguraba una “victoria pírrica”: los sindicalistas habían logrado ponerse a la cabeza de los intereses de sus bases pero al hacerlo habían herido la unidad elemental del movimiento.

Enfrentada al gobierno con asiduidad a causa de los diversos proyectos de reforma agraria, la SRA se lamentaba en 1975 de que la “actual política de precios...ha llevado al borde de la quiebra a auténticos y honestos productores y empresarios de todos los sectores de la economía”<sup>207</sup>.

Por su parte, un colaborador de *La Prensa* comprobaba que se estaba alcanzado el último paso que restaba en el camino de la socialización: “la liquidación por vía del debilitamiento económico de la empresa privada”

“Tal vez no hubo la deliberada intención de matar por asfixia a este último reducto de nuestras formas de vida. Pero lo cierto es que el 80 por ciento de las empresas privadas argentinas están al borde de la quiebra”<sup>208</sup>.

La visión del diario de Paz era semejante. Tanto éste como el diario de Mitre se ufanaban en defender a los empresarios de las amenazas esgrimidas por el gobierno en torno a los especuladores y el mercado negro. Para *La Prensa*, estos eran

“...los últimos recursos que una comunidad perseguida por absurdas medidas gubernativas, encuentra para proveerse de lo que es indispensable, y los empresarios y productores de los elementos para seguir produciendo”<sup>209</sup>.

En este contexto, el matutino concluía que podía perseguirse a empresarios o industriales, pero “a los precios y los costos nunca logró encarcelarlos nadie”<sup>210</sup>.

De un modo convergente, *La Nación* intentaba persuadir a su auditorio que un sistema económico no podía sostenerse si distribuía sin producir. Sus argumentos se desvelaron por rebatir la falsa incompatibilidad entre los intereses de trabajadores y empresarios, defendiendo a éstos de una mentalidad que

“cree -a menudo en forma casi irracional- que toda organización empresaria privada, por el solo hecho de serlo, está inclinada hacia ilegítimos afanes de lucro desmedido o hacia procedimientos

<sup>206</sup> *Criterio*, 12/6/75, págs. 291-293.

<sup>207</sup> Documento de la entidad dado a conocer el 5 de junio de 1975 puede consultarse Memorias de la SRA, año 1975, pág. 95.

<sup>208</sup> Tagle, M. : “¿Qué se ha hecho de la riqueza argentina ?”, en *La Prensa*, 30/7/75, pág. 4.

<sup>209</sup> *La Prensa*, 5/6/75, pág. 4.

<sup>210</sup> *La Prensa*, 30/7/75, pág. 4.

reñidos con las normas éticas [los empresarios se ven sometidos a] una especie de jaqueo psicológico permanente, en el cual desgastan gran parte de sus energías y de sus impulsos creadores (...)La actividad empresarial es, en principio y hasta tanto se pueda demostrar formalmente y en cada caso particular lo contrario, una parte legítima de la vida social. Sus afanes de lucro, de expansión y de renovación son una función necesaria para el progreso general de la sociedad”<sup>211</sup>

Los sucesos de la hora llevaban al matutino a lamentarse porque

“Hará falta un largo lapso para eliminar el persistente sofisma que ha hecho creer a la mayoría de nuestra población que nuestro aparato productivo puede sobrevivir -como el gusano uníviro de los gnósticos, que se alimenta de su propia cola- sobre la base de un sistema de canibalismo económico, en el cual la prosperidad de un sector se nutre no de su propia productividad sino de la substancia de los demás”<sup>212</sup>.

También Neustadt detectaba el “jaqueo psicológico” al que se sometía a empresarios e industriales y se lamentaba de su pasividad. En un editorial titulado “En la Cruz y sin gloria” afirmaba que

“El empresario se quedó sin voz. Entre la muerte silenciosa y la muerte en un acto de sinceridad, defendiendo sus esquemas de vida, su actividad privada, optó por callar. Ha sido masificado y algunos casi convencidos de que ‘son malvados’ al levantar industrias...Mudos: igual no les sirve; los agravian, los destruyen, los secuestran, los asesinan. Pero ‘en silencio’. Van a la cruz, como Jesús. Pero sin gloria. Porque su sacrificio no tiene prensa”<sup>213</sup>.

Con este diagnóstico, el cronista se preocupó por reflexionar sobre las clases dirigentes locales y llamarlas a la acción. Desde mediados de 1975, las reflexiones que reproducía en *Extra* se esforzaron por identificar todos aquellos indicios (la más de las veces, imaginarios) de la emergencia de este actor largamente esperado<sup>214</sup>.

La misma vocación a la vez conciliadora y reivindicativa ensayaba la revista de la Sociedad Rural

“Ni el capital puede prosperar sin el trabajo, ni el trabajo puede prosperar sin el capital. Alejar a uno u otro de la mesa de las decisiones trascendentales, solo puede dar egoístas satisfacciones pasajeras”<sup>215</sup>.

En este contexto, el responsable era quien supuestamente había inaugurado treinta años atrás, la “era del dirigismo”. Preocupados por despertar a la acción a quienes contemplaban “pasivos” el avance de los sindicatos, los intelectuales más intransigentes insistían en la convergencia de empresarios y propietarios en torno al liberalismo. Otros, que se habían mostrado más críticos frente a esta corriente ideológica, postulaban una distinción entre el realismo, base elemental de toda conducción económica eficiente, y el

<sup>211</sup> Todas las citas corresponden a la editorial de *La Nación*, 6/6/75, pág. 8.

<sup>212</sup> *La Nación*, 26/6/75, pág. 8

<sup>213</sup> Neustadt, B. : “En la Cruz, y sin gloria. Documento para ser leído en el año 2000”, en *Extra*, Nro. 125, noviembre 1975.

<sup>214</sup> Además de todos sus editoriales de la época, se puede consultar la encuesta publicada con el título “Se precisa clase dirigente” en *Extra*, Año IX, Nro. 126, diciembre de 1975.

<sup>215</sup> *Anales de la SRA*, Año CIX, Nro. 1-2, enero/febrero 1975, pág. 5.

credo liberal que todavía rechazaban<sup>216</sup>. Más allá de estas distinciones terminológicas, los diagnósticos y propuestas eran semejantes.

Al juzgar los resultados del paro empresario del cual participara la corporación, la SRA concluyó con regocijo que había quedado demostrado que los empresarios locales adscribían a los principios esbozados por Smith

“...la inmensa mayoría del empresariado argentino cree y participa de los mismos ideales que permitieron a nuestra Patria alcanzar en otra época una altísima posición en el concierto universal de naciones. Esto significa que para ese empresariado los principios de la libertad, la democracia verdadera y del libre juego de la iniciativa privada tienen plena vigencia”<sup>217</sup>.

Tagle, por su parte, se mostraba convencido de que la mejor lección que podía dejar esta experiencia era la certeza de que “el liberalismo no tiene la culpa”,

“Quienes aspiran ahora a reformar la constitución imputando a instituciones hace tres décadas desahuciadas nuestros infortunios, habrán que limitarse a exhumar su cadáver para inferirle nuevas puñaladas, en un acto de ensañamiento póstumo del que su honrosa memoria debería preservarla. Estamos frente a un caso típico de equivocación judicial: se condena al muerto, por añadidura inocente, y se absuelve y vigoriza aún más al homicida: los contraideales colectivistas vigentes sin solución de continuidad desde aquella remota época”<sup>218</sup>.

Las críticas se despegaron entonces de las cuestiones estrictamente políticas para incursionar en análisis más estructurales. El Estado intervencionista y no ya el peronista se convirtió en destinatario de algunos comentarios encendidos.

En un documento en el cual la SRA reflexionaba sobre los resultados del paro ganadero, la corporación ensayó una dura crítica al modelo económico vigente:

“Un sistema equivocado basado en un creciente intervencionismo estatal, que en las últimas décadas ha demostrado repetidamente su fracaso, ha llevado a los extremos actuales de empobrecimiento general y de una inflación nunca vivida, con su secuela de especulación e inmoralidad que lleva a la descomposición económico-social, y a las gravísimas situaciones del sector externo”<sup>219</sup>.

Del mismo modo, en una asamblea en la cual participó la Sociedad Rural, los empresarios congregados concluían

“...el momento nacional exigía la unidad de criterios de todo el empresariado, para frenar el avance de los poderes del Estado sobre la actividad privada y el estilo de vida deberá ser defendido ‘para poder legar a nuestros hijos y a nuestros nietos la concepción de convivencia con la siempre nosotros hemos soñado’”<sup>220</sup>.

Atemorizado por el crecimiento del Estado, Neustadt afirmaba,

<sup>216</sup> Como ejemplo de esta posición: Grondona, Mariano: “El nuevo esquema económico se diferencia del liberal”, en *La Opinión*, 7/6/75, pág. 10.

<sup>217</sup> *Anales de la SRA*, año CIX, Nro. 11-12, noviembre/diciembre 1975, pág. 5.

<sup>218</sup> Tagle, M: “Esta vez el liberalismo no tiene la culpa”, en *La Prensa*, 14/6/75, pág. 4.

<sup>219</sup> Documento publicado por la SRA el 15/10/75, puede consultarse en la Memoria de la SRA, año 1975, pág. 61.

<sup>220</sup> Declaraciones emitidas por miembros de la APEGE reunidos en Córdoba el 13/12/75. Puede consultarse en Memorias de la SRA, año 1975, pág. 73.

“El problema no es el capital sino la falta de capital, solía decir Marx. (...) No podemos andar a caballo de dos sistemas al mismo tiempo : o montamos bien sobre el régimen capitalista y desde el Poder se fijan líneas claras o directamente vamos al socialismo de Estado dentro de un ámbito de desfiguración”<sup>221</sup>.

En el caso del matutino de Paz, atento a identificar no sólo peronismo y comunismo sino también políticas keynesianas y soviéticas, la intervención estatal era condenada principalmente por la inflación, resultado de la fijación de precios y el desorden externo y fiscal. Introduciendo algunas líneas de acción que serían profundizadas con el correr del tiempo el diario concluía

“Todo este régimen económico destructivo y corruptor, porque nada corrompe y destruye tanto como la inflación, reposa sobre el sistema de precios compulsivos. Si no se inicia una política de liberalización de precios y, por supuesto, si al mismo tiempo no se reduce el presupuesto, no se privatizan empresas nacionalizadas y se somete a las que continúen siendo estatales a la ley de la libre competencia, si no aumenta la productividad, en una palabra si no se abandona la demagogia, el dirigismo y los controles, la crisis económica adquirirá nuevo impulso”<sup>222</sup>.

La gravedad de la crisis gubernamental, la legitimidad de los intereses empresarios, la “verdad económica del liberalismo” era supuestos compartidos por gran parte de los enunciadores analizados. En este escenario enrarecido la pregunta evidente era la terapéutica propuesta.

Hayek<sup>223</sup>, Smith<sup>224</sup>, Holtrop y Friedman<sup>225</sup> fueron evocados a la hora de ensayar explicaciones y propuestas sobre la realidad argentina. Más allá de las invocaciones alborotadas de *La Prensa* y sus colaboradores, las recetas fueron o bien extremadamente elusivas o bien poco originales.

Los liberales identificaban indicios de la crisis poco novedosos: alta inflación, déficit del balance de pagos, déficit presupuestario, desabastecimiento y mercados negros, paralización del aparato productivo, reducción de las transacciones comerciales y detrás de todas ellas, la carencia de un mecanismo eficaz para la fijación de precios y salarios.

Dentro de este conjunto de señales desalentadoras había una mencionada con mayor terror: la posibilidad de que el país quedara frente a la cesación de pagos de sus compromisos internacionales. La virtual violación de los acuerdos financieros con el exterior escandalizaban a los liberales quienes recalcaban su carácter inédito e insistían en señalarlo como el ejemplo más acabado de la decadencia argentina.

Entremezcladas, tres conjuntos de sugerencias pueden ser distinguidas. En primer lugar, la invocación a la moralidad, el espíritu patriótico, la ecuanimidad y el esfuerzo de los “hombres de bien” llenaron los editoriales. Era aquello que los liberales concebían como la contracara del mundo peronista y que intuían podía ordenar y encauzar el manejo de la economía y la administración pública. “Transparencia” y “saneamiento económico”

<sup>221</sup> Neustadt, B. : “¿De qué escribo ?”, en *Extra*, año X, nro. 110, agosto 1974, pág. 13.

<sup>222</sup> *La Prensa*, 15/6/75, pág. 6.

<sup>223</sup> Sanchez Sañudo, C : “Hayek y la actualidad económica”, en *La Prensa*, 18/6/75, pág. 4.

<sup>224</sup> Río, M. : “La teoría de la sociedad de mercado y el régimen social justo”, en *La Prensa*, 13/6/75, pág. 4.

<sup>225</sup> Los dos últimos mencionados en Tagle, M. : “Las verdaderas causas del déficit exterior”, en *la Prensa*, 2/7/75, pág. 4.

aparecieron como valores fundamentales. Militares y empresarios sintetizaban, para estos intelectuales, el conjunto de virtudes que el país esperaba con ansiedad.

En segundo lugar, la contención de los reclamos sindicales y la disciplina laboral, la estabilización económica que viabilizara cálculos de mediano y largo plazo y el incentivo de las inversiones extranjeras se combinaban con el respeto de la libre empresa y el autolimitamiento del Estado como requisitos para normalizar el capitalismo argentino e inspirar confianza al empresariado.

Si como afirmaban los liberales, la productividad era el único camino para el desarrollo nacional<sup>226</sup>, el crecimiento económico debía sobreponerse a la distribución. Sólo así podría subsanarse la brecha entre la capacidad de venta de la economía y la capacidad de compra de la población. Persistiendo en una afirmación que inundaría los discursos de las décadas siguientes, *La Nación* enfatizaba el reinado de la economía y denostaba las “excesivas presiones impuestas por la política y la presión social”<sup>227</sup>.

Neustadt insistía con la misma idea: “La culpa es de quienes invocando al peronismo eligieron el camino más fácil: distribuir sin crear”<sup>228</sup>.

Finalmente, partiendo del supuesto de que la Argentina había abandonado los patrones liberales para someterse a 30 años de “intervencionismo”, los liberales volvían a invocar las fórmulas que habían estado implícitas en todos los planes de estabilización puestos en marcha a lo largo de las últimas décadas. En efecto, la contención del gasto público y la inflación, la eficientización de las empresas públicas, el aumento de la productividad, el abandono de la emisión sin respaldo no eran imperativos novedosos en la Argentina de los años '70.

En efecto, a la hora de las prescripciones, los discursos eran bien conocidos

“Hay que encontrar la forma de utilizar el equipo productivo físico capaz de abastecer normalmente a la población, que no ha dejado de existir. Hay que encontrar la forma de utilizar la capacidad de trabajo de los argentinos. Es necesario lograr la participación extranjera en nuestro bienestar. Hay que cuidar la situación de las clases pasivas. Todo esto será necesario en el período de transición, que no debe durar más de dos años, hasta llegar a la normalidad económica (con defectos, con dificultades y con problemas normales) que resultará de un manejo adecuado y coherente de la política fiscal y monetaria”<sup>229</sup>.

Pero el punto central estaba en la fijación de precios y salarios. La incapacidad del gobierno justicialista de ubicarse por encima de los intereses sociales en pugna, la amenaza que fijaciones arbitrarias podían suponer para la continuidad de la empresa privada y las consecuencias desestabilizantes sobre otras variables económicas tales como la inflación y el déficit fiscal explican la atención que este tema despertada en los liberales.

Frente a un peronismo escindido y anonadado, los empresarios salieron a defenderse de las amenazas con que el gobierno intentaba combatir el mercado negro. Las principales

<sup>226</sup> *La Nación*, 1/6/75, pág. 8.

<sup>227</sup> *La Nación*, 16/6/75, pág. 8.

<sup>228</sup> Neustadt, B. : “No había golpistas : los fabricó el gobierno”, en *Extra*, año XII, Nro. 129, marzo 1976, pág. 5.

<sup>229</sup> *La Nación*, 3/7/75, pág. 8.

corporaciones del capital se unieron en la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE) cuyo explícito objetivo era oponerse al gobierno constitucional. Su núcleo organizador estuvo constituido por la Sociedad Rural Argentina, las Confederaciones Rurales Argentinas, la Cámara Argentina de Comercio, la Unión Comercial Argentina, la Cámara Argentina de la Construcción y otras entidades empresarias. La Unión Industrial Argentina, aunque con profundas disidencias, se mantuvo dentro de la Confederación General Económica.

En suma, ya hacia mediados de 1975 la atención de estos intelectuales se cifraba, sobre todo, en el derrotero del gobierno justicialista y en las demandas de los sindicatos. No era el desafío impuesto por la lucha armada sino la amenaza sindical a la continuidad del capitalismo argentino lo que estaba en cuestión. La consolidación de un esquema social que conspiraba contra la “ética del esfuerzo y el sacrificio”, el “canibalismo económico” que distribuía sin crecer y el desequilibrio de un manejo de variables económicas se entrelazaban, según los representantes de la derecha, en las dificultades para fijar precios y salarios. Eran justamente estas dificultades y la “voracidad” gremial lo que se percibía como principal desafío al orden y la propiedad.

Tal como hemos reseñado, todo un arsenal de argumentos se descargó sobre el gobierno, los sindicatos y la violencia clandestina. En un extremo del arco político, la irresponsabilidad, el infantilismo, la voracidad de los apetitos políticos, la prepotencia, el cortoplacismo, la corrupción... En el antitético, ya comenzaba a perfilarse la contracara: con timidez algunas, regocijadas otras por el momento que tanto habían estado esperando, las plumas de la derecha volvieron su mirada a las Fuerzas Armadas. De a poco, reconocerían en ellas el acervo de valores ahora cuestionados: la conciencia patriótica, el bien común, la salud económica y política de la nación, la entrega desinteresada hasta la inmoción, el orden, la moral. Empresarios y militares impugnados a fines de los ‘60 volvían triunfantes al centro de la escena. Ciertamente, el golpe estaba en marcha.

### 3. La recomposición y la búsqueda de la coherencia blindada

El cimbronazo de julio dejó a una Isabel demacrada y disfónica al frente del Estado. Los sindicalistas se abroquelaron detrás de su nombre invocando como nunca una inflexible lealtad.

Tras la recomposición, gobierno y sindicatos se esforzaron por contrarrestar la embestida de sus adversarios. Un diputado nacional por Santa Fe recordaba que el peronismo había sido “la única valla impuesta al avance del comunismo en la Argentina” y que la suerte del país no admitía chicanas golpistas. Otro legislador concluía que quienes criticaban el plan de Rodrigo eran los mismos que habían adscripto a sus postulados durante décadas. Al comentar las palabras de Alsogaray que auguraban el “imperialismo sindical”, el secretario del Sindicato Argentino de Obreros Navales, reafirmaba la alianza de clases que subyacía al proyecto justicialista y constataba la voluntad del ingeniero de socavarla<sup>230</sup>.

Tras la sucesión de otros dos ministros de Hacienda, Antonio Cafiero alcanzó la titularidad de la cartera. En sus discursos seminales, de agosto de 1975, el nuevo ministro

<sup>230</sup> “Legisladores peronistas responden a una nota de Alsogaray”, *La Opinión*, 17/7/75, pág. 3.



prometió el final de los shocks económicos y de los “palos a ciegas”. Con él, pretendía restituirse la sensatez y el gradualismo. El 13 de septiembre, Isabel Perón se alejó de sus funciones con una licencia y delegó la presidencia en Ítalo Luder. Una coalición de políticos y sindicalistas moderados intentaba recobrar la iniciativa y conjurar el golpe.

La APEGE, no obstante, fue desplazando a la CGE y convirtiéndose en el interlocutor crítico del gobierno. A las acusaciones de autoritarismo sindical y reclamos artificiales por parte de la derecha antiperonista, se oponían las advertencias del gobierno contra el mercado negro y la condena al “terrorismo económico”. Como señal indudable de impotencia, los funcionarios públicos lanzaban amenazas a los empresarios, pero se mostraban incapaces de frenar el desabastecimiento y controlar la fijación de los precios. En septiembre, los propietarios rurales lanzaron un paro que interrumpió los envíos de hacienda a las subastas. Meses más tarde, una segunda medida de fuerza afectó el abastecimiento de la población. Las tensiones entre sindicalistas y políticos, entretanto, conspiraban contra la estabilización económica prometida.

Desde el arco político opositor, Balbín reafirmaba su ofrecimiento a colaborar con el gobierno. Los técnicos radicales acercaron propuestas al equipo económico que reeditaban los lineamientos del plan implementado 1973, pero asignaban un papel más importante al agro. Sus sugerencias, por cierto poco originales, no prosperaron.

El acercamiento a los militares tampoco había sido fructífero para el gobierno. Los supuestos del “profesionalismo integrado” que asignaban a los militares amplios márgenes en la lucha “antisubversiva” pero les impedía intervenir en el funcionamiento institucional del país, no habían sido respetados por ninguna de las partes. Las Fuerzas Armadas presionaron para marginar a López Rega, al tiempo que el gobierno exigió un compromiso más explícito de la institución castrense con la presidenta. En agosto de 1975, sobrevino una crisis interna que redundó en el alejamiento de Numa Laplane y en la reafirmación de la prescindencia militar. Las instituciones castrenses que habían sabido recobrar su legitimidad mellada de la mano del peronismo, ahora se despegaban de él para alzar vuelo propio. Empeñado en reeditar la alianza entre el Pueblo y las Fuerzas Armadas, el gobierno de Isabel no atinó a asentarse en otros sectores para enfrentar con autoridad las prerrogativas y exigencias militares.

En octubre, Isabel reasumió la presidencia y disipó el tibio optimismo de quienes apostaban a una recomposición dentro del régimen. Días más tarde, se producía el levantamiento de la Aeronáutica. El brigadier Orlando Capellini, secundado por soldados portando grandes cruces, se alzó en Morón. En sintonía con Victorio Bonamín, provicario castrense, las fuerzas que lo acompañaban en esa asonada creían que “la Nación” les exigía un tributo de “ejemplaridad”. En palabras del sacerdote, los militares no podían seguir velando “el festín de los corruptos”<sup>231</sup>. El comunicado del líder rebelde era contundente: las Fuerzas Armadas consideraban agotado el proceso político que “ha devastado al país” y que lo había sumido en “un esquema de desquicio económico, crisis moral y disolución social”<sup>232</sup>.

---

<sup>231</sup> Citado por Kandel y Monteverde (1976, pág. 121).

<sup>232</sup> Idem, pág. 141.

Haciendo gala de su prescindencia, Videla declaró a la prensa que deseaba que los argentinos resolvieran sus problemas mediante consultas electorales. El 23 de diciembre se hizo público el final del conflicto. La prensa contribuyó a difundir la imagen de que la sensatez y el decoro de las Fuerzas Armadas habían evitado males mayores y que sus generales habían extendido un último crédito al gobierno. La noche de Navidad y pretendiendo dar muestras de entrega profesional a la patria, Videla lanzó, desde Tucumán, su postrera advertencia.

“...miramos consternados nuestro alrededor y observamos con pena pero con la sana rabia del verdadero soldado, las incongruentes dificultades en que se debate el país, sin avizorarse solución. Frente a estas tinieblas, la hora del despertar del pueblo argentino ha llegado. La paz no sólo se ruega, la felicidad no sólo se espera, sino que también se ganan”<sup>233</sup>.

La intervención militar había comenzado la cuenta regresiva.

En este clima, *La Nación* se ufana por enfatizar la estatura moral de las Fuerzas Armadas y apoyar sus acciones contra la guerrilla. Las declaraciones de sacerdotes católicos eran señaladas como muestras del sostén que la Iglesia prestaba a los hombres del Ejército. Luego del levantamiento de la Aeronáutica, el matutino de Mitre identificó dos líneas dentro de la institución. Mientras algunos militares se mantenían en la tesis de la profesionalidad, otros revelaban una “suerte de fatiga moral ante las sucesivas frustraciones, anchos vacíos de poder y desapegos hacia las costumbres de la vida republicana”. Era esta fatiga la que, según el editorialista, había precipitado los sucesos. Reconociendo la adscripción del periódico a la normalidad institucional y su rechazo a los golpes de Estado, el matutino concluía, no obstante, que debían sincerarse sobre la gravedad de la hora. En sus últimas líneas, *La Nación* le hablaba a los militares: sin unidad y coherencia “no hay instituciones fuertes ni definiciones fecundas”<sup>234</sup>.

Si el levantamiento no había precipitado una ruptura era, según el diario de Mitre, gracias al sentido de responsabilidad y moderación de las dirigencias militares. En contraposición, el Poder Ejecutivo no sólo había adoptado una actitud pasiva sino que además había desoído el “sentido genuino” del radiograma de Videla<sup>235</sup>.

Frente a la crisis militar, *La Prensa* alcanzó conclusiones semejantes. Aunque de carácter inoportuno, el levantamiento de la Aeronáutica era, para el medio, expresión de una ansiedad pública que no encontraba eco en el gobierno. Más que en el derrotero del suceso, el diario de Paz se centró en el tratamiento de la noticia desde las esferas oficiales. Burlándose de un elenco gubernamental impotente que se anticipaba a “formular declaraciones que los presentan como autores directos de una solución no alcanzada”, el matutino proclamaba el carácter perverso y mistificador del discurso oficial.

“El abuso profesional de la propaganda, sin respeto por la realidad tiene un riesgo: llega una hora en que no se renuncia a ningún argumento ni se pierde un minuto para convertirlo en panegírico de resonancia pública. Después empieza a sonar el bombo callejero”.

<sup>233</sup> Mensaje del general Videla en la Nochebuena de 1975, transcripto por Izcovitz (1985, pág. 88).

<sup>234</sup> *La Nación*, 20/12/75, pág. 8.

<sup>235</sup> *La Nación*, 21/12/75, pág. 8.

La invocación era semejante a la pronunciada por su colega centenario, “nada debe considerarse tan importante como la unidad de las Fuerzas Armadas”<sup>236</sup>.

También Floria tomaba el levantamiento como excusa para examinar los vicios del gobierno. Tras reafirmar la necesidad de la coherencia militar y el apoyo mayoritario de la institución a la República, el analista concluía que el poder castrense había ganado espacio político por los errores del gobierno y muy a pesar de la vocación prescindente de los hombres armados<sup>237</sup>.

Pero 1975 no concluiría sin un nuevo sobresalto. A fines de diciembre, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) intentó el copamiento del Batallón de Depósito de Arsenales 601, en las inmediaciones de Monte Chingolo. El operativo fue, por sus características generales (sincronización, cantidad de efectivos y armamento, espacio de operaciones y objetivos) una de las acciones armadas de mayor magnitud en la historia del país. A diferencia de las condenas escandalizadas y temerosas del pasado, el acontecimiento no mereció más que una o dos editoriales y se convirtió en un argumento más para criticar al gobierno y halagar las pericias castrenses.

De cara a los sucesos, *La Nación* descubrió uno más de “los tremendos fracasos de las organizaciones del terror, del mismo modo que suponen el afianzamiento de las operaciones militares, apoyadas por la policía”. El matutino desconocía si “ha empezado el período de aniquilamiento total de las huestes terroristas”, de lo que estaba seguro era de que estaban entregadas a “errores garrafales de táctica”. La condena generalizada de la población constituía, desde su punto de vista, un hecho<sup>238</sup>.

*La Prensa* se vanaglorió, otra vez, de haber sido una de las voces más consecuentes en la condena de la guerrilla. Pero ahora, el relato minucioso de la crueldad de los participantes (tan característico del pasado) era sustituido por el énfasis en la capacidad y la destreza de los militantes. El rechazo de la comunidad también era afirmado con beneplácito<sup>239</sup>.

Del mismo modo, Neustadt se congratulaba de la precisión y eficiencia de las Fuerzas Armadas: “los militares que devolvieron la democracia institucional colocaron a los delincuentes subversivos a disposición de la Justicia y en las cárceles”<sup>240</sup>.

La revista *Criterio* que había dedicado su número especial de diciembre a reflexionar sobre “la propiedad (privada)”, inauguró sus reflexiones del año siguiente con un comentario sobre “La guerra y la paz”. No hubo análisis específicos sobre el alzamiento militar ni sobre el operativo del ERP, en cambio, la publicación dio por supuesta la legitimidad de la lucha “antisubversiva” y derivó dos sugerencias para el futuro: en primer lugar, era indispensable guiar el combate por los principios cristianos, cuidando que la vida del hombre y su dignidad estuvieran siempre por encima de todo; por el otro, era menester

<sup>236</sup> *La Prensa*, 22/12/75, pág. 4.

<sup>237</sup> Floria, Carlos: “A la ausencia de autoridad se suma la presencia de poderes no coincidentes”, en *La Opinión*, 8/12/75, pág. 3 y Floria, Carlos: “El problema militar y la cuestión política”, en *La Opinión*, 22/12/75, pág. 4.

<sup>238</sup> *La Nación*, 26/12/75, pág. 6.

<sup>239</sup> *La Prensa*, 26/12/75, pág. 6.

<sup>240</sup> Neustadt, Bernardo: “El año inolvidable”, en *Extra*, Año XII, Nro. 127, enero de 1976.

evitar confundir a la política y la religión. En contraste con el nacionalismo fascistizante, *Criterio* se negaba a homologar represión y “guerra santa”.

Acorralado, el gobierno seguía empeñado en conquistar a las Fuerzas Armadas para eludir la ruptura institucional. Con el argumento de que el justicialismo era un “aliado natural de las fuerzas del orden” y comprometiéndose a endurecer más y más la lucha contra la subversión, los ocupantes del Estado imploraban a los tres Comandantes y les ofrecían todo tipo de concesiones.

La definición de “terrorismo” y “subversión”, entretanto, se había vuelto tal laxa que la represión ya no podía ser ejecutada por peronistas. Desde el gobierno, políticos y jefes gremiales habían contribuido a englobar a nuevos y variados enemigos dentro de esos términos. El ministro de Trabajo, Carlos Ruckauf, calificaba a los empresarios de “guerrilleros” aclarando que se refería a aquellos que colaboraban con “hechos foquistas” y alentaban el desabastecimiento. Frente a versiones de renuncia, la presidenta se alzaba contra los “rumores difamatorios” y el “terrorismo periodístico”. Finalmente, Balbín proclamaba que no sólo había que combatir a la guerrilla política sino también al “terrorismo industrial” que conspira contra el trabajo y la producción. De este modo, aun desde el discurso de quienes se ubicaban como soportes del orden constitucional, la guerrilla era localizada indiscriminadamente en todas las esferas de la realidad nacional. La latitud de la noción también era productiva para la derecha.

De pronto, los intelectuales del orden que había sufrido amnesia durante la presidencia de Perón, recordaron la responsabilidad del líder en la emergencia de “formaciones especiales”. En efecto, la inseguridad propiciada por la guerrilla no remitían sólo a sus acciones sino también a la culpa e impotencia del elenco gubernamental. Los embates de las organizaciones armadas no eran siquiera una de las preocupaciones centrales de la hora. La crisis económica, la decadencia moral, el desquicio administrativo, la corrupción de los funcionarios públicos y las demandas gremiales nutrían las críticas de los intelectuales del orden y alimentaban la imagen de una “sociedad enferma”. En este contexto, un comentarista de *La Prensa* homologaba corrupción a subversión y concluía

“En fin, el país está corrompido porque se han subvertido los valores, incluida la verdad histórica. Y corruptores o subversivos no son sólo estos o aquellos sino todos los que por acción u omisión, antes y ahora, nos han llevado a esta situación. Así clama la escritura cada vez que inicia la destrucción de Sodoma y la ira implacable y justiciera de Yahvé”<sup>241</sup>.

Revelando un conocimiento exhaustivo de las normas constitucionales, Osiris Villegas enumeraba el funcionamiento correcto de “las instituciones” y concluía que para recuperarlas de su debacle era indispensable restituir los “principios y bases morales” que les sirven de fundamento<sup>242</sup>. Poco más tarde, el asesor de Onganía afirmaba que el gran problema del país radicaba en la “indisciplina social”. La “subversión”, ciertamente, estaba para el analista en el trasfondo de esta cuestión. Ella era, no obstante, sólo un aspecto de la problema. El gobierno no podría solucionarla sólo con represión, “la inoperancia, el enrarecimiento del clima social y la crisis económica” llevaban a la República a asumir

<sup>241</sup> García Venturini, Jorge: “Corrupción y subversión”, en *La Prensa*, 5/12/75, pág. 6.

<sup>242</sup> Villegas, Osiris: “Las Instituciones”, en *Extra*, Año XI, Nro. 124, octubre de 1975.

actitudes claras y, sin decirlo estaba claro, estas actitudes no podían provenir de un gobierno al borde de la “anarquía”<sup>243</sup>.

La negación del carácter democrático y representativo del gobierno peronista fue uno de los operativos ideológicos urdidos a lo largo de 1975. Las instituciones de la Nación no podían identificarse, para la derecha, con ese elenco “improvisado” y “corrupto” que ocupaba el Estado. El detalle velado es que al criticar a esos funcionarios, las usinas del orden jamás recuperaban como figuras moralmente ejemplares a otros protagonistas del régimen político. El vaciamiento democrático del gobierno bien podía constituirse en un argumento para su caída.

#### 4. Requiem para un final

Con una espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza, el gobierno trató en vano de recomponerse y aplazar el golpe. ¿Quién estaría dispuesto a cargar con los costos de una reducción drástica de los salarios o de una recomposición política aguda si la caída era inminente? ¿A qué viabilidad podía aspirar una rectificación si el país se había detenido en espera de los tanques y las botas?

La conmoción de la agonía intensificó la lucha entre los peronistas que aún ocupaban el Estado. Una nueva recomposición palaciega devolvió a ciertas figuras del círculo lopezrreguista al centro de la escena. Una vez más, la presidencia se apoyaba en su entorno madrileño para desplazar a los jefes gremiales y satisfacer las exigencias de los militares. Todos los intentos eran vanos.

En el plano económico, las organizaciones del capital no ofrecían tregua. A principios de 1976, la APEGE organizó un “lock-out” patronal de significativo éxito. Las proclamas de apoyo al empresariado que había alcanzado el paroxismo en julio de 1975 volvieron a poblar las editoriales de los principales medios. Los sindicalistas indignados se quejaron de la usurpación de su medida de fuerza.

Las declaraciones golpistas se sucedieron al tiempo que un conjunto de instituciones cívico militares *sui generis* llenaban de solicitadas las páginas de los principales matutinos. En ellas se repetía una fórmula conocida: mientras se pedía a gritos el golpe se invocaba la “lucha por el restablecimiento y la vigencia de los principios inmutables consagrados por la Constitución Nacional de 1853”<sup>244</sup>.

A las puertas del golpe, Balbín solicitó la emisión de un mensaje suyo por cadena nacional de radio y televisión. Fueron las palabras resignadas de un político que sabía que el desenlace era inevitable. Tomando prestadas las palabras de un poema de Pedro Palacios, el dirigente invocaba una postrera esperanza: ““Todos los incurables tienen cura, cinco minutos antes de la muerte””.

<sup>243</sup> Villegas, Osiris: “La disciplina social”, en *Extra*, Año XI, Nro. 125, noviembre de 1975.

<sup>244</sup> Entre las organizaciones puede mencionarse: “Acción Patriótica Argentina”, “Movimiento Unificador del Centro” y “Liga Pro comportamiento humano”. La cita corresponde a la primera entidad y fue publicada en *La Prensa* el 5/12/75.

La mayoría de las plumas que analizaban e influían sobre la realidad nacional disientían con el líder del radicalismo. Hacia principios de 1976, la editorial de *Anales* había adoptado un todo trágico, el destino suicida y masoquista eran un rasgo lamentable de la historia argentina reciente.

“Solemos decir que hemos agotado las posibilidades de esta especie de ruleta rusa donde ya hemos apretado el gatillo casi tantas veces como lugares hay para poner la bala fatal. Pero ¿estamos convencidos de ello o seguiremos pensando que la mano de Dios seguirá trasladando el proyectil de cavidad en cavidad de modo que nunca enfrentemos el fin del todo? Pensamos que es realmente tiempo de tomar conciencia de que ya queda poco tiempo.”<sup>245</sup>

Del mismo modo, *La Prensa* reproducía incansablemente sus diatribas sobre un peronismo al borde del abismo. Los pleitos internos del elenco gubernamental, el recrudecimiento de la violencia, la decadencia económica inexorable, el “patoterismo” gremial eran invocados sin respiro.

*La Nación* dio una última muestra de desprecio por los herederos de Perón. En un análisis emparentado con la psicología experimental, el matutino comparaba al gobierno con animales embobados. No podían esperarse reacciones del gobierno, las esperanzas de recomposición estaban, para el diario, fuera del alcance de las capacidades intelectuales y cognitivas de los peronistas. Frente a la crisis, su voluntad de rectificación eran nulas<sup>246</sup>.

El ahora ferviente antiperonista, Bernardo Neustadt, hostigaba a las autoridades al afirmar que “No había golpistas: los fabricó el gobierno”. La culpa de la caída no residía en la guerrilla sino sobre “el populismo a la bartola que hemos practicado durante estos tres inolvidables años”<sup>247</sup>.

Sólo *Criterio* retomaba las palabras de Balbín y llamaba entrado el mes de marzo a evitar el golpe. Su editorial lejos de plegarse a la cresta de la ola, propino duras críticas a los cerebros del golpismo. De esta suerte, la revista católica recordaba a los distintos sectores de la vida nacional su responsabilidad frente a la debacle y les rememoraba su gatopardismo con respecto al partido de Perón.

“Incapaces de defender sus intereses y de alcanzar el poder por medios democráticos, golpean desde hace meses en los cuarteles en procura de la intervención militar. Prestos a denunciar la inmoralidad ajena, no reparan en la falta de ética que significa promover la quiebra institucional desde el seno mismo de dichas instituciones, ni recuerdan las posturas oportunistas asumidas cuando el gobierno era fuerte”<sup>248</sup>.

Así y con la posible excepción de *Criterio*, liberales y nacionalistas de derecha coincidieron en que la desintegración social se cernía en la Argentina y en que el justicialismo, al desplomarse, arrastraría consigo a las preciadas instituciones políticas y económicas legadas por los padres fundadores de la Nación. Ahora bien, mientras los liberales condenaban, hacia principios de 1976, tanto a las organizaciones armadas de izquierda como a las de derecha y llamaban a las Fuerzas Armadas a encarar una represión bajo los principios de la ley, los nacionalistas se alistaron en una guerra santa y sucia,

<sup>245</sup> *Anales de la SRA*, año CX, Nro. 123, enero/febrero/marzo 1976, pág. 7.

<sup>246</sup> *La Nación*, 2/3/76, pág. 4.

<sup>247</sup> Neustadt, Bernardo: “No había golpistas: los fabricó el Gobierno”, en *Extra*, Año XII, Nro. 129, marzo de 1976.

<sup>248</sup> *Criterio*, 11/6/76, pág. 101.

perpetuando una faena que ya respaldaban con el accionar de la Triple A. La identificación entre moralidad y Fuerzas Armadas, y el silencio y, consiguientemente, la complicidad que acompañó al Proceso de Reorganización Nacional y sus “excesos”, no pueden, sin embargo, dejar de mencionarse.

## Conclusiones

A diferencia de la mayoría de los estudios sobre la derecha en la Argentina no consideramos al liberalismo como un cuerpo doctrinario cerrado sino como un dispositivo ideológico constituyente de identidades y conductas y, como tal, productor de sentido en la codificación de la realidad. Tampoco nos ocupamos centralmente del nacionalismo fascistizante. Quien haya leído alguna vez alguna de sus proclamas no puede sino constatar su carácter esloganizado y repetitivo que poco aporta a la comprensión de cómo fueron combatidas reflexivamente las iniciativas del arco político vinculado con la izquierda y el peronismo.

La efervescencia simbólica y la fluidez identitaria de los años setenta es sin duda remarcable. La vertiginosa recomposición de los alineamientos políticos y las variadísimas combinaciones ideológicas son expresión no sólo de la politización alcanzada sino también de la irreductible especificidad de la política local. Una característica común subyace, no obstante, a las múltiples manifestaciones ideológicas. En efecto, las editoriales no son sólo pretexto para examinar a los redactores e interlocutores que participan de ellas, y a los contenidos que transmiten, sino que sirven de expresión de la política misma. De Ipola y De Riz (1982) se encargaron de recuperar una fórmula desarrollada por Halperín Donghi (1980) para pensar la “ideología argentina”. Ésta, compartida por los distintos protagonistas políticos locales, remitiría a dos mitos originarios: la idea de un país superdotado de riquezas naturales, dilecto por la providencia, y la idea de un país “decidible” en el plano político, capaz de ser organizado desde arriba por una voluntad lo suficientemente lúcida y audaz para hacerlo. Carente de reglas de convivencia política mínimas, incapaz de garantizar un patrón de gobernabilidad perdurable, la Argentina contemporánea, compartía cierta creencia en su carácter excepcionalmente valioso. Y del mismo modo en que después de 1945 una fracción importante de la sociedad sostuvo la omnipotencia de un Perón, la otra mitad del espectro político buscó denodadamente a su propio líder. Sin duda, la impaciencia y la convicción de un destino de grandeza alcanzaron primero a los ideólogos de la derecha y se derramaron, poco más tarde, a todo el espectro político. La legitimidad revolucionaria que había sido inicialmente invocada por los acólitos del Onganiato fue, a un tiempo, reapropiada por el peronismo y la izquierda.

De este modo, si bien una perspectiva institucionalista podría concluir que la inestabilidad de las normas democráticas y republicanas y la militarización de los conflictos constituye una expresión de “la política en suspenso”<sup>249</sup>, desde un enfoque más centrado en la performatividad de los discursos políticos, no puede sino concluirse la preeminencia de la política durante esos años. En efecto, la politización de aspectos diversos de la realidad cotidiana (la sexualidad, la vocación profesional, la condición generacional y social, etc.), el cuestionamiento de los vínculos de autoridad y obediencia, la constante redefinición de las identidades políticas en relación con los colectivos de identificación y antagonismo, y sobre todo, el esplendor de la palabra política como acontecimiento determinante (valga recordar solamente los esfuerzos de demarcación semántica y los intentos de “disipar confusiones”), nos devuelven una imagen según la cual la política se actualizó y adquirió una vehemencia inédita en la Argentina de esos años.

---

<sup>249</sup> Tal el título del último libro de De Riz (2000).



En este marco de efervescencia simbólica, la prensa liberal debió asumir la tarea de aconsejar al poder y conjurar la amenaza en ciernes. Al hacerlo, no actuó siempre de modo acompasado y convergente ni tuvo recelos a la hora de soslayar oposiciones ancestrales. Con excepción de *La Prensa*, las plumas liberales no identificaron un único culpable del debacle. Muy por el contrario, los editorialistas siguieron de cerca las coyunturas políticas y la evolución de sus adversarios preocupados por detectar a cada paso la fuente del peligro y por evaluar las alianzas y opciones más convenientes.

Al menos para el lapso que va entre 1969 y 1973, no hubo coincidencias en el pensamiento de la derecha. En efecto, existió no sólo una fractura entre liberales y nacionalistas sino profundas diferencias dentro del primer grupo. De este modo, el antiperonismo, con que suele caracterizárselos, no fue consistente a lo largo de todo el ciclo, y no impidió que liberalismo y nacionalismo de derecha apoyaran transitoriamente al líder del justicialismo cuando éste pareció encarnar los principios del orden y la pacificación.

Con la irrupción de otras fuerzas en la escena pública cuyas demandas y métodos de confrontación radicalizaron los que habían definido al ejercicio de la política desde 1955, el consenso en torno a la antinomia peronistas-antiperonistas se desintegró. Los desvelos de *La Nación* se orientaron a escrutar los vínculos entre organizaciones armadas, estudiantes contestatarios y trabajadores radicalizados. *La Prensa*, fiel a su historia, remitió la amenaza a su enemigo ancestral, el peronismo, preocupada por los conflictos laborales. *Criterio*, por su parte, centró su atención en la “guerrilla” instando tempranamente a una apertura electoral que restituyera la autoridad del Estado y permitiera detener la “decadencia moral”. Grondona, Neustadt y Floria oscilaron entre la defensa militante del Onganiato y los apoyos a la solución lanussista. Todos los enunciadores, sin embargo, ejercitaron la demarcación y la réplica. La identificación de reclamos legítimos e ilegítimos, el rescate de las prácticas políticas admisibles y reprobables, la permeabilidad y los límites de la represión y las concesiones fueron tematizados una y otra vez desde sus columnas. La apertura democrática se reveló la estrategia más eficaz para conjurar la radicalización. Uno a uno, los intelectuales de la derecha confluyeron con el diagnóstico de Lanusse.

Tras el retorno del peronismo al poder, la oposición a la juventud justicialista volvió a nuclear a los representantes del liberalismo. Vinculándolos o contraponiéndolos con el resto del partido oficial, los editoriales coincidieron en caracterizarlos como violentos y autoritarios y dirigieron hacia ellos las mismas críticas que durante décadas habían consagrado a los nacionalistas de derecha. Ahora bien, mientras el liberalismo intransigente identificaba peronismo, fascismo y comunismo, impugnando al régimen de plano, los ideólogos más conciliadores acercaron sus sugerencias al gobierno y lo secundaron en su cruzada por la restitución de la ortodoxia.

Muerto el líder y encarrilados los conflictos en la lógica de la sociedad populista, el acuerdo fue totalmente restaurado. La antinomia peronista-antiperonista recobraba su productividad y, ahora frente a un enemigo escindido y debilitado, viejos y nuevos argumentos concurrían para avalar las sentencias sobre el “amargo” legado de Perón. Estaba claro para las tres publicaciones y los tres comentaristas que el principal peligro en los albores del golpe no era de ninguna manera la guerrilla sino el desmoronamiento del peronismo en el poder. Si bien no había acuerdo sobre la derrota militar de las organizaciones armadas, para todos era evidente que estaban políticamente aisladas. El

riesgo, entonces, no se cifraba en la toma violenta del Estado sino en la amenaza de que al desplomarse, el justicialismo arrastrara consigo las preciadas instituciones políticas y económicas forjadas por los padres de la patria. Poco a poco, los mismos intelectuales que habían aspirado durante décadas a la confluencia de una alianza desarrollista entre capital nacional y sindicatos detectaron una peligrosidad inusitada en sus potenciales aislados y se replegaron llamando al realismo económico y la “normalización” social. De algún modo, como sugeriría Sikkink (1991), el populismo arrastró consigo gran parte de la voluntad política desarrollista. Tras el fracaso de Onganía y de Perón, la derecha, de algún modo, retornó a sus causas más liberales, “primarizándose”.

Con este sucinto recorrido se ilustra la vocación hegemónica del liberalismo que, en un escenario adverso, lejos de atrincherarse en la defensa de prerrogativas sectoriales o abandonar toda discusión política y atrincherarse exclusivamente en el ejercicio de la fuerza, intentó articular discursivamente sus intereses particulares con la realización del interés general. En este sentido, parece útil la distinción propuesta por Lechner (1985) entre “estrategia de poder” y “estrategia de orden”. Mientras en el primer caso se trata de llevar la lucha por la organización de la sociedad a un plano corporativo de defensa de cuestiones particulares, en el segundo se busca presentar la transformación (o conservación) del orden como mecanismo para el despliegue de ideales comunes. De este modo, la “nostalgia por el orden perdido” y la apelación a los hitos fundantes de la República, rasgos distintivos del pensamiento liberal centenario, no constituyeron una fuga resignada hacia el pasado sino, muy por el contrario, un soporte de legitimidad y una fuente de inspiración destinada a poner de manifiesto los errores de los adversarios.

Como ha señalado Leis (1991), mientras el discurso de la izquierda era galvanizado por la idea de revolución (o de violencia), degradando a la política y al conflictivo diálogo que la acompaña, los intelectuales de la derecha conservaron mayor autonomía con respecto a los intereses inmediatos de los sectores amenazados y se dedicaron a minar la imagen pública de sus adversarios. En este sentido, la derrota no habría sido sólo militar, único campo en el que terminaron por dirimirse los conflictos. El anti-intelectualismo que embebió a la izquierda setentista contribuyó a agregar una derrota más a las que pagaron con sangre: la izquierda se quedó sin voz y mientras los revolucionarios caían en silencio, la derecha se esforzaba desde sus tribunas por apropiarse de la moderación y el humanismo.

## Anexo teórico-metodológico

### 1. Algunas notas sobre el análisis de ideologías

Pocos términos se han revelado tan díscolos a una definición concluyente y de validez universalmente aceptada como el de ideología. A los fines de este trabajo, hemos optado por entenderla no como un sistema intelectual particular, ajeno al contexto socio-histórico que lo contiene sino como los discursos políticos que ciertas clases o grupos sociales emplean para dar sentido y volver inteligible el modo en que funciona una sociedad. De este modo, la especificidad del discurso político-ideológico radica en su performatividad, en su capacidad de actuar sobre la realidad en la medida en que actúa sobre la concepción que los sujetos sustentan sobre la sociedad en la que viven (Bourdieu, 1985).

Es evidente que ninguna concepción ideológica puede ser materialmente efectiva si no puede articularse con fuerzas sociales y políticas y con las luchas entre estas fuerzas. Ahora bien, este vínculo no debe interpretarse como mera reproducción a nivel simbólico de los intereses y conflictos sociales. Por un lado, la importancia y especificidad de los aparatos de producción y difusión de ideologías determina que éstos intervengan en los conflictos con sus propias constricciones, objetivos y antagonismos, introduciendo de esta suerte, matices en las luchas sociales. Por otro, no toda diferenciación radica en identidades de clase, la productividad y riqueza de la política se asienta en su capacidad de recurrir y combinar diversos principios de clasificación identitaria.

Como señala Verón (1987a), el análisis ideológico no se limita al estudio de lo que está “en” los discursos ni a lo que está “fuera” de ellos sino a la sujeción existente entre las relaciones discursivas y las relaciones de poder. Pero es justamente la reconstrucción de este área de intersección la que reviste mayores dificultades.

Williams (1993) ha denunciado, con agudeza, un error frecuentemente cometido por los estudios culturales de raíz marxista. En su vocación por interpretar una pieza política o artística desde un punto de vista materialista, los autores tienden a desarrollar extensamente la historia política y económica de una sociedad juxtaponiéndola a minuciosos análisis sobre la obra estudiada. El historiador inglés constata la superficialidad de este procedimiento y la arbitrariedad de los puentes tendidos entre ambas dimensiones. El desafío radica, entonces, en inscribir el texto examinado en las condiciones de producción y recepción en las que se halla inserto. Aun cuando determinados medios de prensa, partidos políticos, intelectuales compartan una cosmovisión semejante, las áreas en que se desarrollan imponen reglas específicas que no pueden ser desconocidas para el estudioso. La cadena que articula intereses sociales y producciones culturales sólo es aprehensible a través de estudios específicos que identifiquen y relacionen los conflictos dentro de un campo discursivo en particular y las tensiones en el marco de la sociedad ampliada.

Otras dos alertas teóricas son introducidas por Ansart (1983). En primer lugar, todo estudioso de las ideologías debe sortear la tentación de realizar una historia intelectual de las ideas que aisle las expresiones más elaboradas y eruditas de las producciones más sencillas y esloganizadas. Es justamente en la interrelación entre teorización y técnicas de propaganda o difusión donde radica la eficacia de los sistemas discursivos. En segundo

lugar, es menester evitar el riesgo de tomar únicamente en cuenta las pretensiones explícitas de los textos sin remitir sus afirmaciones al significado que adquieren en un contexto específico.

Las tres observaciones nos sugieren, de modo convergente, la necesidad de estudiar las relaciones sociales que subyacen a los textos como único antídoto para conjurar la cosificación de los discursos.

## 2. Cuatro perspectivas para el análisis ideológico de discursos<sup>250</sup>

Si bien el estudio de las ideologías constituye una de las áreas más fecundas de la sociología de este siglo, los analistas ni siempre explicitan los procedimientos empleados ni formulan reflexiones metodológicas sistemáticas sobre las ventajas e insuficiencias de los abordajes existentes. Con el propósito de escoger la estrategia más apropiada para los objetivos de este estudio, hemos revisado la producción al respecto e identificado cuatro grandes tradiciones.

En la tradición norteamericana desarrollada por Bernard Berelson y por Harold Lasswell en la década de los cuarenta, la forma de lectura utilizada es el análisis de contenido, una técnica de recuento de frecuencias basada en el supuesto de que a mayor frecuencia de mención (de un rasgo, actitud o comportamiento), mayor intensidad o importancia del tema en cuestión. Se trata de un enfoque que procura una descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de los mensajes a partir de un sistema de categorías preciso, aplicado a un conjunto bien delimitado de unidades de análisis (personajes, párrafos o secciones de textos). Para George (1959), esta técnica involucra no solamente el cálculo de la frecuencia con que ocurre una determinada característica del contenido, sola o en conjunción con otra/s, sino también el “análisis de la no frecuencia”, es decir, de la ausencia o presencia de cierto rasgo. Esta técnica se ha desarrollado notablemente en los últimos años, incorporando a la definición estructural de contenido, los canales y limitaciones de los flujos de información, los procesos de comunicación, y sus funciones y efectos en la sociedad (Krippendorff, 1990). No obstante estos avances, el enfoque ha merecido severas críticas, sobre todo, por su incapacidad de ir más allá del nivel de lo manifiesto y por su tendencia a destruir, a menudo, la organización intrínseca de los discursos en base a criterios arbitrarios. Este tipo de estrategia ha sido la más frecuentemente utilizada en los Estados Unidos para el análisis de la prensa y de hecho, los trabajos clásicos que la definen estaban destinados al estudio de la propaganda política y los efectos de la comunicación de masas (Lasswell, 1927).

Podemos identificar un segundo enfoque que se conoce hoy como el “análisis del discurso”. Según Lavandera (1985), esta nueva perspectiva remite sobre todo al intento de aplicar los avances de la lingüística contemporánea al estudio de los textos. La mayoría de los autores que adscriben a este enfoque<sup>251</sup> coinciden en su carácter interdisciplinario, todos acuerdan también en que se trata de un abordaje que explora los contenidos ideológicos de los textos a través de sus estructuras léxicas, sintácticas y gramaticales. La jerarquización de la información, el uso de recursos reforzadores o mitigadores, el empleo de conectores que conducen la argumentación, las nominalizaciones y elisiones, los usos pronominales y

<sup>250</sup> Estas notas están parcialmente contenidas en el Anexo Metodológico de : Wainernan y Heredia (1999).

<sup>251</sup> De Beaugrande y Dressler (1997); Carbó (1995); Maingueneau (1980).

los procesos de categorización, son algunos de los recursos analizados<sup>252</sup>. El estudio de un texto involucra, por lo tanto, un conjunto de operaciones destinadas a detectar las estrategias lingüísticas empleadas y presupone una cuidadosa desagregación y un pormenorizado examen de cada uno de los materiales escogidos. Semejante tarea requiere, sin duda, un corpus relativamente acotado. Algunos autores han señalado críticamente que los resultados alcanzados por el análisis lingüístico del discurso no justifican la inversión de tiempo y energía exigida por este. Varios estudios sobre la prensa y los discursos políticos han sido desarrollados desde esta perspectiva<sup>253</sup>.

Una tercera línea es la desarrollada en Francia desde los '50, esencialmente por Greimas y Barthes bajo la influencia de los éxitos alcanzados por la escuela etnográfica de los “modelos culturales” y el desarrollo de la lingüística estructural y la semiología. Aquí el objetivo es reconstruir los sistemas de significación subyacentes de los textos mediante el análisis semiológico. Los procedimientos empleados por la semiótica no han sido aún claramente establecidos. Sin duda, han sido Greimas (1966) y sus sucesores quienes más se han abocado a la tarea de diseñar un conjunto de operaciones claras y transmisibles. El método propuesto es el llamado “análisis predicativo” que permite desagregar el texto a partir de la frase. Como señala Courtés (1980), el investigador debe observar el conjunto de calificaciones (¿qué son?) y funciones (¿qué hacen?) aquellos sujetos (actantes) a los que se refiere el discurso. La tarea se completa al definir el modelo actancial. Este reconstruirá la estructura con las relaciones recíprocas y el modo de existencia común de los distintos actantes y permitirá descubrir la unidad totalizante del discurso tras la fragmentación del análisis predicativo. Este tipo de estrategia también ha sido muy utilizada en el análisis de discursos políticos (entre otros: Munizaga, 1983).

Ahora bien, ni el análisis de contenido ni el abordaje semiológico ni el estudio lingüístico del discurso constituyen los métodos más utilizados por los historiadores y sociólogos que trabajan con textos. Aunque comparten con los tres enfoques mencionados la preocupación por el control metodológico de sus hallazgos, se enfrentan a sus fuentes con una perspectiva particular, que de algún modo recupera y adapta la estrategia semiológica. A partir de un conjunto explícito de interrogantes o problemas (Miles y Huberman, 1994), el investigador rastrea la continuidad, los matices, las diferencias con que se responde a ellos. De este modo, no se limitan al estudio de los calificativos y funciones asignados a los sujetos mencionados en las fuentes sino que incorporan otras preguntas o ejes analíticos. Los hallazgos no remiten a series estadísticas sino a tramas argumentales en las que se expresan los contenidos ideológicos de los textos. Esto se debe a que el interés no radica únicamente en el análisis de cada uno de estos interrogantes sino en la manera en que sus “respuestas” configuran un argumento, una posición determinada. La gran ventaja de esta metodología, derivada de los estudios cualitativos, es que permite trabajar con numerosas y variadas fuentes de información uniformando los ejes del análisis. La tarea se ha facilitado notablemente en los últimos años. En efecto, la organización de los interrogantes en árboles conceptuales y la codificación de las “respuestas” ha permitido la informatización en el procesamiento<sup>254</sup>.

<sup>252</sup> Para un análisis más minucioso de los recursos lingüísticos y su significación ver, entre otros, a Renkema (1993); van Dijk (1985 y 1999); Vasilachis de Gialdino (1992).

<sup>253</sup> Trew (1979), Vasilachis de Gialdino (1997), VVAA (1986,1987).

<sup>254</sup> Dentro de los programas que permiten manipular información cualitativa puede mencionarse el *Ethnograph* y el *NUDist*. En relación al empleo de herramientas informáticas para el procesamiento y análisis de textos, ver Kelle (1994) y Richards y Richards (1994).

### 3. La estrategia analítica escogida

Consideramos que el cuarto enfoque descrito es el que nos permite desarrollar con exhaustividad y a la vez mayor economía de tiempo los objetivos planteados. Si bien esta es la estrategia que guió nuestro trabajo consideramos que la identificación y conocimiento de las otras nos ha permitido sensibilizarnos con elementos interesantes para completar el análisis ideológico de los textos.

El análisis de contenido nos ha alertado sobre la recurrencia de ciertos términos o argumentos como indicadores de la importancia asignada por el enunciador a un hecho específico (en nuestro caso, por ejemplo, la cantidad de editoriales consagradas al análisis de un acontecimiento) o de sus posiciones ideológicas (para nosotros, por caso, la frecuencia con que se asocian protestas sindicales con actos violentos). Por su parte, los abordajes lingüísticos nos han aportado interesantes *insights* sobre el uso de matizadores (voz pasiva, verbos impersonales, tiempo subjuntivo, nominalizaciones) o reforzadores (voz activa, verbos personales, tiempo indicativo, personalización de las acciones) como mecanismos centrales que expresan valores en la argumentación.

Nuestro objetivo fue aproximarnos al modo en que los diversos enunciadores caracterizaron a sus antagonistas a través de los siguientes interrogantes :

- . Qué significa cada uno de los hechos seleccionados?
- . Quiénes fueron sus protagonistas?
  - . cuáles son sus ideas?
  - . cuáles son sus objetivos?
  - . cuáles son sus prácticas?
- . Quiénes son los grupos e intereses afectados?
- . Por qué se produjeron los hechos y surgieron estos grupos?
- . Cómo se relacionan con otras fuerzas?
- .Cuál es la viabilidad de los objetivos?
- . Por qué y cómo merecen ser combatidos?

Primeramente trabajamos con cada uno de los enunciadores, reconstruyendo su posición a partir de los interrogantes planteados. Estuvimos, entonces, en condiciones de conocer cómo cada uno de ellos construyó a sus antagonistas y la manera en que se propuso combatirlos. En segundo lugar, comparamos la postura de los distintos representantes seleccionados y detectamos los puntos en que confluyen y disienten.

Además de este trabajo con los textos y a fin de reconstruir el campo simbólico en que se inscribían, exploramos en los discursos, las descripciones y los diagnósticos de otros enunciadores relevantes de cada momento analizado. En efecto, cotejamos la postura de la prensa liberal con la de otros participantes del campo político: líderes políticos, comunicados de las organizaciones empresarias, proclamas de las fuerzas armadas...

### 4. La selección de las editoriales y los “sucesos de ruptura”

Considerando, o que los medios analizados tenían una tirada diaria (*La Nación, La Opinión, El Cronista Comercial y La Prensa*) o quincenal (*Criterio, Extra y Carta Política*) y que nos proponíamos registrar sus apreciaciones a lo largo de un extenso período de tiempo, se nos presentaba como virtualmente imposible rastrear todas sus editoriales a lo largo de 7 años. La decisión fue, siguiendo a Sidicaro (1997), seleccionar un conjunto de sucesos especialmente significativos en cada momento, a partir de los cuales aprehender la postura de las publicaciones.

El criterio para seleccionar los acontecimientos fue que estuvieran representados los conflictos paradigmáticos de cada momento (protestas urbanas, secuestros y atentados guerrilleros, conflictos sindicales, medidas gubernamentales altamente resistidas, etc.) y que los acontecimientos se distribuyeran a lo largo de todo el período. Tras identificar los sucesos, acopiamos todas las editoriales dedicadas a comentarlos e interpretarlos.

No nos centramos exclusivamente en el significado que las publicaciones asignaron a los fenómenos escogidos. Hacerlo, nos hubiera impedido comprender hasta qué punto estos acontecimientos y sus protagonistas eran vinculados con otros focos de conflictividad que tenían lugar concomitantemente. Por otra parte, si nuestra intención era reconstruir los antagonistas privilegiados por las editoriales en cada momento, ceñirnos sólo a los hechos en cuestión hubiera sesgado nuestra búsqueda. Era evidente que en sus comentarios sobre el ataque al Batallón de Monte Chingolo, los comentaristas harían referencia a la guerrilla, pero, ¿constituía esta una preocupación central hacia fines de 1975?, o dicho de otro modo ¿cuánta importancia (traducida en la cantidad de editoriales dedicadas al hecho) asignaban los pensadores de derecha al acontecimiento como para consagrar sus reflexiones a convencer a los lectores de que debían condenar a sus protagonistas?. Para poder contestarnos estas preguntas decidimos analizar todas las editoriales referidas a los conflictos sociales y políticos que tenían lugar en el país publicadas en los siguientes veinte días de ocurridos los hechos escogidos inicialmente.

- . “Cordobazo” (mayo de 1969)
- . Secuestro y asesinato de Aramburu (mayo - julio de 1970)
- . “Vivorazo” y otras protestas urbanas (marzo - julio de 1971)
- . Visita de Perón a la Argentina (noviembre de 1972)
- . Asunción de Cámpora y Devotazo (mayo de 1973)
- . Ezeiza (junio de 1973)
- . Conflicto entre Montoneros y Perón (mayo de 1974)
- . Rodrigazo y conflictos sindicales subsiguientes (junio - julio de 1975)
- . Ataque al batallón de Monte Chingolo (diciembre de 1975)
- . Albores del golpe (marzo de 1976)

## 5. Las editoriales analizadas

El volumen de las editoriales analizadas constituye de por sí un dato de profunda significación. Los acontecimientos escogidos eran retomados semanas más tarde en relación a otros sucesos o como excusa para reafirmar las sugerencias formuladas al gobierno o a otros actores sociales.

Enunciador	Editoriales analizadas
La Prensa	190
La Nación	101
Criterio	76
Mariano Grondona	39
Carlos Floria	56
Bernardo Neustad	41
	513

Las mencionadas editoriales fueron complementadas con las fuentes reseñadas al final del informe y con discursos y solicitadas publicadas por los principales actores sociales y políticos de cada momento.



## Fuentes complementarias

- . Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, Editorial de la Campana, 1995.
- . Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1973-1976). De Cámpora a la ruptura*, Buenos Aires, Editorial de la Campana, 1996.
- . Bresci, Domingo: *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: Documentos para la Memoria Histórica*, Buenos Aires, Centro Salesiano de Estudios San Bosco, Centro Nazaret y Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en latinoamérica (CEHILA), 1994.
- . del Carril, Bonifacio: *La Crisis Argentina. Cómo podría resolverse*, Buenos Aires, Emecé, 1960.
- . Castellani, Leonardo: *La esencia del liberalismo*, Buenos Aires, Huemul, 1961.
- . Gigena Lamas, Cesar: *Nosotros, los liberales*, Buenos Aires, La Bastilla, 1972.
- . Lanusse, Alejandro: *Mi Testimonio*, Buenos Aires, Lasserre Editores, 1977.
- . Lanusse, Alejandro: *Confesiones de un general*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- . Osiris Villegas: *No acuso, reflexiono*, Buenos Aires, Pleamar, 1976.
- . Sacheri, Carlos A.: *La Iglesia Clandestina*, Buenos Aires, Ediciones Cruzamante, 1970.

## Bibliografía

### Bibliografía teórica y metodológica

- . Ansart, Pierre : *Ideología, Conflictos y poder*, Puebla, Premia Editorial, 1983
- . Acuña, Carlos : “El análisis de la burguesía como actor político” en *Realidad Económica*, Nro. 123, 1994.
- . Althusser, Louis : *Ideología y aparatos ideológicos del Estado, Freud y Lacan*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1996.
- . Barthes, Roland : *Eléments de sémiologie*, París, Editions de Seuil, 1964.
- . Bobbio, Norberto : *Derecha e Izquierda*, Madrid, Taurus, 1998.
- . Bourdieu, Pierre : *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983.
- . Bourdieu, Pierre : *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Akal/Universitaria, 1985.

- . Brunner, José Joaquín : *Entrevistas, Discursos, Identidades*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1983.
- . Carbó, Teresa : *El discurso parlamentario mexicano*, México, El Colegio de México, 1995.
- . Claro, Manuel : *Para un análisis ideológico del periodismo*, Buenos Aires, Precursora, 1983.
- . Courtés, Joseph : *Introducción a la semiótica narrativa y discursiva*, Buenos Aires, Hachette, 1980.
- . De Beauvoir, Simone : *El pensamiento político de la derecha*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1983.
- . De Beaugrande, Robert - Alain y Wolfgang Ulrich, Dressler : *Introducción a la lingüística del texto*, Barcelona, Ariel Lingüística, 1997.
- . De Ipola, Emilio : *Ideología y discurso populista*, México, Folios Ediciones, 1982.
- . Eagleton, Terry : *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Editorial Paidós, 1997.
- . Garretón Merino, Manuel Antonio : *Ideología y medios de comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1974.
- . Geertz, Clifford : *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- . George, Alexander : “Quantitative and Qualitative Approches to Contents Analysis”, en De Sola Pool, Ithiel (editor) : *Trends in Contents Analysis*, Urbana, University of Illinois Press, 1959.
- . Giddens, Anthony : *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- . Greimas, Algirdas : *Sémanique Structurale*, Paris, Larousse, 1966.
- . Hall, Stuart : “El problema de la ideología : marxismo sin garantías” en *Doxa*, Buenos Aires, Nro. 3, 1998.
- . Kelle, Udo. (editor) : *Computers and Qualitative Methodology*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1994.
- . Krippendorff, Klaus : *Metodología del análisis de contenido. Teoría y práctica*, Barcelona, Editorial Paidós, 1990.
- . Landi, Oscar : *El discurso sobre lo posible*, Buenos Aires, Estudios del CEDES, 1985.

- . Laswell, Harold : *Propaganda Technique in the World War*, Nueva York, Alfred Knopf, 1927.
- . Lavandera, Beatriz : *Curso de Lingüística para el análisis del discurso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- . Lippmann, Walter : *La opinión pública*, Buenos Aires, Fabril, 1964.
- . Lozano, Jorge ; Cristina, Peña-Marín y Gonzalo, Abril : *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Madrid, Cátedra, 1986.
- . Maingueneau, Dominique : *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Buenos Aires, Hachette, 1980.
- . Milles, Matthew y Michael, Huberman : *Qualitative Data Analysis*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1994.
- . Munizaga, Giselle : *El discurso público de Pinochet. Un análisis semiológico*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1983.
- . Renkema, Jan : *Discourse Studies An Introductory Book*, Amsterdam/ Philadelphia, John Benjamins Publishing Co., 1993.
- . Richards, Tom y Lyn, Richards : “Using Computers in Qualitative Analysis” en Denzin, N. y Y. Lincoln (eds.) : *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1994.
- . Saperas, Enric : *La sociología de la comunicación de masas en los Estados Unidos*, Barcelona, Ariel, 1985.
- . Sidicaro, Ricardo : “Consideraciones a propósito de las ideas del diario *La Nación*” en Wainerman, C. y R. Sautu : *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1997.
- . Trew, Tony : “Lo que dicen los periódicos : variación lingüística y diferencia ideológica” en Fower, Roger, Bob Hodge, Gunther, Kress y Tony Trew : *Lenguaje y Control*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- . Touraine, Alain : *Producción de la sociedad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Francés de América Latina, Embajada de Francia, 1995.
- . Van Dijk, Teun : *Handbook of Discourse Analysis*, Vol. I a IV, New York, Academic Press, 1985.
- . Van Dijk, Teun : *Estructuras y funciones del discurso*, México, Siglo XXI, 1993.
- . Van Dijk, Teun : *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.

. Vasilachis de Gialdino, Irene : “El análisis lingüístico en la recolección e interpretación de materiales cualitativos”, en Forni, Floreal; María Antonia Gallart e Irene Vasilachis de Gialdino: *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

. Vacilachis de Gialdino, Irene : *Discurso político y prensa escrita. Un análisis sociológico, jurídico y lingüístico*, Barcelona, Gedisa, 1997.

. Verón, Eliseo : *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1968.

. Verón, Eliseo : “Condiciones de producción, modelos generativos y manifestación ideológica” en Verón, Eliseo (comp.): *El proceso ideológico*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1971.

. Verón, Eliseo : *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona, Gedisa, 1987a.

Verón, Eliseo : “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política” en Verón, Eliseo y otros : *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires : Hachette, 1987b.

. VVAA : *Análisis sociolingüístico del discurso político*, Buenos Aires, Cuadernos del Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires, Vol. 1 : 1986, Vol. 2 : 1987.

. Wainerman, Catalina y Mariana, Heredia : *¿Mamá amasa la masa ? Cien años en los libros de lectura de escuela primaria*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1999.

. Williams, Raymond: *Culture and Society 1780-1950*, New York, Columbia University Press, 1993.

. Wolf, Mauro : *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1987.

. Wrong, Dennis : *Power. Its forms, bases and uses*, Nueva York, Harper, 1980.

## Bibliografía sobre el período

. Acuña, Carlos: “Empresarios y política (I). La relación de las Organizaciones Capitalistas con Regímenes Políticos en América Latina: Los casos Argentino y Brasileño” en *Boletín Informativo Techint*, Nro. 251, 1988.

. Acuña, Marcelo: *De Frondizi a Alfonsín : la tradición política del radicalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

. Altamirano, Carlos : “Peronismo y cultura de izquierda”, mimeo, 1992.

. Altamirano, Carlos : “Montoneros”, en *Punto de Vista*, Nro. 55, agosto de 1996.

- . Alvarado, Maite y Renata, Rocco-Cuzzi : “‘Primera Plana’ : el nuevo discurso periodístico de la década del ‘60’ en *Punto de vista*, Nro. 22, diciembre de 1984.
- . Amaral, Samuel y Mariano Ben Plotkin (comps): *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993.
- . Anguita, E. y M. Caparros : *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997
- . Anguita, E. y M. Caparros : *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1973-1976*, Buenos Aires, Norma, 1998.
- . Anzorena, Oscar : *Tiempo de violencia y utopía. Del Golpe de Onganía(1966) al Golpe de Videla*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.
- . Aufgang, Lidia : *Las puebladas : dos casos de protesta social. Cipoletti y Casilda*, Buenos Aires, CEAL, 1989.
- . Balvé, Beba et al. : *Lucha de calles, lucha de clases*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1973.
- . Balvé, Beba y Beatriz, Balvé : *El '69 : Huelga política de masas*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- . Blanco, Cecilia : “El partido socialista en los sesenta : enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, septiembre de 1999.
- . Bonasso, Miguel : *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- . Bonasso, Miguel : *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- . Bozza, Juan Alberto: “Las artes del asedio y de la negociación. Perón y el lanzamiento del Frente Cívico de Liberación Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (comp.): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.
- . Brennan, James: “El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1970-75” en *Desarrollo Económico*, Vol. 32, nro. 125, 1992.
- . Brennan, James: *El Cordobazo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- . Buchrucker, Cristián: *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.

- . Canitrot, Adolfo : “La viabilidad económica de la democracia : un análisis de la experiencia peronista 1973-1976” en *Estudios del CEDES*, Nro. 11, 1978.
- . Capelato, María Helena y María Lúcia Prado : *O Bravo Matutino (Impresa e ideología no jornal “O Estado de S. Paulo”)* São Paulo, Editora Alfa-Omega, 1980.
- . Carnevale, Susana : *La patria periodística*, Buenos Aires, La Posta/Colihue, 1999.
- . Cavarozzi, Marcelo : *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires : CEAL, 1983.
- . Cavarozzi, Marcelo : “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955” en O’Donnell, Guillermo ; Phillippe, Schmitter y Laurence, Whitehead : *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, vol. 2 América Latina, 1988
- . Chama, Mauricio : “Nueva Izquierda y Asociaciones Profesionales”, mimeo, 1998.
- . Cheresky, Isidoro y Jacques, Chonchol : *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*, Buenos Aires, EUDEBA, 1985.
- . Coggiola, Osvaldo : *El trotskismo en la Argentina 1960-1985*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- . Dávalos, Patricia; Marcela, Jabbaz y Estela, Molina : *Movimiento villero y Estado (1966-1976)*, Buenos Aires, CEAL, 1987.
- . De Amézola, Gonzalo: “El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional” en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit.
- . De Ipola, Emilio y Liliana, De Riz: “Un juego de cartas políticas. Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual” en Camacho, Daniel *et al :América Latina. Ideología y Cultura*, San José de Costa Rica, 1982.
- . Delich, Francisco: *Crisis y protesta social : Córdoba, mayo de 1969*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- . De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- . De Riz, Liliana : *La política en suspenso, 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- . Diana, Marta : *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- . Di Tella, Guido : *Perón-Perón 1973-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985.
- . Duval, Natalia : *Los sindicatos clasistas : SITRAC (1970-1971)*, Buenos Aires, CEAL, 1988.
- . Dri, Rubén : *Teología y Dominación*, Buenos Aires, Roblanco S.R.L., 1987.

- . Feinman, José Pablo : *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- . Fraga, Rosendo : *Ejército : del escarnio al poder (1973-1976)*, Buenos Aires, Planeta, 1988.
- . Galasso, Norberto : *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- . García, Alicia : *La doctrina de la Seguridad Nacional (1958-1983)*, Buenos Aires, CEAL, 1991, vol. 1 y 2.
- . García, Prudencio : *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas militares*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- . Gil, Germán : *La izquierda peronista*, Buenos Aires, CEAL, 1989.
- . Gilbert, Isidoro : *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires, Planeta, 1989.
- . Gillespie, Richard : *Soldados de Perón. Los montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- . Godio, Julio : *El movimiento sindical argentino (1880-1987)*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- . Godio, Julio : *El movimiento obrero argentino (1955-1990)*, Buenos Aires, Legasa, 1991.
- . Graham-Yoel, Andrew : *The Press in Argentina, 1973-1978*, London, Whitesand Educational Scholar Trust, 1979.
- . Grossi, María y Roberto, Gritti : “Los partidos frente a una democracia difícil : la evolución del sistema partidario en la Argentina”, en *Crítica y Utopía*, Nro. 18, invierno de 1989.
- . Halperín Donghi, Tulio : “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica” en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- . Halperín Donghi, Tulio : “Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes” en op.cit.
- . Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel : *La nueva izquierda argentina 1960-1980. Política y violencia*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- . Hodges, Donald: *Argentina 1943-1976. The National Revolution and Resistance* Alburquerque, University of New Mexico Press, 1976.
- . Horowicz, Alejandro : *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.

- . Itzcovitz, Victoria : *Estilo de gobierno y crisis política (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL, 1985.
- . James, Daniel : *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- . Jelin, Elizabeth : “Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976”, en *Estudios Sociales*, Nro. 9, 1977.
- . Johnson, Kenneth : *El espectro de la ideología política argentina*, Buenos Aires, s.e., 1967.
- . Kandel, Pablo y Mario, Monteverde : *Entorno y caída*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1976.
- . Kohan, Néstor : “Herejes y ortodoxos. E.Giudici y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino” en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Nro. 2-3, Buenos Aires, 1996.
- . Laclau, Ernesto : *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*, México, Siglo XXI, 1986.
- . Landi, Oscar : “La tercera Presidencia de Perón : Gobierno de emergencia y crisis política”, *Documentos CEDES/G.E. CLACSO*, Nro. 10, enero de 1978.
- . Landi, Oscar : “Cultura y política en la transición democrática” en Oszlak, Oscar : “Proceso”, *crisis y transición democrática*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- . Leis, Héctor: *Intelectuales y política 1966-1973*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- . Lenci, María Laura: “Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973” en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op.cit.
- . Lewis, Paul : “The Right and Military Rule 1955-1983” en Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart : *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins. 1910 to the Present*, Wilmington, Sr Books, 1993.
- . López, Ernesto : *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- . Love, Joseph: “Economic ideas and ideologies in Latin America since 1930” en Bethell, Leslie: *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- . Maceyra, Horacio: *Cámpora/Perón/Isabel*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- . Malimacci, Fortunato: “La iglesia argentina frente al liberalismo” en VVAA *Historia general de la Iglesia en América Latina*, Buenos Aires, CEHILA-Ediciones Sígueme, 1994.



- . Mainwaring, S.: “Los partidos políticos y la democratización en Brasil y en el Cono Sur. Reseña crítica”, Documento de trabajo del GTPP, CLACSO, 1998.
- . Mattelart, Armand: “La mitología de la juventud en un diario liberal” en Mattelart, Armand ; Mable Piccini y Michèle Mattelart : *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal*, Buenos Aires : El Cid Editor, 1976.
- . Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, Buenos Aires, CICSO, 1984.
- . Martín, José Pablo: “El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo” en *Revista de teología latinoamericana*, Nro. 41/2, 1991.
- . Martín, José Pablo: *El Movimiento de Sacerdotes para el tercer Mundo. Un debate argentino*, Buenos Aires, Ediciones Castañeda y Editorial Guadalupe, 1992.
- . Marsal, Juan: “La ideología de derecha”, en Marsal, Juan (comp.): *Argentina conflictiva*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- . Marsal, Juan y Arent, Margery : “La derecha intelectual en la Argentina. Análisis de la ideología y la ideología de un grupo de intelectuales” en *Documento de Trabajo*, Nro. 73, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1970.
- . Massei, Daniel : “Primera Plana : modernización y golpismo en los ‘60” en *Realidad Económica*, Nro. 148, mayo/junio 1997.
- . Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart : “Conclusion” en Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart, op. cit.
- . Merchensky, Marcos: *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*, Buenos Aires, Ediciones Crisol, 1979.
- . Montserrat, Marcelo: *La experiencia conservadora*, Buenos Aires, Sudamericana y Fundación Argentina, 1992.
- . Montserrat, Marcelo “El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio*. 1928-1968” en Girbal-Blacha, Noemí y Diana Quattrocchi-Woisson: *Cuando opinar es actuar*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.
- . Moyano, María José: *Argentina’s lost patrol. Armed struggle, 1969-1979*, Michigan, Yale University Press, 1995.
- . Muraro, Heriberto : “La comunicación masiva durante la dictadura militar y la transición democrática en la Argentina” en Landi, Oscar (comp.) : *Medios, transformación cultural y política*, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1987.
- . Navarro, Marysa: “Evita y la crisis del 17 de Octubre de 1945: un ejemplo de mitología peronista y antiperonista”, en Torre, Juan Carlos (comp.): *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

- . Nievas, Flabián: “Cámpora : primavera-otoño. Las tomas”, en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit.
- O’Donnell, Guillermo : “Un juego imposible : competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955 y 1966” en O’Donnell, Guillermo : *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- . O’Donnell, Guillermo : “Estado y Alianzas en la Argentina, 1955-1976 “ en *Desarrollo Económico*, Nro. 64, Buenos Aires, 1977.
- . O’Donnell, Guillermo : *El estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
- . Ollier, María Matilde : *El fenómeno insurreccional y la cultura política 1969-1973*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- . Ollier, María Matilde. “El imperio de la violencia” en *Todo es Historia*, Nro. 253, 1988.
- . Ollier, María Matilde : *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Compañía editora Espasa Calpe, 1998.
- . Oteiza Enrique *et al.* : *Cultura y política en los años ’60*, Buenos Aires, UBA/Oficina de Publicaciones del CBC, 1997.
- . Pécaut, Daniel: *Entre le Peuple et la Nation. Les intellectuels et la politique au Brésil*, Paris, Éditions de la maison des sciences de l’homme, 1989.
- . Peralta Ramos, Mónica : *Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina 1930-1970*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- . Perina, Rubén : *Onganía, Levingston, Lanusse*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.
- . Perlongher, Néstor : “Historia del Frente de Liberación Homosexual” en *Prosa Plebeya*, Buenos Aires, Colihue, 1997.
- . Podetti, Mariana, María Elena, Qués y Cecilia Sagol : *Política, medios y discurso en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- . Portoriero, Gustavo : *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- . Portantiero, Juan Carlos : “Economía y política en la crisis argentina, 1955-1973”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Nro.2, 1977.
- . Potash, Robert : *El Ejército y la política en la Argentina, 1962-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- . Pucciarelli, Alfredo: “Introducción” en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit.

- . Quiroga, Hugo : *Estado, crisis económica y poder militar (1880-1981)* , Buenos Aires, CEAL, 1985.
- . Ramirez, Ana Julia: “Un cruce de palabras : *La Opinión* ante las elecciones del ‘73” en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit.
- . Rock, David : “The Survival and Restoration of Peronism” en Rock, David (comp.) : *Argentina in the Twentieth Century* , Londres, Duckworth, 1975.
- . Rock, David: *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos aires, Ariel 1993.
- . Romero, José Luis : *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986.
- . Romero, José Luis : *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- . Rouquié, Alain : “Hegemonía militar, Estado y dominación social” en Rouquié, Alain (comp.) *Argentina, Hoy*, México, Siglo XXI, 1982.
- . Rouquié, Alain : *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1994.
- . Rouquié, Alain : *Autoritarismos y democracia*, Buenos Aires, Edicial, 1994.
- . Sábato, Jorge y Jorge, Schvarzer : “Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina : trabas para la democracia” en Rouquié, Alain y Jorge Schvarzer (comps.) *¿Cómo renacen las democracias ?*, Buenos Aires : Emecé Editores, 1985.
- . Samuelson, Paul : *Review of the River Plate*, 30 de septiembre, 1971.
- . Senkman, Leonardo : “The Right and Civilian Regimes, 1955-1976” en Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart, op. cit.
- . Seoane, María : *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1991.
- . Seoane, María : *El burgués maldito*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1998.
- . Servetto, Alicia : *De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada 1973-1976*, Córdoba, Ferreyra Editor, 1998.
- . Sidicaro, Ricardo: “Poder y crisis de la gran burguesía agraria argentina” en Rouquié, Alain : *Argentina hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.
- . Sidicaro, Ricardo : “¿Es posible la democracia en la Argentina ?” en Rouquié, Alain y Jorge, Schvarzer (comps.): *¿Cómo renacen las democracias ?*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1985.

- . Sidicaro, Ricardo: *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993.
- . Sidicaro, Ricardo: “El régimen autoritario de 1976 : refundación frustrada y contrarrevolución exitosa” en Quiroga, Hugo y César Tcach (comps.) *A veinte años del Golpe. Con memoria democrática*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 1996.
- . Sidicaro, Ricardo: *Los nombres del Poder. Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- . Sidicaro, Ricardo: “Cambios en el Estado y transformaciones en el peronismo” en *Sociedad*, Nro. 12/13, 1998.
- . Sigal, Silvia : *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- . Sigal, Silvia y Eliseo, Verón : *Perón o Muerte*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
- . Sikkink, Kathryn: *Ideas and institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina*, New York, Cornell University Press, 1991.
- . Smulovitz, Catalina : “El sistema de partidos en la Argentina : Modelo para armar” en *Desarrollo Económico*, Nro. 101, vol. 26, 1986.
- . Svampa, Maristella: *El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.
- . Terán, Oscar : *Nuestros años sesentas. la formación de la nueva izquierda intelectual 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.
- . Tortti, María Cristina : “Protesta social y NI del Gran Acuerdo Nacional”, mimeo, 1997.
- . Tortti, María Cristina : Protesta social y “nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit., 1999a
- . Tortti, María Cristina : “Post Scriptum : la construcción de un campo temático”, en Pucciarelli, Alfredo (comp.), op. cit., 1999b.
- . Torre, Juan Carlos : *Los sindicatos en el gobierno*, Buenos Aires, CEAL, 1989.
- . Touraine, Alain : *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC-OIT, 1987.
- . Verbitsky, Horacio : *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.
- . Villagrán Kramer : “Conflictos entre la derecha” en Villagrán Kramer, Francisco y Mario Monteforte : *Izquierdas y derechas en Latinoamérica : sus conflictos internos*, Buenos Aires : Pleamar, 1968.

. Waldmann, Peter : “Anomia social y violencia”, en Rouquié, Alain (comp.) op. cit. 1982.

. Ziccardi, Alicia : *El tercer gobierno periodista y las villas miseria de la ciudad de Buenos Aires (1973-1976)*, México, Universidad Autónoma de México, 1983.